

No. 1

AÑO 90, CUARTA ÉPOCA / ENERO-MARZO 1999

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSE MARTI

90 ANIVERSARIO



Revista
de la
Biblioteca Nacional

FUBLICACION MENSUAL

DIRIGIDA

POR

Domingo FIGAROLA-CANEDA

DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA

TOMO I

HABANA

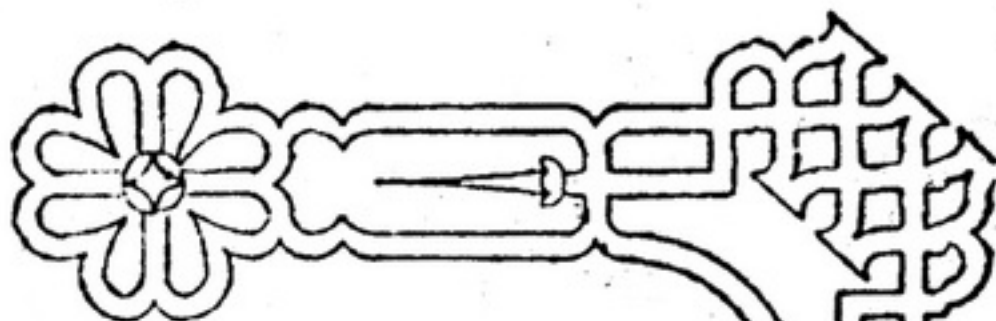
IMPRESA EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

1909

No. 1

AÑO 90, CUARTA ÉPOCA / ENERO - MARZO 1999

**REVISTA DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
JOSE MARTI**



Director anterior:
Julio Le Riverend Brussone (1978-1993)

Director:
Eliades Acosta Matos

Consejo de Redacción:
Rafael Acosta de Arriba, Salvador Bueno
Menéndez, Ana Cairo Ballester, Tomás
Fernández Robaina, Josefina García-Carranza,
Zoila Lapique Becali, Enrique López,
Francisco Pérez Guzmán, Siomara Sánchez,
Emilio Setián, Carmen Suárez León, Eduardo
Torres Cuevas

Jefa de Redacción:
Araceli García-Carranza

Redacción y corrección:
Marta B. Armenteros

Diseño: Oscar Aza

Edición e impresión: Departamento
Ediciones Biblioteca Nacional José Martí
Subdirección de Promoción y Desarrollo

Composición: Lisbet León

Canje:
Revista de la Biblioteca Nacional
José Martí
Plaza de la Revolución
Ciudad de La Habana

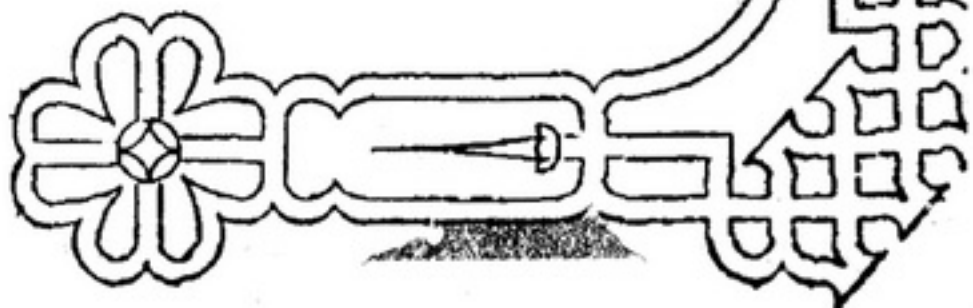
Fax: 81 6224 / 33 5938
e. mail: bnjm@jm.lib.cult.cu

En Internet puede localizarnos:
<http://binanet.lib.cult.cu/>

Primera época: 1909 - 1912
Segunda época: 1949 - 1958
Tercera época: 1959 - 1993
Cuarta época: 1999 -

La Revista no se considera obligada a devolver
originales no solicitados.

Cada autor se responsabiliza con sus
opiniones.



Año 90 / Cuarta época

Enero-marzo 1999
Número 1
Ciudad de La Habana

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL, JOSE MARTI

Tabla de contenido:

ELIADES ACOSTA <i>Editorial</i>	5
CARLOS DEL TORO <i>Fernando Ortiz y la Institución Hispanocubana de Cultura en su primera etapa (1926 - 1932)</i>	9
CÉSAR GARCÍA DEL PINO <i>La construcción naval en Cuba hasta fines del siglo XVIII. Sinopsis</i>	25
ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR <i>Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada</i>	31
CINCUENTA ANIVERSARIO CARMEN VÁSQUEZ <i>El reino de este mundo y la función de la historia en la concepción de lo real maravilloso americano</i>	43
JOSÉ ZACARÍAS TALLET <i>Yo poeta</i>	59
MODESTO GONZÁLEZ SEDEÑO <i>La vida pública y secreta de Encarnación de Varona (3ª parte)</i>	75
PÁGINAS ANTOLÓGICAS JULIO LE RIVEREND BRUSSONE <i>La penetración económica extranjera en Cuba</i>	81
CRÓNICAS VIRGILIO LÓPEZ LEMUS <i>De Alción al fuego a Tramontana, plenitud de Roberto Friol</i>	97
COLABORADORES	99





EDITORIAL



Al cumplirse 90 años de su nacimiento, vuelve a ver la luz la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, homenajeándose a sí misma con este número, como si salir del silencio y la oscuridad en que se hallaba por cinco largos años fuese ya festejo digno a su majestad y fiesta grande para sus fieles lectores de todo el mundo.

¿Cuántas veces durante este tiempo llegaron a la Dirección de la Biblioteca Nacional cartas de otras bibliotecas y de otros bibliotecarios pidiéndonos, exigiéndonos, la reanudación del envío de nuestra revista? ¿Cuántos proyectos de resurrección no naufragaron? ¿Cuántos lamentos no escuchamos? ¿Cuántas veces no se nos reprochó el no ser capaces de entender el compromiso que representaba rescatar para la

cultura cubana a la decana de las revistas científicas y culturales del país?

Circunstancias difíciles y estrecheces económicas se unieron para interrumpir por un tiempo la salida de la *Revista de la Biblioteca Nacional*. Días difíciles para la Patria, en que la carencia de papel y hasta de los más elementales recursos detuvieron momentáneamente el sueño que echó a volar Domingo Figarola Caneda, su primer Director, allá por 1909.

Pero no sólo a causas externas, impuestas por el feroz bloqueo norteamericano a la Isla y el desplome de la economía cubana tras la desaparición del campo socialista, se debe este prolongado silencio editorial. Nos faltó conciencia, tenacidad, reverencia y temura para proteger la Revista. Nos faltó creatividad e inteligencia para evitar que languideciese y nos dejase la pena de varios números listos, compilados y preparados para salir, que se quedaron engavetados y mustios sin hallar a su público lector.

Si para algo debe servir esta pena es para que nunca más nos permita, bajo ninguna circunstancia, que vuelva a interrumpirse la salida de la *Revista de la Biblioteca Nacional*. Y que sea como se decía en los viejos juramentos reales: "...si incumplimos el presente juramento, que se nos demande..."

En este espíritu, y con esta divisa se reanuda nuestra publicación. Y para que nada pueda obstaculizar su camino, y para tenerle despejada la marcha, y para tenerla a mano, tal y como hiciese Figarola Caneda en su día, la estamos imprimiendo en la imprenta de la propia Biblioteca Nacional, que si bien es

modesta, algo anticuada y de cortas posibilidades, nos quitará el pretexto de achacar a otros la causa de cualquier retraso o tropezón.

Pensamos que el reto asumido por nuestra imprenta (no sé si sea por su edad venerable, la misma que donase la señora Pilar Arazoza de Müller a Figarola Caneda para imprimir aquel primer número legendario y demás publicaciones de la Biblioteca Nacional) va a redundar en su propio desarrollo, y encontrará una vez más, como siempre ha ocurrido en la Historia de Cuba, la mano generosa, y el oído receptivo para seguir en este noble empeño.

Pertenece por derecho y razón nuestra Revista al noble pueblo cubano, el que ha hecho posible no sólo nuestra libertad y soberanía, sino también nuestra rica cultura, que tanto interés despierta entre los investigadores y estudiosos de todo el mundo. Son nuestras también las siguientes palabras de Figarola Caneda escritas para el "Proemio" del primer número de 1909:

No debe ni ha de ser la *Revista de la Biblioteca Nacional*, más que una publicación consagrada principalmente a la institución que representa (...) La publicación de un órgano de la Biblioteca es una obra de pública e indispensable conveniencia. A esa obra vamos a consagrar nuestras fuerzas, sin desconocer lo limitados que son, pero asimismo animados del propósito de contribuir lo más y mejor que nos sea dable al desenvolvimiento de estos estudios en nuestra patria.

En nuestros días, que son antesala del Tercer Milenio, la *Revista de la Biblioteca Nacional* tendrá que adaptarse a los nuevos temas, a los nuevos lectores y a los nuevos tiempos, pero mantendrá todo lo que de profundo y saludablemente añejo buscan en ella quienes la coleccionan y conocen. Seguirá tratando, como aquella primera de hace 90 años, "...de todos los asuntos relativos al estado y progreso de la Biblioteca Nacional (...) De la exposición y estudio de las distintas materias que se relacionan con aquella. De la información más extensa y variada posible de lo importante que acontezca en el mundo donde éstos se cultivan"; pero también tendrá que tratar temas vinculados con *Internet*, con bibliotecas virtuales, el costo de libros y de servicios bibliotecarios, los programas para la promoción de la lectura, la conservación y restauración de documentos, la microfilmación y la digitalización, entre otros temas de candente actualidad.

No cometeremos ninguna transgresión si privilegiamos un poco más de lo hecho hasta ahora, al diseño gráfico y a las ilustraciones en nuestra Revista. Todo lo contrario: estaremos retomando el plan original de Figarola Caneda, pues tal y como afirmase entonces, la publicación debería tener siempre. "...retratos, facsímiles y cuanto más sea necesario solicitar de las artes gráficas para el complemento indispensable de no pocos trabajos".

Tampoco traicionaremos el espíritu fundacional si dedicamos, como vamos a hacerlo, un espacio destacado a divulgar los documentos patrimoniales, muchos de ellos inéditos, que atesora nuestra institución. Es más, precisamente por

ello existen tantas personas que buscan la revista, pues hoy como ayer es sumamente importante e interesante "...rescatar del olvido, publicando o reproduciendo, todos los documentos de interés histórico que para provecho de nuestros investigadores no han desaparecido todavía, y cuya autenticidad pueda ser satisfactoriamente comprobada".

La combinación de tradición y renovación debe matizar esta nueva entrega de nuestra Revista, pues el movimiento es vida, pero el sentido coherente del movimiento es garantía de larga vida. Será a través de una rigurosa selección de temas y autores que el Consejo de Redacción tratará de brindar materiales de notable elaboración a los lectores, pues ese ha sido siempre el sello de la publicación: escribir para ella fue siempre un honor reservado a los más destacados y prestigiosos intelectuales cubanos. Trataremos de no introducir en este sentido ninguna novedad, moda, veleidad, ni concesión.

Tampoco lo haremos en lo tocante a ese muy perceptible aliento de cubanía y orgulloso patriotismo los cuales han marcado los 90 años de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, y que desde aquel primer número donde quedó expresamente dicho en palabras exaltadas, que hoy vale la pena recordar:

La aparición de esta Revista coincide con el fausto acontecimiento que más puede henchir de júbilo y de esperanza nuestros corazones: la Nación Cubana, después de dos años de una intervención extranjera, resurge a la vida de los pueblos libres,

restaurando la República y confiando el gobierno y la custodia de ésta al patriotismo de aquellos elegidos entre sus mismos ciudadanos...

Pero 90 años transcurridos de entonces para acá nos ponen en mejores condiciones de valorar, en su verdadero sentido, aquellos conceptos que deslumbraban a Figarola Caneda y lo hacían apreciar, con desmesurado optimismo, el fin de una intervención extranjera tangible que era sustituida por formas intangibles de la misma dominación. Esperemos que esta madurez, que es la de la Nación Cubana, se trasluzca también desde el interior de nuestra actual Revista y sea percibida diáfananamente por sus lectores.

Si logramos que tantas premisas sean respetadas, que tantas expectativas satisfechas y tantas personas complacidas, entonces habrá valido la pena volver a la vida, en plena primavera, 90 años después de haber nacido, y quien bien nace nunca muere.

Eso hemos aprendido de la *REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL*.





Fernando Ortiz y la Institución Hispanocubana de Cultura en su primera etapa (1926-1932)

Carlos del Toro González

El eminente polígrafo cubano Fernando Ortiz Fernández (1881-1969) fue heredero legítimo del enciclopedismo humanista de la intelectualidad hispanoamericana del siglo XIX. Así mantuvo una fe ilimitada en la cultura como un factor fundamental para el desarrollo individual y colectivo, y en la integración y progreso de la nacionalidad. En este sentido fue copartícipe de la misma preocupación de José Martí, de quien en más de una ocasión, utilizó algunos de sus pensamientos sobre el tema. El deber personal de "culturizar" que voluntariamente se impuso a lo largo de su dilatada existencia Ortiz lo usó al escribir:

Sólo la cultura activa y no palabrera puede realizar totalmente en nuestra tierra el programa de Martí y del noble patriciado que a lo largo del siglo XIX dieron alma, vida y dignidad a esta nación. Sólo la cultura más y más profunda y extensa, puede dar a Cuba raigalmente, follaje y florecimiento para belleza y personalidad de su espíritu, pese a los huracanes históricos que a menudo perturban con sus inclemencias el goce de nuestras placideces tropicales.¹

Ortiz incursionó en diversas disciplinas de las ciencias sociales (Derecho, Antropología, Etnografía, Folklore, Historia y otras) pero además, dedicó sus energías y capacidades físicas e



intelectuales a la fundación y dirección de organizaciones e instrumentos de propaganda científico-culturales. En 1909 su incorporación a la centenaria Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, le trasmite nuevos bríos que tienen una de sus principales manifestaciones en la reimpresión de la *Revista Bimestre Cubana* a partir del año siguiente.



De 1924 a 1933, Ortiz ocupó la presidencia de la Sociedad Económica y por su oposición a la tiranía machadista debió marchar al exilio en diciembre de 1930. En enero de 1934, ya de nuevo en la patria, recibió el título de Socio de Mérito. En el discurso de recepción se hizo una síntesis de su gestión directiva.

Presidió Ortiz, hasta hoy hace justamente un año, esta Institución que a él tanto debe: la reedificación de las escuelas Redención y La Encarnación de Marianao; el nuevo espléndido local de la escuela Zapata, para varones; la formación del verdadero ilustre cuerpo de profesores de nuestras escuelas; la depuración de nuestras cuentas y el saneamiento de las propiedades de los legados que administramos; el mejoramiento de nuestra centenaria REVISTA BIMESTRE CUBANA, que se enorgullece de tenerlo como Director; el esplendor con que la ha representado en congresos, fiestas y comisiones nacionales y extranjeras y en fin, hasta el servicio generoso y tanta feliz iniciativa, que ya consideramos como de oro la época de su próspera y fecunda gestión al frente de la Económica.²

A la breve reseña anterior pudo añadirse la fundación de la Institución Hispanocubana de Cultura; la cual consideraba como Corporación Madre, a la benemérita Sociedad Económica de Amigos del País.³

En Ortiz fue un objetivo permanente el laborar intelectualmente por la unidad, continuidad y revaloración de las raíces y más relevantes aspectos del proceso histórico cultural cubano, a la vez que contribuía a su enriquecimiento con los aportes más notables de la cultura universal contemporánea.

La Institución Hispanocubana de Cultura prolonga y amplía el tradicional proselitismo cultural de la Sociedad Económica de Amigos del País. Practica además, una acción cultural más moderna y dinámica acorde con las realidades de su

tiempo, sin olvido del legado histórico de su entidad materna: "La hija cubana del Iluminismo", como Ortiz bautizara a la Sociedad Económica.⁴

Para el fortalecimiento de la identidad nacional cubana, Ortiz hurga en la raigambre blanca hispana como uno de sus factores mientras que ya desde 1923, al crear la Sociedad del Folklore Cubano dirige su atención a las contribuciones culturales del negro africano. La Sociedad del Folklore Cubano y la Institución Hispanocubana de Cultura establecida en 1926; tienen aproximadas vidas paralelas pues la primera desaparece en 1931; y la segunda recesa en sus funciones al año siguiente.

No obstante, Ortiz es un combatiente infatigable e irreductible que en 1936 reanuda las actividades de la Institución Hispanocubana de Cultura y un año después, constituye la Sociedad de Estudios Afrocubanos. Ambas entidades mantendrán vigentes la investigación y difusión de los valores culturales originados por los elementos humanos básicos de la nacionalidad cubana: el blanco y el negro.

La Institución Hispanocubana de Cultura fue la agrupación intelectual con más tiempo de duración fundada por Ortiz y en la que encontramos dos etapas muy definidas en sus actividades: de 1926 a 1932 y de 1936 a 1948. El presente trabajo concentrará su exposición en los primeros años de esta institución.

La Institución Hispanocubana de Cultura: datos generales

El 12 de noviembre de 1926, durante la reunión de la Junta de Gobierno de la Sociedad Económica de Amigos del País, su presidente, Fernando Ortiz presentó la moción siguiente:

Esta centenaria corporación, hoy como en los días del ya lejano siglo XVIII, el de las luces, en que surgió a la vida, estima que los problemas de Cuba, y acaso los

del mundo entero, son básicamente problemas de cultura, en el más amplio y exacto sentido de esa dicción, y que cuanto se haga por intensificar la cultura patria, habrá de ser serio y positivo estímulo para lograr nuevos y estables progresos nacionales, que consoliden su soberanía y acrecienten su bienandanza y de sus habitantes.⁶

Asimismo, destacaba la importancia de las relaciones culturales entre diversos países y condenaba la *xenofobia intelectual* que anulaba las posibilidades de ampliación del conocimiento humano porque:

No es esta una ilusión, sino verdad experimental, ya hoy aceptada y seguida aun por los pueblos de más alta cultura, que no vacilan en intercambiar sus maestros y sus estudiantes con los de los demás países entendiéndolo que el patriotismo llevado a la enseñanza y la cultura en forma de xenofobia intelectual, no es sino la más ruin, ridícula y suicida aberración, pues no hay nación alguna en el orbe, ni aun la que está más orgullosa de su elevada civilización, que no pueda siempre recibir enseñanza de algún maestro extranjero, siendo, como son, la bondad, la verdad y la belleza, dones libres para todos los seres humanos y no privilegio de pueblo alguno.⁷

Ortiz hace referencia también a los habituales contactos culturales de América Latina con diferentes pueblos europeos y sugiere imitar dicho ejemplo especialmente de Cuba con España en virtud de los tradicionales lazos humanos existentes entre ambas naciones.

Los acuerdos adoptados en la mencionada reunión de la Sociedad Económica el 12 de noviembre de 1926, fueron: 1) aprobar la creación de una asociación libre para incrementar las relaciones cubano-españolas mediante el intercambio de sus hombres de ciencia, artistas y estudiantes, así como al sostenimiento de cátedras, y difundir la cultura que nos es propia, y 2)

ofrecer gratuitamente a la futura entidad cultural los salones de actos y local adecuado para sus oficinas.

Diez días después, el 22 de noviembre de 1926, en la biblioteca de la Sociedad Económica quedó legalmente constituida la Institución Hispanocubana de Cultura. Su primer local fue ubicado en la calle Amargura (Marta Abreu), número 66, altos, en La Habana.

En esa ocasión, el grupo fundador de cubanos y españoles fijó las bases reglamentarias que constituyeron los Estatutos de la Institución Hispanocubana de Cultura. De inmediato, la nueva asociación cultural tuvo una acogida favorable general que se reflejó en encomiásticos comentarios publicados en la prensa nacional. El destacado historiador Emilio Roig de Leuchsenring en la revista *Carteles*, del 5 de diciembre de 1926, opinaba:

Eso sí es lograr acercamiento hispanocubano, conocimiento, identificación y mutuo estudio entre cubanos y españoles. Así es como se amará y admirará verdaderamente a España en Cuba y a Cuba en España. Así es como habremos destruido esos mitos de la Raza y la Religión, útiles sólo para que de ellos vivan unos cuantos aventureros de la cultura, viajando a costa de su Estado, y otros explotando a comerciantes e industriales, sacándoles dinero, en efectivo o anuncios o propagandas (...) Todo eso lo destruirá en buena hora, la Institución Hispanocubana de Cultura.⁸

La primera Junta Directiva o Ejecutiva formada el 8 de diciembre de 1926, fue integrada como sigue: presidente, Fernando Ortiz; primer vicepresidente, doctor Antolín del Cueto; segundo vicepresidente, José F. Solano; tercer vicepresidente, Nicanor Fernández; secretario, doctor Rafael Fernández; tesorero, Bernardo Solís; contador, Manuel A. Ramos; director de publicidad, José

Fernández Rodríguez; vocales: Segundo Casteleiro, doctor Manuel Abril Cañas, Dámaso Pérez Valmaseda, doctor Ramón Grau San Martín, doctor Juan Marinello Vidaurreta, Raimundo Sardiñas, José Simón Corral, Lorenzo Mijares y Conrado W. Massaguer. De 1926 a 1932 se mantienen en el cargo de presidente, Fernando Ortiz; secretario, Rafael Fernández; tesorero, Bernardo Solís y director de propaganda, José Fernández Rodríguez. Posteriormente se crearon las Comisiones de Conferencias, Arte, Propaganda y Admisiones con sus correspondientes presidentes y miembros directivos.⁹

El emblema de la Institución Hispanocubana de Cultura fue una nave del tipo carabela como símbolo de la civilización española venida de Europa, la cual navega sobre el mar de la historia guiada por la estrella del Ideal. Sirven de soporte las dos tradicionales columnas de Hércules (una a cada lado del dibujo) que abren el *plus ultra* (más allá) del progreso humano futuro en vez del *non plus ultra* de la mitología y el pasado. En la parte superior del diseño se despliega la divisa "con la luz", para significar aún más el matiz cultural de la sociedad. Bajo el emblema hay una tarja latina que tiene en letras clásicas el título de Institución Hispanocubana de Cultura.¹⁰

Los fines de la Institución fueron señalados en el artículo segundo de los Estatutos del modo siguiente:

El objeto de la Institución consistirá en promover el incremento de las relaciones intelectuales entre España y Cuba por medio del intercambio de sus hombres de ciencia, artistas y estudiantes, creación y sostenimiento de cátedras y realización de propaganda, con el fin exclusivo de intensificar y difundir la cultura que nos es propia, para que siga siendo uno de los bellos ritmos de la civilización universal.¹¹

Además, la Institución Hispanocubana de Cultura se propuso el objetivo patriótico de "la exaltación de los grandes patricios y de su ética e histórico valor, cubano y universal", en particular, con la celebración de un acto solemne anual por el 10 de Octubre, fecha que marca el inicio en 1868, de la primera guerra independentista de Cuba.¹²

Respecto a la estructura interna de la membresía, ésta fue clasificada en 1) socios fundadores o titulares, cuyo número ascendía a 70 personas exclusivamente, quienes formaban la Junta General, organismo supremo de dirección de la Institución, y los cuales serían sustituidos por las vacantes que ocurriesen en la cantidad antes mencionada; 2) socios protectores, divididos a su vez, en personales y familiares; 3) socios Ex-Oficio, que incluían al Rector de la Universidad Nacional de La Habana, así como a los presidentes y delegados de las asociaciones cubanas y españolas, radicadas en Cuba, admitidas por la Institución, que se adhirieran a esta y pagaran la cuota mínima establecida por el Reglamento. Hasta el 31 de diciembre de 1927 disfrutaban de esta categoría el Casino Español de La Habana, la Asociación de Dependientes del Comercio de La Habana y el Centro Asturiano; 4) socios de Honor y De Mérito, quienes merecían esas distinciones por los servicios prestados.

El listado de los integrantes de la Junta General comprendía nombres de intelectuales, profesionales, comerciantes e industriales como Fernando Ortiz, Segundo Casteleiro, Bernardo Solís, Aquilino Estrialgo, Ramiro Guerra, Julio Blanco Herrera, Emeterio Santovenia, Alfredo M. Aguayo, Luciano R. Martínez, Herminio Portell Vilá, José Aixalá, Jorge Mañach, Manuel F. Gran y Juan Marinello, entre otros.¹³

El financiamiento fue establecido en el artículo 10 de los Estatutos y podía ser de las formas siguientes: 1) donaciones, 2) subvenciones; y 3) cuotas de asociados. Las

donaciones comenzaron a recibirse desde la fundación y fueron de carácter personal, de instituciones o empresas como la librería y editora Casa Cultural S.A. (\$500). A ello se sumó el compromiso individual o de sociedades de pagar una cuota superior a la establecida por el Reglamento. Así acordaron abonar anualmente \$5 000 el Casino Español de La Habana; \$2 000 el Centro Asturiano; \$900 la Asociación de Dependientes del Comercio de La Habana; \$600 el Centro Gallego y el Centro Andaluz respectivamente.

En cuanto a subvenciones, el Gobierno Provincial de La Habana acordó la entrega de \$1 000, a cargo de su presupuesto del período 1928-1929, pero ésta nunca se hizo efectiva.¹⁴

La cotización de los asociados, sin distinción de clases, era de dos tipos: individual y familiar. La primera abonaba \$5.00 de entrada y \$1.00 mensual. La otra pagaba \$10.00 de entrada y \$2.00 mensuales, lo cual permitía a un pariente y al asociado o en caso de no asistir este, a dos familiares, el disfrute de los beneficios culturales ofrecidos por la Institución.¹⁵

Otro aporte económico indirecto fue una rebaja del 40% en el precio de los pasajes -concedida por la Compañía Trasatlántica Española para los intelectuales invitados a Cuba. Asimismo, por medio de los ministerios de Estado e Instrucción Pública españoles fueron conseguidos tres pasajes gratuitos anuales para los profesores hispanos que viniesen a dar conferencias en Cuba.¹⁶

Un aspecto destacado en esta primera etapa de 1926 a 1932 fue el otorgamiento de becas para la especialización profesional de graduados universitarios cubanos, las cuales eran coordinadas con la Universidad Nacional de La Habana, la Unión Iberoamericana de Madrid y la Junta de Ampliación de Estudios de Madrid, dirigida esta última por el eminente científico español doctor Santiago Ramón y Cajal. Los becarios fueron una doctora en

medicina, Rita Shelton Villalón, para especializarse en Tisiología Infantil en la Universidad de Barcelona; y dos abogados, los doctores Arsenio Ros Uriarte y Raúl Maestri Arredondo, para ampliar sus estudios económicos, uno en la Universidad Central de Madrid, y el otro, en la Universidad de Colonia, Alemania. Los dos primeros estuvieron becados en España de 1927 a 1928 mientras el tercero, de 1929 a 1931, pues obtuvo una prórroga de seis meses luego de cumplir el año reglamentario.¹⁷

Por otra parte, la Institución estableció rápidamente relaciones con otras organizaciones homólogas en el extranjero como la Institución Cultural Española de Nueva York y el Instituto Hispano-mexicano de Intercambio Universitario de México.¹⁸

Mientras, la provechosa influencia de la Institución se extendió al interior del país con la creación de filiales en Santiago de Cuba, Matanzas, Cienfuegos, Sagua la Grande, Caibarién, Camagüey y Manzanillo. Este proceso expansivo cultural resultó paralizado a raíz de la crisis económica mundial iniciada en 1929 que afectó gravemente a Cuba. El informe anual correspondiente al año mencionado explicaba:

La crisis económica que afecta al país y se hace sentir en todos los sectores de la vida nacional, ha influido en el decrecimiento de las actividades de varias de las filiales e impedido el establecimiento de algunas otras que estaban en trámites de fundación.

No obstante, en Santiago de Cuba, en Caibarién, en Sagua la Grande y en Cienfuegos han sorteado con fortuna todas las dificultades.¹⁹

Los problemas políticos, económicos y sociales afectaron gravemente a la nación cubana en el inicio de la década de los años 30, y ocasionaron la recesión temporal en las actividades de la Institución Hispanocubana de Cultura. Sin embargo, el

balance de esta primera etapa, de 1926 a 1932, ofrece un saldo de positivos resultados que marcaron pautas en el proselitismo cultural cubano y los cuales apuntamos a continuación.

La participación femenina

Para la época fue un gran paso de avance, en la lucha de la mujer por la igualdad de derechos con el hombre, el haber tenido acceso a la membresía activa de la Institución Hispanocubana de Cultura, aun cuando ella perteneciera a las capas privilegiadas de la sociedad cubana. Apenas habían transcurrido pocos años de haberse celebrado el Primer y Segundo Congresos Nacionales de Mujeres en 1923 y 1925 respectivamente. Todavía perduraban ancestrales prejuicios y discriminaciones contra el sexo femenino extensivos a los intereses deportivos o culturales, cuyas prácticas no se concebían en sociedades mixtas. Así existían para las actividades femeninas el Lawn Tennis Club desde 1913; la Sociedad Pro-Arte Musical creada en 1918; y el Lyceum establecido en 1928.

Ya desde su primer año, la Institución Hispanocubana de Cultura organizó la Comisión Asesora Femenina entre cuyas integrantes aparecían Pilar Morlón, Hortensia Lamar y Renée Méndez Capote.²⁰

La mujer cubana, española, latinoamericana e incluso norteamericana estuvieron presentes como conferencista o tema de las intervenciones en la Institución. Esto puede verificarse con las disertaciones en 1927 de María de Maeztu, profesora de la Escuela Superior del Magisterio de Madrid: "Estudio de la psicología femenina", "Influencia de la mujer española en la cultura" e "Instituciones femeninas de carácter universitario" (mayo). En 1928, exponen Roberto Novoa Santos, catedrático de la Universidad Central de Madrid: "Posición biológica de la mujer" (mayo), Isabel de Palencia, escritora española: "La mujer de nuestro tiempo en el amor y el dolor" (junio), y José

Antonio Taboadela, médico cubano: "¿Cuál debe ser la posición de la mujer en la sociedad?" (julio). En 1929, Rita Shelton Villalón, médico cubana especialista en Tisiología Infantil: "El problema de la infancia y la inmunidad tuberculosa" (julio); nuevamente compareció María de Maeztu, quien impartió seis conferencias, dos de las cuales sobre la "Cultura femenina" (diciembre); y en ese mismo mes, el ensayista estadounidense Waldo Frank se refirió a "La mujer norteamericana". En 1930, María Muñoz de Quevedo, musicóloga cubana, expuso "Música de hoy y arte de siempre" (julio); en 1931, la célebre poetisa chilena Gabriela Mistral ofreció tres conferencias (junio) y en 1932, otra vez la doctora Rita Shelton habló sobre "La gran interrogación del biotipo futuro. ¿Resuelve la eugenesia el gran problema?" (enero).²¹

A su vez, la membresía femenina constituyó un elemento fundamental de la Sección Musical, en cuya directiva ocupó cargos de vocales al igual que en la Junta Ejecutiva de 1931.²²

Conferencias y conferencistas

Las conferencias fueron la base medular del funcionamiento de la Institución Hispanocubana de Cultura. En esta fase inicial se establecieron los fundamentos que la regirían y cuyo principio elemental fue la rigurosa selección acorde con la capacidad y prestigio intelectuales de los conferencistas. Esto provocó el disgusto de determinados elementos que aspiraban a ocupar su tribuna, en muchos casos con ambiciones personales ajenas a los fines de la asociación cultural.²³

Los locales habaneros fueron los más disímiles: el Aula Magna de la Universidad Nacional; el Casino Español; los centros Asturianos y Gallego; la Asociación de Dependientes del Comercio; los teatros Nacional (actual Federico García Lorca), Martí, Payret, Campoamor, Encanto y Principal de la Comedia, hasta el salón de actos del hospital Calixto García.²⁴

Cuadro 1

Conferencistas y conferencias

	1927	1926	1929	1930	1931	1932 ^p	total
Conferencistas	19	23	22	19	6	3	92
Conferencias	45	60	57	39	10	4	215

A continuación presentamos dos cuadros estadísticos que resumen el número de conferencias y de conferencistas, así como el país de procedencia de estos.

En el cuadro 1, los totales ofrecen un promedio de una conferencista y tres conferencias mensuales de 1927 a 1931 (cinco años), sin considerar las cifras de 1932 que únicamente comprenden cuatro meses (enero-abril). Asimismo se observa cómo desde 1929, comienza un descenso continuo en el número de conferencistas y conferencias el cual alcanza su más bajo nivel entre 1931 y 1932.

El cuadro 2 confirma la presencia de los conferencistas españoles como la más afectada a consecuencia de la crisis económica mundial y de las convulsiones políticas internas que conducirán a la proclamación de la República en abril de 1931. Mientras el número de disertantes de América Latina, aunque siempre en cantidad menor a los de España y Cuba, se mantiene hasta 1932.

Los temas de las conferencias abarcaron tan diferentes asuntos y disciplinas como Cultura, Filosofía, Ética, Política Internacional, Literatura, Medicina, Sociología, Artes Plásticas, Música, Economía, Sexología, Sicología, Derecho, Química, Física, Cosmografía, Estética, Folklore, Historia, Geografía y otros, según una simple revisión de los títulos.

Entre los conferencistas más relevantes pueden citarse algunos nombres. De España: Fernando de los Ríos, Luis Araquistain, Gregorio Marañón, Américo Castro, José Pijoan, Salvador de Madariaga, y Federico García Lorca, quien, del 9 al 26 de marzo de 1930, ofreció tres conferencias, a una de las cuales denominó "Mecánica de la poesía", y a otra, "La arquitectura del cante jondo". A su vez, de Cuba participaron Ramiro Guerra, José María Chacón y Calvo, Conrado W. Massaguer, Jorge Mañach, Medardo Vitier, Salvador Massip, José Antonio Ramos y Alfonso Hernández Catá. De América

Cuadro 2

Conferencistas de España, Cuba, América Latina y otros países

Año	España	Cuba	América Latina ²⁶	Otros países ²⁷	Total
1927	9	6	3	1	19
1928	11	4	6	2	23
1929	9	7	2	4	22
1930	7	9	1	2	19
1931	1	3	2	-	6
1932	-	2	1	-	3
Total	37	31	15	9	92

Latina intervinieron los mexicanos José Vasconcelos y Jaime Torres Bodet; el peruano Luis Alberto Sánchez; el brasileño Lindolfo Coller; el dominicano Max Henríquez Ureña; el colombiano Porfirio Barba Jacob, y la chilena Gabriela Mistral. Y de otros países el ensayista Waldo Frank y el politólogo James Brown Scott, ambos norteamericanos; el teósofo hindú C. Jinarsdasa, y el rabino hebreo Sabetey De Jaen, procedente de la Yugoslavia Meridional.

Un aspecto interesante de las conferencias del doctor Gregorio Marañón fue el empleo del micrófono y la amplificación eléctrica del sonido, técnica no muy perfeccionada aún en 1927. Apenas habían transcurrido cinco años del inicio de las transmisiones radiofónicas comerciales en Cuba (1922). Las disertaciones del doctor sufrieron algunos inconvenientes en la audición que testimonian las líneas siguientes del informe anual de la Institución.

...aún no es posible transmitir la voz de un conferencista sin que se note, aun cuando en grado mínimo, la interposición entre los labios del orador y los oídos de los oyentes de un elemento metálico, que sin restar acaso nada al sentido de la palabra, sin embargo, confunde o hace desaparecer aquellos matices vocales que tanto contribuyen a la estética de la oratoria. Por esto, aparte de las condiciones arquitectónicas y de cabida del local adecuado, no es inverosímil que haya que llegar a limitar el número de asociados si continúa creciendo el proselitismo de ahora.²⁸

En su segunda etapa de 1936 a 1948, la Institución Hispanocubana de Cultura aprovechó este moderno medio de difusión masiva de manera eficaz para ampliar su área de influencia cultural, al mantener un programa radial, la *Hora-Ultra*, en 1939, cuya dirección estuvo a cargo de José Antonio Portuondo.

Su divulgación patriótica

El propósito de “mundializar” o “internacionalizar” (según el vocabulario más actual) culturalmente a Cuba, expresado en los informes anuales de la Institución Hispanocubana de Cultura, no significó la renuncia a fortalecer las tradiciones patrióticas nacionales cubanas, lo cual también fue un objetivo fundamental de su acción intelectual.²⁹

El 10 de Octubre, fecha conmemorativa del comienzo de la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y de la primera gran campaña emancipadora contra el colonialismo español, fue celebrado por la Institución desde 1927. En esa oportunidad, Medardo Vitier, profesor de la Escuela de Maestros de Matanzas, pronunció la conferencia “Función civil de los fundadores”, y el poeta Agustín Acosta leyó su poema “La campana de La Demajagua”. Al año siguiente, Ramiro Guerra Sánchez, catedrático de la Universidad Nacional de La Habana expuso, “Antecedentes y significación del 10 de Octubre”, y en 1930, Benigno Souza, destacado cirujano y biógrafo del Mayor General Máximo Gómez, se refirió a la primera invasión de los independentistas cubanos, dirigidos por Gómez, al occidente del país en 1875.

A su vez, el Héroe Nacional de Cuba, José Martí recibió homenaje de recordación también, especialmente el 28 de enero, día aniversario de su natalicio en 1853. De forma muy simbólica, como para destacar las fraternales relaciones de los pueblos cubano y español, fue precisamente, Fernando de los Ríos, catedrático de la Universidad de Granada, quien inauguró esa clase de actos con “Reflexiones en torno al sentido de la vida en Martí”, conferencia impartida en 1928. Al año siguiente, los intelectuales cubanos Juan Marinello y Jorge Mañach disertaron sobre “El poeta José Martí” y “Esencias del pensamiento de Martí”, respectivamente, esta última el 10 de Octubre del año citado. En 1930, el célebre cuentista cubano Alfonso Hernández Catá pronunció la conferencia “Sobre la vida de Martí”; y en 1931,

Medardo Vitier "La actitud hacia la vida humana en José Martí", ambas el 28 de enero

Otras actividades y proyectos

Es evidente que las conferencias fueron y serían el núcleo central del activismo intelectual de la Institución Hispanocubana de Cultura, durante sus dos etapas de fructífera existencia. Pero esto no excluyó la preocupación por otras manifestaciones culturales como la música y el teatro, además de mostrar interés por el aprovechamiento de las técnicas más modernas de comunicación como la radio y el cine.

En junio de 1928, fue suscrito un convenio entre Fernando Ortiz por la Institución Hispanocubana de Cultura y Luis A. Baralt, hijo representando a la Sociedad Orquesta Filarmónica de La Habana que dio nacimiento a la Sección Musical de la primera entidad. El documento permitía a los asociados el disfrute mediante la presentación del correspondiente recibo mensual, de un concierto u otro grupo instrumental. Ese acuerdo fue anulado en marzo de 1930, al no estar conforme la Institución Hispanocubana con ciertas modificaciones que pretendía introducir la Sociedad Orquesta Filarmónica.³⁰ No obstante, en el tiempo de vigencia de dicho trato se cumplió lo estipulado y deben mencionarse: el estreno de las obras musicales de los compositores cubanos Amadeo Roldán y Alejandro García Caturla; además del Festival Musical en memoria del centenario de la muerte del afamado compositor austriaco Franz Schubert, en 1928. También los conciertos de música de cámara y de piano del compositor español Joaquín Turina, quien asimismo ofreció siete conferencias de marzo a abril de 1929.³¹

En abril 24 de 1931, se creó la Sección o Comisión de Arte, la cual asumió la responsabilidad de los actos relacionados con las diferentes ramas de ese vasto campo cultural. Así, en coordinación con la Sección Musical, fue organizado el Festival

de Música Folklórica el 25 de noviembre de 1931. El programa consistió de la conferencia "Pueblo, panorama y folklore hispanico" por la musicóloga cubana María Muñoz de Quevedo, y de una segunda parte, con un concierto de la Sociedad Coral de La Habana.³²

La Comisión de Arte también obtuvo una bonificación del 40% en el precio de cualquier localidad del Teatro Principal de la Comedia, en La Habana, para beneficio de los asociados de la Institución que desearan asistir a sus funciones.³³

Desde el primer año de existencia, la Institución aspiró a materializar dos proyectos principales: 1) la edición de una revista que logró imprimir entre 1930 y 1931, y 2) organizar veladas de cine, sólo realizadas en la segunda etapa de 1936 a 1948 de las que fue precursor Fernando de los Ríos, al ilustrar con proyecciones de cine su conferencia: "Tres ciudades culturales: Córdoba, Sevilla y Granada", el 23 de enero de 1927.

Mensajes... y Surco

Mensajes de la Institución Hispanocubana de Cultura fue el primer impreso oficial y divulgativo de esta asociación. De este modo, Ortiz mantenía la costumbre de establecer un medio de difusión de las organizaciones por él fundadas, que sirviera como propagandista y testimonio de sus actividades. Su oficina radicó en Marta Abreu (Amargura), número 66, altos, La Habana, donde estaba la Institución, y cuyo administrador era Santiago de Guardiola.

En total fueron editados cinco *Mensajes...* correspondientes uno a 1926-1927; dos a 1928; uno a 1929; y otro a 1930-1931, (este último en su información abarcó hasta abril de 1932) En realidad, los *Mensajes...* tuvieron el carácter de memorias señalado en el subtítulo y recogían el balance anual de la Institución Hispanocubana. Excepto uno de los ejemplares de 1928, impreso en julio de ese año, el cual publica el texto completo de la conferencia "Reflexiones en torno al sentido de la vida en Martí", por

Fernando de los Ríos; una nota de interés para los socios y los abonados de la Sociedad Orquesta Filarmónica, así como el Reglamento de la Institución. Este fue uno de los contados casos de divulgación íntegra de una conferencia en estos *Mensajes...* Los otros fueron: "La influencia del Descubrimiento de América en la historia del Derecho Internacional" por James Brown Scott (*Mensajes...* 1928, pp.181-198) y "El Ollanta y la literatura colonial en la lengua indígena" por Elijah Clarence Hills (*Mensajes...* 1929, pp. 236-255). De Ortiz, aparte de sus informes como presidente y los escritos breves como director de *Mensajes...* fueron impresos los discursos "Las relaciones interhispánicas" (Madrid, noviembre 17, 1928) y "La amistad triangular" (La Habana, febrero 19, 1928), ambos en *Mensajes...* 1928, pp. 171-177, y 177-180, respectivamente.

Es preciso señalar que el orden consecutivo de los ejemplares en el único volumen I está dado por una M (equivalente a Mensaje), en lugar del tradicional No. (Número) y la correspondiente cifra. De modo que la clasificación general es la siguiente: M. 1; *Memoria de 1926-1927*; M. 2 Julio 30, 1928; M. 3. *Memoria de 1928*; M. 4. *Memoria de 1929*. Mientras, el último ejemplar sólo se identifica como *Mensajes... Memoria. Años de 1930-1931*, sin volumen, número ni editor, cuyo contenido comprende hasta abril de 1932. Además, la numeración de sus páginas rompe la continuidad seguida en los *Mensajes...* anteriores, al comenzar con una nueva.

A su vez, algunos de los anuncios en los *Mensajes...* revelan los vínculos intelectuales y culturales con América Latina, con la publicidad de la *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, *Repertorio Americano*, *Semanario de Cultura Hispánica*, editado en Costa Rica, y *Nosotros*, revista argentina mensual de letras, arte, historia, filosofía y ciencias sociales.

La portada de *Mensajes...* en el extremo superior, tenía un espacio cuadrangular

ocupado por el título y el dibujo de una nave tipo carabela (en extremo derecho o punto cardinal este) que navega hacia un sol poniente (extremo izquierdo o punto cardinal oeste). Ambos elementos sobre un mar en cuya base central aparece el lema de la Institución Hispanocubana de Cultura: "Con la luz". Este diseño desaparece en la *Memoria. Años de 1930-1931*, precisamente cuando los "Mensajes de la Institución Hispanocubana de Cultura" ocupan un espacio fijo (las páginas 6 y 7) en la revista *Surco*.

El mensuario *Surco* con los subtítulos de *Cultura contemporánea* y *Revista de Revistas Extranjeras*, editó su primer número en agosto de 1930. El consejo editorial estaba integrado por el director, Fernando Ortiz; redactor, Félix Lizaso; secretario, Herminio Portell Vilá; y administrador, Frank J. Dumois, todos ubicados en el local de la Institución.

El motivo de la denominación de *Surco*, reafirmaba la admiración de Ortiz por José Martí pues el lema de la revista era la frase martiana: "Pensar es abrir surcos".

La publicación tuvo una amplia lista de colaboradores entre cuyos nombres mencionaremos a Alejo Carpentier, José María Chacón y Calvo, Elías Entralgo Eugenio Florit, Jorge Mañach, Juan Marinello, Lino Novás Calvo, Emilio Roig de Leuchsenring, José Zacarías Tallet y José Manuel Valdés Rodríguez. También en este nuevo empeño de Ortiz, que concretaba uno de los proyectos de la Institución, estaba presente la mujer con las hermanas Reneé y Sara Méndez Capote, así como Hortensia Lamar.

En el primer ejemplar de agosto de 1930 (vol. I, No. 1), Ortiz publicó una "Presentación" (p. 1), donde exponía las orientaciones editoriales de *Surco*. El texto reproduce algunos conceptos ya expresados en *Mensajes...* 1926-1927, relacionados con los criterios de la Institución Hispanocubana de Cultura y en particular, "Sus vibraciones patrióticas" (p. 25-26). Una vez más, ratifica su

identificación ideológica con José Martí al citar varios de sus pensamientos respecto a la integración nacional cubana y además, aboga por la culturación popular.

En *Surco* fue una sección permanente "Mensajes de la Institución Hispanocubana de Cultura", la cual por vez primera comenzó a divulgar una síntesis de algunas de las conferencias ilustradas con un fotoretrato del disertante. Esta práctica se mantendría en la revista mensual *Ultra*, durante la segunda etapa de la Institución, al igual que las secciones "Correo bibliográfico" y "Libros recibidos".

Surco reprodujo integros o resumidos artículos de disímiles temáticas de la prensa extranjera cuyo acceso era difícil por desconocimiento lingüístico o la falta de recursos económicos de los interesados, todo lo cual constituían obstáculos para "el enriquecimiento del saber popular", según palabras de Ortiz.

No obstante el predominio de los materiales de origen foráneo en sus páginas, también fueron publicados escritos de autores cubanos y del propio Ortiz como "La muerte de un antillanista", en octubre de 1930 con motivo del fallecimiento del arqueólogo y etnógrafo estadounidense Jesse Walter Fewkes.³⁴

Otro material nacional fue el de la sección Lyceum dedicado a la sociedad cultural femenina de ese nombre y la cual informa de sus actividades en las revistas de agosto (p. 12), septiembre (p. 13) y octubre (p. 10) de 1930.

Respecto a los anuncios mostró *Surco* sus relaciones fraternales con publicaciones españolas y latinoamericanas como *Bolívar. Información Quincenal de la Vida Hispanoamericana*, *Revista de Filología Española*, *La Gaceta Literaria*, todas de Madrid; *Revue de l'Amérique Latine*, París; *Contemporáneos*, México; *Índice*, San Juan de Puerto Rico; *Amauta*, Perú; *Atenea*, Chile; *Monterrey*, Brasil; *Cartel* y *La Pluma*, Uruguay; *Síntesis* y *Claridad*, de Argentina, y otras.

En febrero de 1931 fue impreso el último número de la revista *Surco. Cultura*

contemporánea. Revista de Revistas Extranjeras (vol. II, No. 7), cuya desaparición constituía un síntoma más de las adversas circunstancias que paralizaban el funcionamiento de la Institución Hispanocubana de Cultura. Debían transcurrir cinco años para que su breve y fecunda labor de divulgación cultural resurgiera con la revista *Ultra*, en julio de 1936.

La recesión temporal

Una serie de acontecimientos, a partir de 1930, incidieron desfavorablemente en la evolución progresiva de la Institución Hispanocubana de Cultura. La crisis económica internacional y las agitaciones político-revolucionarias en España y Cuba, entre otros sucesos, marcaron la inauguración de la década de los años 30. Varios son los índices anunciadores de la recesión temporal en la Institución, a pesar del persistente empeño de sus más entusiastas asociados.

Ya en 1930, hay dificultades para el financiamiento de la beca de Raúl Maestri en Alemania, la que finalmente fue prorrogada por seis meses y se concluyó en 1931, para convertirse en el último becario.

Por otra parte, el número de conferencias que sumó un total de 152 intervenciones de 1927 a 1929, descendió a menos de la mitad con 53 disertaciones de 1930 a 1932. De igual forma disminuyeron los conferencistas de 64 entre 1927 y 1929 a 28 oradores de 1930 a 1932. Incluso de no considerarse los años 1927 y 1932 para establecer una comparación bienal de 1928-1929 con 1930-1931, se mantienen las diferencias con saldo a favor de los primeros años. (Ver Cuadro 1).

Otro dato significativo fue la brusca baja en la cantidad de asociados que en enero de 1931 era de 968 y descendió a 254 socios en abril de 1932.³⁵

La aparición de la revista *Surco*, en agosto de 1930, representó un meritorio esfuerzo por revitalizar a la Institución Hispanocubana de Cultura. Sin embargo, la crítica situación no pudo ser aliviada

entonces y así lo reconocía la *Memoria. Años de 1930-1931*, en las líneas siguientes:

No podemos hacer hoy los optimistas augurios de aquellos años. El estancamiento en el camino del éxito, que la Institución lógicamente ha tenido que experimentar, no es sino una señal de los tiempos. La Institución ha visto memársele mes a mes aquel auge inicial que nos hacía sentirnos orgullosos y cumpliendo nuestro deber, señalamos esa realidad, como antes acogimos la contraria.*

A lo antes expuesto, añadióse la partida hacia el extranjero de Fernando Ortiz en diciembre de 1930, de donde regresó tras el derrocamiento de la tiranía machadista en agosto de 1933. La ausencia del vigoroso animador, promotor y empresario de la Institución Hispanocubana de Cultura, sin dudas le restó las fuerzas vitales que no pudieron suplir sus más cercanos colaboradores. No obstante, Ortiz, perseverante en su objetivo de culturación popular, imprimió un dinamismo renovador a la Institución en 1936. El despertar del temporal letargo tuvo como principal publicista a la revista *Ultra* que, al igual que su precursora *Surco*, fue también de *Cultura Contemporánea* y *Revista de Revistas*. Y cuyo título Ortiz escogió para consignar la divisa impulsora y guía de sus afanes intelectuales y culturales: *Ultra* y *Plus Ultra*, o sea, ¡Más allá! ¡Siempre más allá!.³⁷

Conclusiones

El estudio de la Institución Hispanocubana de Cultura, en su primera etapa de 1926-1932, permite destacar los resultados siguientes:

1. Fernando Ortiz Fernández fue el promotor, animador y empresario que laboró intelectualmente por la unidad, continuidad y revaloración de las raíces y los más relevantes aspectos del proceso histórico cultural cubano, a la vez que contribuyó a su enriquecimiento con los aportes de la cultura universal contemporánea.
2. La Institución Hispanocubana de Cultura prolonga y amplía el tradicional proselitismo cultural de la Sociedad Económica de Amigos del País. Practica además, una acción cultural más dinámica acorde con las realidades de su tiempo.
3. La Institución Hispanocubana de Cultura se inserta, junto con las Sociedades del Folklore Cubano y de Estudios Afrocubanos, en el programa de promoción cultural y de la integración nacional que, con los factores raciales fundamentales de la sociedad cubana (blancos y negros) desarrolla Ortiz. Su plan tiene como objeto el estudio de los fenómenos (demográficos, literarios, artísticos, económicos, políticos, jurídicos, religiosos, lingüísticos y sociales en general) producidos por la convivencia de blancos y negros en Cuba. Ello tiene como fin lograr la mejor comprensión entre los diversos elementos integrantes de la nación cubana y la realización de sus comunes destinos históricos.
4. La Institución Hispanocubana de Cultura cumple y trasciende sus originales propósitos de "intensificar y difundir la cultura que nos es propia", al facilitar la exposición pública de los más disímiles temas del conocimiento universal contemporáneo por diversos intelectuales extranjeros y cubanos.
5. Ortiz, mediante la Institución Hispanocubana de Cultura y en su quehacer por la integración nacional, incorporó a la mujer como parte activa de la membresía, así como permitió la divulgación de los problemas femeninos, los cuales compartían prejuicios y discriminaciones semejantes a los de la población negra.
6. La Institución Hispanocubana de Cultura exaltó los valores patrióticos nacionales mediante las conmemoraciones del 10 de Octubre, además propagó la vida y pensamiento de José Martí.

7. Propugnó la Institución Hispanocubana de Cultura el empleo de los medios técnicos más modernos de su época como el cine y la radio para la difusión masiva cultural, lo cual le otorga una posición de vanguardia en ese campo.
8. Fue precursora en la implantación de un nuevo tipo de publicación periódica cultural con la edición de la revista *Surco*, cuyo contenido básico provenía de la prensa extranjera y que alcanzará su forma superior con la impresión de su sucesora: *Ultra*, como eficaces instrumentos de la culturación popular preconizada por Ortiz.

Notas

- ¹ Ortiz Fernández, Fernando. Presentación. *Surco. Cultura Contemporánea. Revista de Revistas Extranjeras* (La Habana) 1 (1):1; ag. 1930.
- ² Sociedad Económica de Amigos del País. *Recepción de los socios de mérito Fernando Ortiz y Luciano R. Martínez por Antonio García Heredia*. La Habana: Molinay Cía, 1934. p. 4.
- ³ *Mensajes de la Institución Hispanocubana de Cultura. El año primero. Memoria de 1926-1927*. La Habana: Impr. El Universo, 1928. p-36.
- ⁴ Ortiz Fernández, Fernando. *La hija del Iluminismo*. La Habana : Molina y Cía, 1943.
Exposición del origen histórico y filosófico de la Sociedad Económica de Amigos del País.
- ⁵ La Institución Hispanocubana de Cultura tuvo dos etapas: de 1926 a 1932 y de 1936 a 1948. Editó los *Mensajes de la Institución Hispanocubana de Cultura*, así como las revistas *Surco* (1930-1931) y *Ultra* (1936-1947).
La Sociedad del Folklore Cubano laboró de 1923 a 1931 y publicó *Archivos del Folklore Cubano* (1924-1930). La Sociedad de Estudios Afrocubanos existió desde 1937 a 1947. Imprimió la revista *Estudios Afrocubanos* (1937-1946).

⁶ *Mensajes... Op. cit.* (3). p 2.

⁷ *Ibidem*, p. 4.

⁸ Roig de Leuchsenring, Emilio. Habladurias. Acercamiento hispanocubano sin los mitos de la Raza y la Religión. *Carteles* (La Habana) 9 (49): 10, 23; dic. 1926.

El artículo está firmado con el seudónimo El curioso parlanchin, y es una entrevista a Fernando Ortiz.

⁹ *Mensajes... Op. cit.* (3). p. 34

Acerca de la primera Junta Directiva.

Sobre las secciones o comisiones ver *Mensajes de la Institución Hispanocubana de Cultura. El año segundo Memoria de 1928*. La Habana: Impr. El Universo, 1929. p. 142-143

Mensajes de la Institución Hispanocubana de Cultura. Memoria. Años 1930-1931. La Habana: [s.n., s.a.]. p. 16-17.

En 1931 Juan Marinello presidió la Comisión de Conferencias; Francisco Ichaso la de Arte; José Fernández Rodríguez, la de Propaganda, y Manuel F. Grau, la de Admisiones.

¹⁰ *Mensajes... Op. cit.* (3). p. 25. "Su emblema".

¹¹ *Ibidem*, p. 19. "Los fines de la Institución".

¹² *Ibidem*, p. 25-26. "Sus vibraciones patrióticas".

¹³ *Ibidem*, p. 28-34. "Los socios y sus clases. El gobierno de la Institución. La Junta General".

¹⁴ *Ibidem*, p. 41-44. "Los recursos económicos".

Mensajes... 1930-1931. Op. cit. (9). p. 19.

¹⁵ *Ibidem*, p. 28-31. "Los socios y sus clases"; p. 44. "Cuotas de los socios".

¹⁶ *Ibidem*, p. 43. "Compañía Trasatlántica Española"; p. 60. "Relaciones exteriores. Con el gobierno español".

¹⁷ *Mensajes... 1926-1927. Op. cit. (3). p. 53.*
"Los becarios en España".

Mensajes... 1928. Op. cit. (9). p. 136 "El regreso de los dos becarios".

Mensajes de la Institución Hispanocubana de Cultura. El año tercero. memoria de 1929. La Habana : Impr. El Universo, [s.a.] p. 210.

"Becario en el extranjero".

Mensajes... 1930-1931. Op. cit. (9). p. 13.
"Beca en el extranjero".

¹⁸ *Mensajes... 1926-1927. Op. cit. (3). p. 65.*
"Relaciones con otras instituciones análogas".

¹⁹ *Ibidem, p. 55-59.* "Instituciones filiales".
Mensajes... 1928. Op. cit. (9). p. 159-163.
"Las filiales de la Institución".

Mensajes... 1929. Op. cit. (17). p. 227.
"Las filiales de la Institución Hispanocubana".

La filial de Santiago de Cuba fue la primera constituida en diciembre de 1926 y la presidió el intelectual dominicano residente en Cuba, Max Henríquez Ureña. Le siguieron las filiales de Matanzas (abril 21, 1927) dirigida por Diego Vicente Tejera, hijo; Sagua la Grande (mayo 10, 1927) y Manzanillo (diciembre 12, 1927). Mientras las de Caibarién y Camagüey se establecieron en 1928. Los informes anuales citados ofrecen los nombres de los integrantes.

²⁰ *Mensajes... 1926-1927. Op. cit. (3). p. 37-41.* "La colaboración femenina. Comisión Asesora Femenina. Los intereses femeninos".

Pilar Morlón fue la presidenta de los dos congresos nacionales de mujeres celebrados en 1923 y 1925, en los que participó activamente Hortensia Lamar, mientras Renée Méndez Capote fue fundadora de la sociedad cultural femenina Lyceum en 1928. Las tres fueron vocales de la Junta Ejecutiva que

finalizaba su mandato en diciembre de 1932. Entre los donativos monetarios aparecen los de Lydia Cabrera, \$300, y María Govín de Tarafa, \$100. También hubo la cuota particular voluntaria de \$50 anuales de Lily Hidalgo de Conill.

²¹ *Mensajes... 1926-1927. Op. cit. (3). p. 46-49.* "Las conferencias".
Mensajes... 1928. Op. cit. (9). p. 129-134.
"Conferencias de 1928".
Mensajes... 1929. Op. cit. (17). p. 205-209.
"Conferencias de 1929".
Memorias... 1930-1931. Op. cit. (9). p. 4-9. "Conferencias". Comprende hasta abril de 1932.

²² Ver epígrafe *Otras actividades y proyectos.*

²³ *Mensajes... 1926-1927. Op. cit. (3). p. 49.*
"Los NO de la Institución".

Este texto se repite en su contenido básico en cada informe anual en la parte titulada: "Continuidad de criterios", que incluye: "Su orientación - Su independencia - Su ética . Su patriotismo". además del ya mencionado.

²⁴ *Op. cit. (21).*

²⁵ *Ídem.*
En 1932 sólo se informa de enero a abril.

²⁶ América Latina comprende conferencistas de Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, México y Perú.

²⁷ Otros países incluye a conferencistas de Estados Unidos de América, Francia, India y Yugoslavia.

²⁸ *Mensajes... 1926-1927. Op. cit. (3). p. 70.*
"Limitación del número de socios".

Esta decisión fue provocada por las dificultades auditivas presentadas al gran público que asistió a las conferencias del doctor Gregorio Marañón, en el teatro Payret, en diciembre de 1927, a pesar del empleo de la "técnica eléctrica".

²⁹ *Mensajes... 1928. Op. cit. (9). p. 151-154.*
"Continuidad de criterios".

Incluye la frase "mundializar Cuba culturalmente".

³⁰ *Ibidem* p 110-114 "A los socios de la Institución Hispano Cubana de Cultura y a los abonados de la Sociedad Orquesta Filarmónica de La Habana".

Mensajes... 1930-1931. Op. cit. (9). p. 12.

³¹ *Mensajes... 1928 Op. cit. (9). p. 147-148.*
"La Sección Musical".

Mensajes... 1929 Op. cit. (17). p. 205-209. "Conferencias de 1929".

³² *Mensajes... 1930-1931. Op. cit. (9). p. 9.*
"Festival de Música Folklórica".

³³ *Ibidem*, p. 13. "Funciones teatrales".

³⁴ Ortiz Fernández, Fernando. La muerte de un antillanista. *Surco. Cultura Contemporánea. Revista de Revistas Extranjeras* (La Habana) 1 (3): 12; oct. 1930.

³⁵ *Mensajes... 1930-1931. Op. cit. (9). p. 22.*
"Movimiento de socios".

³⁶ *Ibidem*, p. 2

³⁷ *Op. cit. (1).*



Cultas y libres



Lo mejor de la literatura
contemporánea
cubana e internacional
usted podrá leerlo
si se abona al

Club MINERVA

Información: tel. 81 7657

Email:





La construcción naval en Cuba hasta fines del siglo XVIII. Sinopsis

César García del Pino



El grupo de hombres que realizó la conquista de Cuba, todos más o menos emparentados entre sí, no estaba formado por meros aventureros dispuestos a correr siempre tras el fantasma de El Dorado, sino por individuos que comprendieron la importancia de la posición geográfica de nuestra Isla, "muy a propósito de toda navegación", como escribiera el propio Diego Velázquez;¹ que permitiría convertir a Cuba en uno de los centros del comercio mundial.

Eso se evidencia en la fundación de las seis primeras poblaciones. Dos de ellas, Baracoa y Puerto Príncipe, en función de asegurar la navegación por la Canal Vieja

de Bahamas, las otras cuatro de cara al continente, prestas a servir de base para contribuir a su conquista. Ello se manifiesta con la fundación de la séptima en 1515, Santiago de Cuba, en un puerto que "les pareció (...) muy a propósito de la navegación destes reynos y de costa del oro y de la española y jamayca".² Es reveladora la mención de la fabulosa Costa del Oro o Castilla del Oro, antes de las de otras regiones más cercanas y se debe a que sus conquistadores dependían de los alimentos y otros renglones, tanto producidos aquí como en Europa, pero reexportados desde Cuba a precios abusivos.

Apenas fundaron Santiago de Cuba, a donde trasladaron la capital establecida en Baracoa, solicitaron se les proveyera con toda clase de pertrechos navales, con vista a reparar las embarcaciones provenientes de Castilla del Oro.³ Pero esto no era suficiente, pues aspiraban a monopolizar aquel rico tráfico, por lo que mediante sus procuradores en la corte, Pánfilo de Narváez y Antonio Velázquez, pidieron se les permitiese construir navios, para comerciar con las tierras circunvecinas, lo cual fue autorizado por el regente de Castilla, cardenal Cisneros, por Real Cédula de 29 de diciembre de 1516.⁴ Dos años más tarde, el 12 de diciembre de 1518, Carlos V confirmaba el anterior privilegio, pero limitándolo a diez buques, que no excediesen de 100 toneladas.⁵ Desde luego, esta restricción, como ocurrió con otras de su género en Cuba, debe haber sido "acatada, pero no cumplida". Mas, es lo cierto que estas dos pragmáticas fueron la génesis de la industria naval en nuestro país, a cuya sombra se desarrollaron manufacturas tales como la confección de cables de majagua, ya mencionados en el inventario de una nao, en 1595, la de hilo de henequén para coser las velas, y la elaboración de alquitrán y brea, a partir de la resina de los pinos que poblaban el occidente de Cuba y la Isla de Pinos.

Al desarrollo de la industria naval en Cuba, contribuyó otro factor natural: la calidad de

muestras maderas hacía que los buques contruidos con ellas fuesen muy superiores a los de otra fabricación, por ser más resistentes a los teredos, además de otras cualidades sobre las cuales escribió Ustáriz, en el siglo XVIII:

...si los fabricados en Europa duran de 12 a 15 años, se conservan más de 30 las que se hacen allá con el cedro, roble mas duro, y otras maderas de superior firmeza y resistencia: lo que es causa también de que necesitan menos carenas y de otros reparos; fuera de que en combate tiene también el cedro la ventaja de que embebe en sí las balas, sin que se experimenten los efectos de los astillazos, que en los navios fabricados en Europa, y que suelen maltratar, y aun matar mucha gente.⁶

Dado lo anterior, se llegó a embarcar madera destinada a la construcción naval en los arsenales de El Ferrol y La Carraca, en España.⁷

Por esto, no es de extrañar que en los más antiguos *Protocolos de La Habana* llegados a nuestros días, aparezca un contrato efectuado el 28 de diciembre de 1578, para la construcción de una fragata, destinada al cabotaje, "en el astillero de esta villa",⁸ probando la existencia de esta clase de fábrica en ella con anterioridad a la fecha mencionada.

Más adelante se cita otro barco hecho en Bayamo,⁹ seguramente en los nombrados astilleros del Cauto. También se encuentran contratos realizados por carpinteros de ribera, mediante los cuales toman aprendices,¹⁰ demostrativos de que tenían taller suficiente como para requerir más fuerza de trabajo y se llegó al extremo de tener un maestro de este oficio que contratar a otro, y pagarle el para entonces nada despreciable salario de 80 ducados anuales.¹¹ Pero estos constructores no se limitaban a fabricar fragatas, pues en septiembre de 1588, uno se comprometía a construir una nao por el precio de 2 000 ducados.¹²

Debe tenerse en cuenta que esta reducida información es, repetimos, la existente en los escasos *Protocolos* de la época de nuestra capital, que han sobrevivido a polillas, ciclones, etcétera, aunque no comprenden las contrataciones realizadas en otros lugares de la Isla.

No fueron embarcaciones mercantes solamente las que se hicieron en La Habana, pues en 1591 el maestre de campo Juan de Tejeda estaba enfrascado en la fabricación de seis fragatas de guerra,¹³ posiblemente las primeras del mundo, y poco después se harían pinazas y galeotas, para la defensa de las costas, y las primeras de las temidas piraguas, la nave favorita de nuestros corsarios.

Al comenzar el siglo XVII, los constructores habaneros no se limitaban a trabajar dentro de la bahía y, seguramente, con el propósito de abaratar los costos, se iban a trabajar donde tenían la madera al alcance de la mano. Así, en 1601 Miguel Goada construyó la fragata *Nuestra Señora de los Remedios* en el río de Ortigosa¹⁴ y tres años más tarde fabricaba, por la cantidad de 250 ducados, la fragata *La Catalina* en Río de Puercos.¹⁵

Se especificaba que esta embarcación era de 1 000 cueros de porte. Este, para nosotros, extraño modo de referirse al arqueo de un buque, tenía su razón de ser. Recordemos que en los barcos la tonelada no es una medida de peso, sino de volumen. No ocupa el mismo espacio una tonelada, en peso, de plomo, que una de algodón. Actualmente está en uso la tonelada Moorsom, equivalente a 100 pies cúbicos o 2,83 metros cúbicos; entonces era el hueco necesario para estibar un *tonel macho*, o dos pipas de 27,5 arrobas cada una.¹⁶ De lo anterior se desprende, que al construir una embarcación destinada al transporte de cueros, resultaba práctico determinar su arqueo en la forma citada.

El por entonces capitán general de la Isla don Pedro de Valdés, marino de profesión,

encargó la fabricación de un galeón de 700 toneladas, llamado *La Criolla*, que fue hecho en la bahía de Cabañas. Esta nave sería famosa, por sus condiciones, en la Carrera de las Indias.¹⁷

Para defender las aguas antillanas, pero principalmente con el fin de reprimir el contrabando, decidió la corona, en 1608, crear un escuadrón denominado Armada de Barlovento y construirlo en La Habana, tarea encomendada al general Juan Enriquez de Borja;¹⁸ con este propósito se dispuso el envío desde México de 271 114 ducados, para hacer diez bajeles.¹⁹ La determinación de realizar esta obra en La Habana, la forzaba el desproporcionado aumento de los costos en España, donde se habían triplicado desde fines del siglo anterior.²⁰ Según Larraspuru, el costo de fabricación en La Habana era, en esos momentos, de 36 ducados la tonelada.²¹

Ya desde el siglo anterior existían en Bayamo, en el hato de Cauto Abajo, dos astilleros: "el uno se llamaba del Rey y el otro del Capitán Álvaro Pérez de Nava, dueño de la hacienda. Concurrían a los trabajos de ambos un número crecido de operarios".²²

En 1616 se firmaba un asiento con el capitán Alonso Ferrera, vecino y regidor de La Habana, para construir en este puerto cuatro galeones de 550 toneladas cada uno, a 26 000 ducados por unidad.²³

Fue por aquella época que se inició en La Habana la fabricación de buques en serie. Hasta aquel momento los carpinteros de ribera trabajaban a ojo, basándose únicamente en sus conocimientos prácticos, transmitidos de maestro a aprendiz, por ello no se hacían dos barcos exactamente iguales.

Aquí cabe una digresión: a lo antes dicho se debe la particular importancia de la Arqueología Submarina, joven rama de esa ciencia, en nuestro país y en relación con este anárquico período, pues permite conocer las técnicas usadas por nuestros constructores con anterioridad a la segunda década del siglo XVII.

De vuelta al tema Posiblemente, el introductor del nuevo método de usar piezas uniformes, que podían ser utilizadas indistintamente en cualquiera de los vasos, fue Francisco García de Veas, quien vino a La Habana como "maestro mayor" de la fábrica de bajeles de Enriquez de Borja.²⁴

En cuanto a Alonso Ferrera, se sabe que construyó los galeones de su asiento, en un astillero existente "a dos leguas de travesía del puerto".²⁵ Este individuo se había casado con una dama de la familia de los Díaz-Pimienta, clan de navieros de origen sefardita, y estableció en La Habana su centro de operaciones, que se ramificaba en distintas direcciones, llegando hasta las remotas costas asiáticas, en pos del rico y lucrativo comercio del Oriente. Por eso un hijo de Ferrera, nombrado don Francisco y nacido en La Habana en 1611, murió de un flechazo en un combate librado en las costas de China.²⁶

Mas, no eran solamente barcos los que se construían en La Habana. En 1622 un huracán echó a pique los hoy famosos galeones *Nuestra Señora de Atocha*, uno de los fabricados por Ferrera, y el *Santa Margarita*. Dos años después firmaba un contrato para su rescate Francisco Núñez Melián, "quien diseñó un aparato que sirviese a la vez como vehículo para la búsqueda y como depósito de aire para los buzos". Consistía en una campana de bronce de 680 libras, con portillas, "fundida en La Habana".²⁷ Si bien las campanas de buceo eran conocidas con anterioridad, en puridad parecen haber sido simples barriles, pues en fecha muy posterior, 1678, se describe una formada "por duelas con arcos de hierro",²⁸ utilizada en Europa. Por tanto, el invento de Núñez Melián constituía una notable innovación.

En 1625 se encomendaba al capitán Francisco Díaz-Pimienta la fabricación de dos galeones en La Habana,²⁹ que seguramente se hicieron en el astillero de su familia, situado en las proximidades del Castillo de La Fuerza, "en un pequeño seno o entrada del mar de la bahía, actualmente relleno y convertido en parque".

Juan Pérez de Oporto también hizo buques en Cuba, pues en junio de 1626, una escuadra holandesa que entró a refrescar en Cabañas, destruyó uno de los astilleros de su propiedad ubicado en uno de sus cayos, así como un buque el cual estaba en gradas.³⁰

El 16 de noviembre de 1629 se dictaba una Real Cédula, destinada a alentar la construcción de nuevas embarcaciones, para reponer las pérdidas en la guerra con Holanda: por ella se le concedía a los armadores habaneros el privilegio "del tercio de fabricantes destes reynos", igualándolos a los sevillanos.³¹ Con el mismo fin, un mes más tarde se designaba superintendente de la fábrica de navíos del puerto de La Habana, y otros, al ya citado capitán Francisco Díaz-Pimienta.³²

Para no ser prolijos y por ende farragosos, no continuaremos relacionando las construcciones del siglo XVII. Pero basta revisar los largos listados de la obra de los Chaunu, para comprobar la cantidad de buques construidos en La Habana, que participaban en la Carrera de Indias.

El siglo XVIII se inició con un cambio dinástico en España y el nuevo monarca, Felipe V, se encontró sin una escuadra digna de ese nombre y por tanto en 1725 se realizaron reformas en la Armada, bajo la dirección del ministro don José Patiño,³³ y por ello se estableció un Arsenal en La Habana, cuyo primer capitán de maestranza fue el experimentado constructor don Juan de Acosta,³⁴ quien en el lustro siguiente botó al agua cinco navíos, una fragata y un paquebote.³⁵

Prueba inequívoca de la calidad de los barcos fabricados por Acosta, la brinda el navío *Nuestra Señora de Belén* (a) *El Glorioso*, de 70 cañones, botado al agua en 1740, que en viaje a España el siguiente año, conduciendo caudales, libró tres combates contra fuerzas superiores de la escuadra inglesa, causándole grandes daños, pues llegó a echar a pique al navío *Yarmouth*, de 60 cañones, y, seriamente

averiado corrió un recio temporal, antes de hundirse en el último de los citados combates.³⁶

En 1741 la recién fundada Real Compañía de Comercio de La Habana, contrató con la corona la construcción de naves de guerra en el Astillero,³⁷ pero pocos años después, por razones claras, renunció a este privilegio y se encargó de la tarea la Real Armada.

Como el lugar donde se encontraba el antiguo Astillero, "entre la Fuerza y la Contaduría", resultaba reducido para la fabricación simultánea de buques de gran porte, se le trasladó al interior de la bahía, al sitio que hoy ocupa la Terminal de Ferrocarriles. La nueva instalación era, según don Nicolás Joseph de Ribera: "Fabrica costosissima capaz de enriquecer á toda la Ysla (...) ocupava mucha gente y repartia muchisimo dinero";³⁸ por su parte, don Bernardo J. de Urrutia aseguraría que tenía "trafago para dos o tres mil hombres".³⁹ Su desarrollo tecnológico dentro del marco de la época, lo prueba el hecho de la construcción de dos pontones, encargados para la limpieza del puerto de Veracruz, los cuales deberían ser terminados y armados con todo el equipamiento necesario para la labor que habrían de realizar, "sin empernar, clavar, ni reclavar sus miembros" y después de haber sido probadas todas sus partes, se les desarmaría, numerándose cada una de ellas, para remitirlos a su lugar de destino.⁴⁰

Aquel establecimiento, cuyo nombre oficial era Real Astillero de Nuestra Señora de Bethelen, poseía diques secos capaces de admitir, para su reparación o carena, a los navíos de mayor porte, alimentados por un brazo de la Zanja Real que, antes de llegar a ellos, movía una gran sierra hidráulica. La avanzada técnica de aquella instalación, despertó la admiración de los marinos ingleses cuando ocuparon La Habana en 1762, quienes, con meticulosidad digna de mejor causa, la destruyeron antes de evacuar la ciudad.⁴¹

Reconstruida, alcanzó su apogeo en el último tercio del siglo XVIII, cuando trabajaron allí constructores de la talla de Mateo Mullan y Honorato Bouyon y se hicieron varios navíos de tres puentes y 120 cañones, además del gigantesco *Santísima Trinidad*, el mayor buque de guerra de la época, que llegó a montar 140 piezas de artillería.

Arruinada la Armada Española en las guerras napoleónicas, languideció el Arsenal habanero, que botó al agua su último buque en 1796.⁴ En 68 años habían salido de sus gradas:

49 navíos
22 fragatas
14 goletas
9 bergantines
7 paquebotes
4 ganguiles,
4 pontones⁵
Total: 109 embarcaciones



NOTAS

¹ Real Academia de la Historia. *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas sacados de los Archivos del Reino, y muy especialmente del de Indias*. Madrid: Impr. de J. M. Pérez, 1869. t. 11, p. 428.

² Academia de la Historia de Cuba. *Papeles existentes en el Archivo General de Indias relativos a Cuba y muy particularmente a La Habana*. La Habana: Impr. El Siglo XX, 1931. p. 14.

³ *Ibidem*, p. 17.

⁴ *Ibidem*, p. 28.

⁵ Chaunu, Huguette et Pierre. *Seville et l'Atlantique*. Paris: Librairie Armand Colin, 1955. t. 2, p. 96, nota 1.

⁶ Ustáriz, Gerónimo de. *Theorica, y practica de comercio y de marina*. Madrid: Aguilar, S.A. de Ediciones, 1968. p. 216.

⁷ Archivo General de Indias. *Cuba*. Legajo 1148 e Indiferente General, Legajo 1724.

⁸ Rojas, María Teresa de. *Índice y extractos del Archivo de Protocolos de La Habana*. 1578-1585. La Habana: Impr. Ucar, García y Cia., 1947. No. 32.

⁹ *Ibidem*. No. 314

¹⁰ *Ibidem*. Nos. 186, 357 y 421

¹¹ *Ibidem*. No. 587.

¹² Rojas, María Teresa de. *Índice y extractos del Archivo de Protocolos de La Habana*. 1588. La Habana: Burgay y Cia., 1957. No. 336.

¹³ Wright, Irene A. *Historia documentada de San Cristóbal de La Habana en el siglo XVI*. La Habana: Impr. El Siglo XX, 1927. p. 170 y siguiente.

¹⁴ Cuba. Archivo Nacional. *Protocolos*. Escribanía de Regueira. tomo de 1601, f. 513.

¹⁵ *Ibidem*, tomo de 1604, f. 89.

¹⁶ *Enciclopedia general del mar*. Barcelona: Ediciones Garriga, S.A., 1968. v. VIII, p. 625 y siguiente.

¹⁷ Wright, Irene A. *Historia documentada de San Cristóbal de La Habana en la primera mitad del siglo XVII*. La Habana: Impr. El Siglo XX, La Habana, 1930. p. 22, nota 3 y p. 152.

¹⁸ *Op. cit.* (7). *Indiferente General*. Legajo 1867. "Consulta de la Junta de Guerra de las Indias, fecha 9 de mayo de 1608".

¹⁹ *Ibidem*. México. Legajo 325. "Carta de los Oficiales Reales de México a Felipe III, fecha 12 de noviembre de 1608".

²⁰ *Op. cit.* (5). t. 1, p. 204 y siguiente.

²¹ *Op. cit.* (7). *Audiencia de Santo Domingo*. Legajo 100. "Dictamen del fiscal licenciado San Juan de la Corte a la Junta de Guerra de Indias". s/f

²² Cowley, Rafael. *Los tres primeros historiadores de la Isla de Cuba*. La Habana: Impr. y Librería de Andrés Pego, 1876. t. 2, p. 518 y siguiente

²³ García del Pino, César y Alicia Melis Cappa. *Documentos para la historia colonial de Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1988. p. 133.

²⁴ *Op. cit.* (7). *Audiencia de Santo Domingo*. Legajo 900, Libro 7, fs. 77 y 83v.

²⁵ *Op. cit.* (17). p. 158, nota 2.

²⁶ Santa Cruz y Mallén, Francisco Xavier de. *Historia de familias cubanas*. La Habana: Editorial Hércules. 1943. t. 4, p. 135.

- ¹⁷ Lyon, Eugene. *New York. The Search for the Atocha*. Harper & Row Publishers, 1979. p. 77
- ¹⁸ *Op. cit.* (16). v2, p. 607.
- ¹⁹ British Museum. *Manuscriptos*. Eg. 320. 35. f. 44. "That owing to the want of war ships for the defense and security of the Indias seas... for the building and fitting out at the Port of San Christoval de la Havana of two galleons, 1625".
- ²⁰ *Op. cit.* (7). *Audiencia de Santo Domingo*. Legajo 101. Ramo 2, No. 174-193. "Información hecha en La Habana ante el escribano Tomás de Torres, en 7 de junio de 1626".
- ²¹ *Op. cit.* (17). p. 158.
- ²² *Ibidem*, p. 159.
- ²³ Fernández Duro, Cesáreo. *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*. Madrid: Museo Naval, 1973. t. 6, p. 15.
- ²⁴ Pezuela y Lobo, Jacobo de la. *Historia de la Isla de Cuba*. Madrid: Carlos Bailly-Bailliere. 1868. t. 2, p. 335.
- ²⁵ Valdés, Antonio J. *Historia de la Isla de Cuba y en especial de La Habana*. La Habana: Comisión Cubana de la UNESCO, 1964. p. 284.
- ²⁶ *Op. cit.* (34). p. 411 y siguiente.
- ²⁷ *Op. cit.* (23). p. 230 y siguiente.
- ²⁸ Portuondo y Zúñiga, Olga. *Nicolás Joseph de Ribera*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1986. p. 149.
- ²⁹ *Op. cit.* (7). *Audiencia de Santo Domingo*. Legajo 1157.
- ³⁰ García del Pino, César. *Índice y extractos de protocolos de la Escribanía de Marina de La Habana. 1760-1763*. La Habana: Archivo Nacional, 1989. No. 64.
- ³¹ *Ibidem*, p. V.
- ³² *Op. cit.* (35). p. 289.
- ³³ *Ídem*.



Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada

Roberto Fernández Retamar



El privilegio de haberseme invitado a decir estas palabras lo debo a otro privilegio todavía mayor, en verdad excepcional: las relaciones tan grandes como inmerecidas que me vincularon con don Ezequiel Martínez Estrada a partir de 1959. Esas relaciones, a su vez, remiten a lecturas que me marcaron para siempre en la adolescencia. Y ruego, en el inicio mismo de mi intervención, que me excusen el

carácter personal que frecuente e inevitablemente le daré, pues por escaso que sea el valor del carácter, es lo que me autoriza a venir ante ustedes, especialistas en Martínez Estrada, que para mi desdicha no soy, sino un amador y un deudor suyo. Además siento el deber de compartir con ustedes comentarios sobre una etapa de su existencia no tan conocida como merece, aunque contribuye de modo fundamental a hacer entender al muy complicado Ezequiel.

Cuando no podía pensar que la vida iba a regalarme la felicidad de conocer en persona a Martínez Estrada y de aprender en lo inmediato de él, realicé casi simultáneamente en mi adolescencia, como ya dije, lecturas de gran impacto. Una, la de su *Panorama de las literaturas* (1946), y en este *Panorama...* las líneas con las que acabo de terminar un discurso en la Universidad de Buenos Aires: aquellas en que don Ezequiel no sólo llama a Martí "la figura más grande de Iberoamérica como escritor", sino que añade refiriéndose a él: "Hoy no tenemos, en el desconcierto y el escándalo mental y moral de Iberoamérica, otro faro que mejor nos guíe". Como leí lo anterior a finales de los años 40, supongo que es difícil, casi medio siglo y tantas cosas después, imaginar lo que ello significó para un muchacho que vivía en un país humillado y ofendido, y se abrazaba a la poesía y en especial a la sombra iluminada de Martí como áncoras de salvación. Esas palabras, al igual que otras de Darío, Unamuno o Gabriela (yo ignoraba aún las de Sarmiento, Juan Ramón o Reyes), me confirmaron que la esperanza y el orgullo que significaba para nosotros Martí no eran ilusorios. Llamo la atención, de paso, sobre cómo, contrariamente a lo que algunos apresurados han dicho, la última entrega de Martínez Estrada, su acercamiento ígneo a Martí y a su causa, estaban prefigurados ya entonces.

La otra lectura, fue la de una polémica que tuvo amplia resonancia entre nosotros: la que en 1949 mantuvieron Jorge Mañach, quien había sido una de las cabezas de la

Revista de Avance y José Lezama Lima, codirector y alma de *Orígenes*. Quejoso el primero de la falta de reconocimiento a quienes habían impulsado su publicación vanguardista que manifestaban los entonces jóvenes de *Orígenes*. Lezama le replicó, con la aspereza frecuente en los roces generacionales, que ellos no veían figuras imantadoras entre aquellos:

No era como en México, con el caso ejemplar de Alfonso Reyes, o en la Argentina, con Martínez Estrada o Borges, donde la gente más bisoña se encontraba, cualquiera que fuese la valoración final de sus obras, con decisiones y ejemplos rendidos al fervor de una Obra.

Por el señorío que tenía ya en nuestra cultura Lezama, sobre todo entre quienes nos considerábamos poetas (yo mismo iba a comenzar a colaborar en *Orígenes* dos años después de la polémica), no me parece extraño que Reyes, Martínez Estrada y Borges se me convirtieran en maestros cuyas lecciones me acompañarían el resto de mi vida.

Ciñéndome a Martínez Estrada, ¿qué conocía yo de su obra en vísperas de 1959? Sus libros de versos, leídos para un curso sobre poesía hispanoamericana contemporánea que ofrecí en 1958 en la Universidad de Yale; al menos dos o tres de sus grandes libros ensayísticos (*Radiografía de la pampa*, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, *¿La cabeza de Goliat?*), los cuales, junto a meditaciones de Martí, Reyes, Henríquez Ureña, Vasconcelos, Mariátegui, Ortiz, Páez, Zea o Cardoza tanto significaron para mi *paideia*; cuentos como "La inundación" (1943), en aquellos preciosos *Cuadernos de la quimera*; algunas de sus colaboraciones en revistas y de sus piezas de francotirador, como las de *Cuadrante del pampero* (1956); hasta había leído su *Tres dramas* (1957) que me pidió comentar la *Revista Hispánica Moderna*, donde yo solía colaborar, lo que al cabo no hice, quizá porque no me satisficieron del todo, quizá

porque ya había sido ganado por la vorágine histórica. Tal vorágine sobrevino como un trueno al romper 1959, y no sólo iba a alterar mi vida, sino también, y es lo que interesa ahora, la de Martínez Estrada, quien tenía entonces 64 años, al lado de mis 28. Aquel 1959 se fundó en Cuba, entre tantas cosas, la *Nueva Revista Cubana*, cuya dirección paso de las manos sabias de mi fraterno Cintio Vitier, quien después sería nombrado profesor en una institución universitaria del centro del país, a las inexpertas mías. En calidad de director de esa revista escribí a Martínez Estrada, y recibí de él una respuesta fechada en Viena el 29 de julio de 1959, la cual iniciaría una cálida correspondencia sólo interrumpida por su muerte, y una relación personal que me alimentó como pocas, y siento que nada ha detenido.

Voy a enumerar algunos de los hechos visibles de esa relación. Lo invité en 1959 a ir a Cuba, lo que al cabo hizo en 1960, cuando obtuvo el Premio Casa de las Américas, inicialmente por unos días, y luego por dos años, para trabajar con la legendaria Haydée Santamaría en la institución que lo había premiado, y de la cual yo mismo formaría parte después de la muerte de aquel, con lo mucho que me hubiera satisfecho colaborar con él allí, como ambos queríamos y el azar no permitió. Saludé su llegada a Cuba con un artículo entusiasmado. Publiqué colaboraciones suyas no sólo en la *Nueva Revista Cubana*, sino en *Unión*, que fundé en 1962. Cuidé (es un decir) y presenté su libro *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana* (1963). Cuando, enfermo, decidió regresar a la Argentina en noviembre de 1962, lo despedí con un poema hecho a su manera. Me hizo su albacea en Cuba, en diciembre de 1963. A raíz de su muerte, le dediqué textos en verso y prosa publicados en Cuba y México. En diciembre de 1964, la revista *Casa de las Américas*, la cual yo ni sospechaba que iba a empezar a dirigir tres meses después, anunció en una nota: "La Casa de las Américas editará próximamente *El mundo de Martínez*

Estrada, un estudio de Roberto Fernández Retamar sobre el ámbito del escritor, como homenaje a quien defendió con tenacidad y valor la causa de Cuba." Algo de tal estudio, cuyo título aludía claramente al de uno de los libros más bellos de don Ezequiel, *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* (1951), lo habría de incluir al año siguiente, con el nombre "Razón de homenaje", en el número 33 de *Casa de las Américas*, que consagré a su memoria en el primer aniversario de su tránsito. A principios de ese año 1965 había aparecido mi ensayo "Martí en su (tercer) mundo", escrito entre 1963 y 1964, en vida pues de don Ezequiel, y dediqué a él y a Manuel Pedro González. Cuando se lo di a conocer al Che, le dije que era un acercamiento influido por Martínez Estrada. Después de leerlo, el Che (me consta que admiraba mucho a su gran compatriota) me comentó que le parecía más influido por Fanon. Ambos teníamos razón, porque en sus años cubanos, como se ponía de manifiesto en su conversación, don Ezequiel estaba más cerca en no pocos puntos de *Los condenados de la tierra* que de su propia *Radiografía...* Mi siguiente texto sobre Martínez Estrada, el prólogo al primer tomo de su *Martí revolucionario*, por razones que explicaré luego lo escribí de prisa a finales de 1966, casi al mismo tiempo que otro prólogo, esta vez para la primera selección de textos del Che la cual se publicaría fuera de Cuba. La mayoría de los materiales míos que acabo de nombrar volvieron a ver la luz hace poco en un libro editado en este país, *Fervor de la Argentina*, lo que me exime de insistir en esas páginas, sólo mencionadas porque me era imprescindible al aludir a mis relaciones con don Ezequiel.

Es sobradamente conocido (y este congreso es honroso y esperanzador ejemplo de lo contrario) que en demasiados lugares se ha tenido por unos a evaporar el último lustro de Ezequiel Martínez Estrada, y por otros (a veces los mismos) a considerar lo que él hizo en esos años como un mero capricho de viejo o un barniz destinado a cubrir

posiciones anteriores real o supuestamente incompatibles con las nuevas. Ambas conductas, lamentables, demuestran, entre otras cosas, desconocimiento verdadero de su obra, o simple aplicación a ella de budineras de diverso signo pero de común oquedad. Aunque no sea el tema de este trabajo, se sabe que por escasa que sea la información de un intelectual corriente, le es facilísimo enumerar, por ejemplo, autores leídos por Martínez Estrada al escribir *Radiografía de la pampa*. Eran los que se leían por entonces, como años después se leería a otros y luego a otros. ¿No se ha llegado hasta el imperdonable Fukuyama? Ello es o necesario o inevitable, como ver las películas, tararear las canciones o usar los giros idiomáticos propios de una época, pero no interesa demasiado. Lo que interesa es lo que se hace con (o contra) esas lecturas. ¿Habrá que repetir otra vez que Valéry decía que el león está hecho de cordero asimilado? A partir de lo leído por un autor, ¿quién podría garantizar la calidad, el sesgo y hasta la existencia misma de las obras de ese autor? Lo dicho, por supuesto, no implica negar valor a cualesquiera críticas, así fueran rudas, que hayan podido hacerse a obras de Martínez Estrada (pienso, para sólo mencionar dos ejemplos atendibles, en páginas tan distintas, de Fermín Chávez o Beatriz Sarlo). No poco de lo que él escribió, debido a su diversidad y a su compleja evolución, fue criticado por el propio autor, sobre quien es inaceptable toda forma de beatería. Debe recordarse, sin embargo, que no tomar en cuenta aquella compleja evolución y ni qué decir ignorar su capítulo final, y pretender no obstante encasillarlo para siempre en una de las varias posturas que asumió valerosamente (con mayor o menor razón) equivale, en negativo, a otra forma de beatería, aunque se valga de palabras altisonantes de una u otra jerga, o de términos de moda, es decir, de los más volanderos que existen y que tanto atraen a los cambiacasacas. Sé que se ha querido desmitificar a Martínez Estrada, cosa

saludable y nada extraña. Incluso un estudioso tan serio de su obra como Peter G. Earle, afirmó que el propio "Martínez Estrada se esforzó siempre por desmitificar la historia y la literatura argentinas", y obviamente él pertenece a esa historia, a esa literatura. A mí también me atrae desmitificar. Sin excluir hacerlo con respecto a superficiales e inútiles desmitificadores. Escuchemos a un hombre en cambio desmitificador y esencial hablándonos no ya del Martínez Estrada que tuve más cerca, sino del otro, el de sus primeros grandes ensayos; escuchemos a Julio Cortázar, quien en 1980 escribió en *Casa de las Américas*:

Allá en el Buenos Aires de los años cuarenta, los jóvenes de mi generación y de mis gustos descubrieron pronto a Ezequiel Martínez Estrada. La *Radiografía de la pampa*, seguido por *La cabeza de Goliath*, nos trajeron una visión de Argentina que era sobre todo una visión argentina capaz de prescindir en gran parte de las influencias filosóficas europeas que en esos años se hacían sentir de una manera casi siempre excesiva, se tratara de Ortega, de Keyserling, de Bergson o de Spengler.

Lo anterior apunta a la autenticidad que caracterizó siempre a Martínez Estrada: autenticidad que no fue estática. El año pasado, en uno de los mejores libros que conozco sobre él, *Ezequiel Martínez Estrada y la interpretación del Martín Fierro*, Liliana Weinberg de Magis dijo:

Martínez Estrada supera la posición elitista de sus orígenes y abre nuevas indagaciones sobre el problema de la cultura. ¿Cómo explicar, si no, el hondo contraste entre el ensayo más temprano suyo que se conoce hasta este momento, "Lo vulgar", de 1916, y su obra tardía, premiada en Cuba, *Análisis funcional de la cultura*, de 1960 [se dice por error 1964]. ¿Cómo explicar que al final de sus días Martínez Estrada asuma una posición latinoamericanista y se

convierta en uno de los primeros intelectuales en apoyar ampliamente la Revolución Cubana? Esto nos lleva a proponer que se revise el concepto remanido sobre Martínez Estrada como un reaccionario disfrazado de progresista, concepto que desmiento en un estudio comparativo de las ideas contenidas en sus obras.

Años antes de esas agudas líneas, otros dos buenos conocedores de Martínez Estrada, Pedro Orgambide y David Viñas, habían abordado el asunto. El primero, quien le ha dedicado larga atención a Ezequiel Martínez Estrada, afirmó en el número de *Casa...* que acabo de citar: "...en su insobornable actitud frente a la oligarquía, que no pudo mediatizarlo ni con la prebenda, ni con el elogio, ni con el silencio cómplice (...), don Ezequiel, maduro de inteligencia y sufrimiento, abrazó la causa y la defensa de la Revolución Cubana" [el subrayado es mío]. Y en 1982, desde las páginas de *Cuadernos Americanos*, volvió sobre el tema Viñas, vocero mayor de lo que él mismo llamó allí la "izquierda martínez estradista", emergida hacia mediados de la década del 50. Para Viñas,

...si Martínez Estrada empieza como liberal, concluye optando categóricamente por la izquierda; (...) si sus trabajos iniciales se inscriben en medio del espectro de la cultura predominante, de manera paulatina pero con vehemencia se fue desplazando hacia márgenes cada vez más radicales e inconformistas hasta incurrir en la exclusión autoexclusión al comienzo- (...) respecto del establishment.

Ese don Ezequiel que ha *superado* (en sentido hegeliano, es decir, creciendo, cambiando, y conservando lo vivo) sus caracteres originarios; el hacedor de una poesía que se transfiguró en ensayos y cuentos intensos; el autor de panfletos, catilinarias, exhortaciones, pedradas y mensajes como el memorable discurso que pronunciara precisamente en Bahía Blanca

al rendirle homenaje con motivo del vigésimo quinto aniversario de *Radiografía de la pampa*, es quien, correspondiendo, para mi alegría y mi orgullo, a una invitación que le cursara, decide unir su vida a la causa tan antigua y tan nueva de la revolución en Cuba, a sus esperanzas, labores, dificultades, caídas y nesgos, frente a los cuales no fue nunca ni neutral ni aquiescente.

En el propio 1959 inicia Martínez Estrada lo que Ángel Rama iba a llamar "el ciclo cubano de su creación intelectual". Si no estoy equivocado, la primera manifestación de ese ciclo es el texto que a solicitud mía me envía desde México, con carta del 13 de noviembre de ese año, titulado "El Deus ex machina", y aparecido en la *Nueva Revista Cubana*. Le seguirán numerosísimas páginas, la mayor parte de las cuales han sido publicadas, y cuyos títulos se recogen en bibliografías como las que en 1968 dieran a conocer Carlos Adame Israel Echevarría. No voy pues a enumerar lo que cualquiera puede consultar en dichos índices y en otros. Me limitaré a aludir a unas pocas obras: la ya nombrada *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana*; los mordaces comentarios a caricaturas de Siné con prólogo de Lisandro Otero que llamó *El verdadero cuento del Tío Sam* (1963); *El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba* (1963); sobretiro de *Cuadernos Americanos*; un estudio de la poesía de Nicolás Guillén (1966); y esencialmente la tarea de mayor envergadura que acometió entonces y quizá en toda su vida: su monumental estudio sobre *Martí revolucionario*, al que volveré. Dos libros se encuentran en el linde entre su etapa anterior y ésta: *Análisis funcional de la cultura*, el cual aunque premiado en Cuba a principios de 1960 parece concebido antes de la experiencia revolucionaria de la Isla; y *Diferencias y semejanzas entre países de la América Latina*, publicado en México en 1962 y que, por el contrario, supone dicha experiencia: no en balde nació de un curso ofrecido en aquel país después de la victoria de 1959. (Su gran libro sobre

Balzac, que vio la luz en Bahía Blanca en 1964, es de factura sin duda anterior.)

No obstante su carácter circunstancial y lo irregular de sus páginas, que lo hacen un *collage* quizá exteriormente afin al disgusto de ciertos sedicentes posmodernos, no sería imposible que el título que mejor caracterice la última etapa de la producción intelectual de Martínez Estrada sea *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana*, el cual bien podría dar nombre a la etapa toda. Hay en ese manejo fermental, polémicas feroces, propias de quien está defendiendo con uñas y dientes una causa, aunque imperfecta, anhelada a sabiendas o no toda la vida, y amenazada por quienes no perdonan su osadía. Tal osadía consiste en haber añadido otro capítulo a la lucha anticolonial que empezó a ser exitosa en el llamado Nuevo Mundo cuando en 1776 las Trece Colonias iniciaron su guerra revolucionaria; y al ocurrir el nuevo capítulo casi dos siglos más tarde, contar desde luego con ideas más recientes: por ejemplo, las de los "nuevos abolicionistas" de quienes habló Martí, "los que quieren abolir la propiedad privada en los bienes de naturaleza pública". Por desgracia, de aquella hermosa guerra libertadora surgió una nación esclavista primero e imperialista después, de la cual ya en 1829 (a seis años de haber sido descerrajada la Doctrina Monroe) dijo Bolívar: "Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad". Hay también en aquel libro de don Ezequiel mensajes y cartas, entrevistas e imágenes de héroes (una de ellas inolvidable, escrita al calor de la presencia: "Che Guevara, capitán del pueblo"). Y hay dos textos sobre los que me detendré más tarde: "Martí revolucionario" y "Por una alta cultura popular y socialista cubana".

Ambrosio Fornet, el crítico cubano de la cultura a quien debemos denominaciones como "literatura de campaña" y "quinquenio gris", escribió en 1965:

La mayoría de los libros sobre la Revolución, aun los escritos con honestidad (...) hacen sonreír al lector cubano que ha vivido la revolución y se ha desarrollado con ella. Generalizan. Un hecho aislado se convierte de pronto en la clave de una tesis. Fracasan al interpretar la realidad porque la mistifican al sustituir, por desconocimiento o simplificación de hechos concretos, una parte de la realidad por ideas preconcebidas que encajarían en *cualquier* situación revolucionaria. Don Ezequiel Martínez Estrada ha sido el único intelectual extranjero que ha escrito sobre la Revolución como lo podía haber hecho un cubano: fragmentariamente, a manotazos, comprometido con ella hasta la médula, con furia y esperanza, un poco perplejo ante su complejidad, estimulado y abrumado al mismo tiempo por la responsabilidad que significa erigirse en su ideólogo. (...) A pesar de los temas y su alcance, uno percibe enseguida que don Ezequiel escribió este libro con humildad. En lugar de tomar la revolución como pretexto para ilustrar una tesis, empezó por poner a prueba sus ideas a la luz de la práctica revolucionaria. Fue una experiencia violenta y auténtica. A los sesenta y cinco años, un intelectual decide renunciar a todo un repertorio de ideas enmohecidas, que la práctica denunciaba como ineficaces, y tiene la audacia de situarse ante la realidad como si todo empezara de nuevo y no hubiera más remedio que acertar.

A esos caracteres del Martínez Estrada de su última etapa quisiera añadir otros. Comenzaré por lo que, en expresión ya clásica, Fernand Braudel (quien, por cierto, tuvo palabras comprensivas para Martínez Estrada), llamó *la longue durée*. Como consecuencia entre otras cosas de su enorme información general y en particular sobre nuestra América, don Ezequiel, a la vez que afronta el hecho concreto con la especificidad y valor requeridos, lo sitúa en la única perspectiva que lo hace plenamente comprensible. Así, cuando a

mediados de 1960 Cuba logra conjurar otra de las incontables maniobras diplomáticas de orientación estadounidense contra ella, Martínez Estrada me escribe a París, en carta de 26 de agosto de ese año: "Estamos tranquilos, pues, hasta nuevas maquinaciones y celadas. Pues la otra vez, ¿no esperaron ochenta y ocho años para darle el zarpazo a Cuba y noventa y tres para la dentellada a Panamá?"

Alguna vez, la larga duración adquiere rasgos espectaculares. Como cuando en 1963, desarrollando una idea que le había comunicado Silva Herzog, y en la cual se siente resonar la férvida imaginación de sus amigos Henríquez Ureña y Reyes, Martínez Estrada compara, hasta la incandescencia, la isla de Utopía soñada en buena hora por Moro, con la aciclonada isla caribeña que es la Cuba revolucionaria de clara orientación martiana. Por cierto, en contraste con quienes se alebrestaron entonces, y qué decir ahora, cuando la Revolución, vuelta a encender el 26 de julio de 1953, asumió carácter socialista, incluso marxista-leninista (pido excusas a los posamigos por el término entre brusco y arcaizante), Martínez Estrada se limitó a comentar el hecho en esas páginas suyas diciendo con sarcasmo que equivalía a que se hubiesen implantado el sistema decimal, el transporte aéreo y la penicilina.

En acuerdo con lo apuntado por Fornet, Martínez Estrada es el único de los grandes comentaristas de la revolución triunfante en 1959 no nacidos en Cuba que desde el primer momento asumió en serio y a fondo la filiación martiana de esa Revolución, filiación proclamada por Fidel desde el 26 de julio de 1953 y nunca desmentida: ni siquiera en los tristes momentos miméticos, sobre todo los del quinquenio gris, en la primera mitad de los 70. Tal asunción es la almendra misma del acercamiento de don Ezequiel a la revolución en Cuba, de cuanto él haría en este orden. ¿No comencé recordando su opinión impresionante sobre Martí expuesta en 1946? Ahora bien, los grandes comentaristas aludidos (y ni qué decir los pequeños e ínfimos), ¿qué sabían, qué saben de Martí? La pregunta no tiene

una gota de retórica, pues las respuestas son imprescindibles, y, por desgracia, con harta frecuencia (salvo excepciones como la del noble estadounidense Waldo Frank, cuyo libro sobre Cuba influiría tanto en Cortázar) revelan un vergonzoso vacío a una grotesca caricatura. En cambio el ahondamiento creciente en la obra martiana acometido por Martínez Estrada, el cual no tuvo que esperar a 1959 para saber quién era el héroe de Dos Ríos, da un valor único a su testimonio sobre la revolución en Cuba. Diré más: es la corona de su obra tan dramática... en búsqueda angustiada de un sentido de nuestra historia, nuestra presencia, nuestra trascendencia, que vendría a encontrar, como en nadie, en Martí.

En unas singulares líneas de los *Grundrisse*, escribió Carlos Marx (al que evitan citar hoy pusilánimes y genuflexos a quienes no se les caía su nombre de la boca estrechadora, pero que por razones morales mereció palabras ardientes de pensadores "no marxistas" como Martí y Martínez Estrada) que la anatomía del hombre contiene una clave para la anatomía del mono, que los indicios anunciadores de una forma superior sólo pueden comprenderse cuando la forma superior misma es ya conocida. No tengo debilidad por las comparaciones orgánicas en relación con la historia, y sé de sobra (también me leí, entre irritado y encandilado, mi Spengler) a qué criaturas teratológicas, así parezcan esplendorosas, pueden conducir tales comparaciones. Pero esa idea expuesta en los *Grundrisse*, tomada *cum grano salis*, es sin duda fértil. Aceptada como hipótesis de trabajo, lejos de llevarnos a encontrar sobrante o absurda la etapa última de Martínez Estrada, ayuda a ver que ella echa sobre su obra entera una luz reveladora. Por ejemplo, estemos o no de acuerdo con *todo* lo planteado por don Ezequiel en su ensayo de 1962 "Por una alta cultura popular y socialista cubana" (nacido de una interpretación enérgica y hasta algo terrorista a veces de ideas martianas), donde nos permite entender de modo decisivo lo apuntado por él en *Análisis funcional de la cultura* (1960), y

en *Cuadrante del pampero* (1956). Pienso en sus cuatro primeros trabajos, relativos a la cultura popular, que significativamente concluyen así: "Martí (...) ocupa la cúspide en el periodismo hispanoamericano. Todo en él fue generosidad, campaña de luchador, y finalmente gloria, con su muerte gloriosa por la emancipación de Cuba", e incluso en lo que parece ser la arrancada de esta línea suya de pensamiento, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, línea sobre la cual ha escrito Liliana Weinberg:

En 1948, muchos años antes [de] que las ideas de Mijail Bajtin se difundieran en el medio latinoamericano [y en casi todos los demás, añádase], Ezequiel Martínez Estrada intuye, por caminos diversos de la crítica académica, la necesidad de existencia de la cultura popular, de la cultura *otra* de los grupos marginados del poder central. Desafortunadamente, los prejuicios que impiden estudiar a Martínez Estrada como teórico de la cultura, más aún, que han llevado en buena medida a una verdadera incompreensión de su obra, se han combinado con un cierto descreimiento en el trabajo teórico de los latinoamericanos.

La posibilidad de escribir un libro sobre Martí la había considerado don Ezequiel antes de 1959, a juzgar por una entrevista previa que le hiciera Dardo Cúneo, á quien confesó: "¿No le parece que ha llegado el momento de que todo lo bueno que se ha escrito [sobre Martí] madure en un libro único, un libro de ciento cincuenta páginas, no más, para que él tenga en América su retrato perfecto?". Acaso pensara en un volumen breve y denso como su *Sarmiento* (1946). Pero si entonces no era más que un vago parecer, habría de convertirse en urgencia creciente al brotar ante sus ojos una auténtica revolución que se proclamaba desde el surgimiento martiano, como tal actuaba, y por añadidura tenía lugar en la tierra donde había nacido y donde había muerto, peleando por nuestra América toda y por la dignidad plena del hombre, el propio Martí, considerado por

don Ezequiel desde los años 40 el "faro que mejor nos guie". Así, formando parte de las páginas arremolinadas donde Martínez Estrada defiende con furia y esperanza una revolución asumida como propia por tantos hombres y mujeres del mundo ("patria es humanidad", había postulado Martí en clave estoica); una revolución entre cuyas cabezas y cuyos corazones estaba el "capitán del pueblo" Che Guevara, aparecerá a principios de 1961 en un ensayo llamado a convertirse, si es que no fue pensado desde el primer momento como tal, en el núcleo de aquel libro del cual hablara a Cúneo, pero ahora a nueva luz, la de un incendio: "Martí revolucionario". Tal sería el tema, tal el título de la gran obra a la que consagraria lo esencial de cuanto le quedaba de vida. He comentado aspectos de esa obra en otras oportunidades. Me limitaré ahora a señalar varias cuestiones incluso algunas veces exteriores, pero imprescindibles en esta ocasión.

La primera de esas cuestiones es que tal obra ha quedado inconclusa en más de un sentido, como explicaré. Además, por circunstancias azarosas, los dos tomos, de los tres finalmente previstos, no aparecieron editados por la Casa de las Américas, pues debieron haber salido antes de empezar yo a trabajar allí en marzo de 1965. Uno de ellos estaba en pruebas de planas, y esperaba sólo por el prólogo que había prometido Raúl Roa, chispeante y heterodoxo como el mismo don Ezequiel. Pero si su responsabilidad como ajetreado canciller de la República lo privaba del tiempo para hacerlo, su condición de admirador y amigo de Martínez Estrada le impedía resignarse a ello.

Mientras tanto, don Ezequiel, tan irritable, tomaba a descuido la no aparición del tomo, e incluso llegó a enviarle a su fraterno Arnaldo Orfila, en México, los materiales del tercer tomo. Desgraciadamente, murió sin que ninguno de los dos hubieran visto la luz. Pero al saber Haydée, a través del propio Orfila, que estaba avanzada la impresión del

último, me pidió encargarme con urgencia del prólogo, el cual visiblemente Roa no podría realizar. Lo hice a la diablo, y sin haber tenido tiempo sino para hojear a toda prisa el grueso libro (del que sólo conocía algunas partes que se anticiparon), lo que no evitó que el tomo mexicano saliera antes. Los desaguizados editoriales, sin embargo, estaban lejos de terminar con el ya inevitable desorden cronológico. Para no insistir en las erratas y en la ausencia de bibliografía, el tomo cubano (enero de 1967) lleva en la portada el título de la obra toda, *Martí revolucionario*, y sólo en el interior el verdadero título de ese tomo: *Primera parte, la personalidad: el hombre*; mientras el tomo mexicano (septiembre de 1966) lleva en la portada el nombre que le corresponde: *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, pero sólo en el "Prefacio" el lector viene a saber que se trata de "la tercera y última parte de la obra que lleva el título general de *Martí*, [sic] *revolucionario*".

Como si lo anterior fuera poco, el segundo tomo casi pertenece al dominio de lo detectivesco. Martínez Estrada me aseguró en carta de 6 de enero de 1964 su existencia y aun su título: nada menos que *La doctrina social y política: el Apóstol*, y después de vacilar en cuanto al número de tomos, añadió por último, en carta de 25 de junio de 1964 a Vicentina Antuña de la cual me envió copia: "Falta dactilografiar un capítulo de la Segunda Parte [lo que desde luego implica que el resto, casi todo, ya estaba dactilografiado] y la Tercera está totalmente mecanografiada. Ambas han resultado demasiado extensas para ir en un volumen. ¿Qué hacer? Tendrán que ser tres". En el número 295 de la revista *Sur* (julio-agosto de 1965), aparecieron "Dos capítulos inéditos sobre Martí" de Martínez Estrada: "La libertad" y "El sindicalismo".

¿Corresponden a dicho segundo volumen? Así lo asegura, no la revista sino Carlos Adam en la página 60 de su *Bibliografía y documentos de Ezequiel Martínez Estrada*, en cuya página 131, al enumerar el "Material inédito" de éste, al que parece haber tenido acceso, menciona además

taxativamente: "Martí. I". parte". Pero sobre ese segundo volumen, con vistas a editarlo por la Casa de las Américas, le escribió Haydée Santamaría a Bernardo Canal Feijoo en 1965, y entre 1968 y 1973 lo hice yo, en repetidas ocasiones, a Enrique Espinoza, entrañable albacea de don Ezequiel, y a su viuda Agustina, siempre con resultados negativos, a pesar de las cordiales respuestas, que en el caso de Agustina fueron además cariñosas, dada la índole de nuestras relaciones. Confío en que este viaje que tan feliz me hace, a la par que me permita donar algunos materiales de don Ezequiel a la Fundación que lleva su nombre y ha tenido la generosa idea de organizar este congreso, me permita también descifrar el enigma de ese tomo extraviado, sin el cual ha quedado trunco un empeño de incalculable valor.

Sin embargo, ni siquiera con el conjetural hallazgo de ese volumen terminarán las vicisitudes de la obra de la que en carta de 20 de marzo de 1964 me escribió don Ezequiel que era lo mejor "en calidad y en fervor" que él había producido, llamándome a continuación: "Querido amigo Roberto, hijo mío" (lo que hace poco ha recordado, situándome en la mejor compañía y conmoviéndome, León Sigal). Quizá por ello siempre me he sentido particularmente responsabilizado con la suerte de ese empeño último del maestro argentino, quien se había propuesto allí esa "forma superior" desde la cual se avizora la figura cabal de todo su trabajo. Al bracear, como Jacob con el ángel (la imagen es manida, pero insustituible) con el mayor revolucionario político, social y moral de nuestro continente, y al hacerlo mientras ocurrían en él y en otros continentes también expoliados acontecimientos como ven pocos los siglos, se abrieron ante su mirada nuevas verdades.

Martínez Estrada estaba avezado en bucear en criaturas de gran complejidad, al análisis de varias de las cuales consagró incluso libros enteros: con la señalada excepción de Sarmiento, había abordado casi siempre a contemplativos (al igual que él mismo), como Montaigne, Thoreau, Balzac, Nietzsche, Hudson, Quiroga, Kafka o

Simone Weil. Se hallaba pues lejos de ser neofito en aquel buceo. Pero debido en gran parte al tenso contrapunteo entre la acción y la contemplación en Martí, este le ofrecía un desafío excepcional, excepcional aun tratándose de Sarmiento, con quien el segundo autor de "Marta Riquelme" comparó a aquel varias veces.



Quizá para distender la violencia de aquel contrapunto, en su ensayo "Martí revolucionario" de 1961, don Ezequiel se propuso distanciar a Martí, con vistas a subrayar su esencial misión transformadora, de su trabajo de escritor, cuya grandeza había proclamado en 1946, y ahora le parecía "un oficio penoso, aunque fuera una forma indirecta de acción", mera faena de pan ganar: "También Spinoza pulía lentes". Concluyó así su razonamiento sobre este asunto: "Martí fue sencillamente, por naturaleza, por temperamento, y por inteligencia, un revolucionario en la más cabal acepción del término. Me atrevo a decir: de los más conscientes y perseverantes que conoce la historia. Un revolucionario, y todo el resto esa literatura'."

Algunas de las líneas de ese ensayo fueron a parar al tomo primero de su *Martí revolucionario*, cuando su lugar mejor acaso estaría en el segundo, tal como Enrique Espinoza, en carta fechada en Santiago de Chile el 12 de marzo de 1968, me comunicó que de este último, con el título "Ex libris", formaría parte el ya mencionado "Por una alta cultura popular y socialista cubana" (del cual tuvo la bondad de enviarme copia), tan emparentado con el anterior.

Pero sobre todo Martí no requería ser separado de su prodigiosa escritura para que se destacara su eminencia revolucionaria, calibrada con plena justicia por Martínez Estrada, y contribuyó a darle sitio aparte en la galería de grandes espíritus que él amó y entendió hondamente. En el tercer volumen de su obra sobre él, don Ezequiel lo presentó así:

Martí no piensa ni trabaja únicamente para Cuba y las Antillas en el momento actual y para cambiar el régimen de vida y de gobierno en ellas, sino que su revolución, siendo fenómeno circunscrito al Caribe, está en la línea y en el proceso de la revolución mundial que en unas u otras formas viene coordinando sus fuerzas para el progreso y elevación de la humanidad. Existe, según Martí, una revolución mundial y eviterna, que se va realizando a través de la historia de las naciones, y existen otras parciales que contribuyen a la otra, a ésta que él intenta.

Que esta suprema condición revolucionaria martiana no lo amuralló en lo estrechamente político (como su condición también indudable de "supremo varón literario" que le reconoció Alfonso Reyes no lo limitó a ser un *homme de lettres*), lo expresó Martínez Estrada en el "Prefacio" de aquel tercer/primer tomo (en realidad de toda la obra *Martí revolucionario*), donde confesó: "Puedo decir que Martí se me reveló por sí mismo en su dimensión universal de mito, quiero decir de existencia paradigmática que condensa y depura las virtudes inherentes a la

condición humana (...) él representa al hombre en su plenitud y totalidad, al hombre en sus atributos esencialmente humanos. Como ya se dijo de él con acierto, es el Hombre por antonomasia".

Y a su vez lo anterior no fue óbice para que más adelante diera a conocer su duda (por decir mejor, su esperanza) de que "...pueda servir mi obra completa sobre Martí de punto de partida para una investigación de fondo de los problemas fundamentales que son comunes a los países colonizados y a los hombres que en ellos han tenido que desempeñar un papel histórico importante".

Apenas es necesario recordar que ese "Prefacio" (fechado "Cuba-Argentina, septiembre 1960-agosto 1964") es coetáneo y en cierta forma gemelo del fundamental "Prólogo [nada] inútil" a su *Antología* que en 1964 apareciera igualmente en México, y en donde Martínez Estrada hizo una valiosísima revisión testamentaria de su obra, proclamando lo que aprendiera en sus años últimos sobre los países subdesarrollados y con ejemplo como de Cuba, "contra la que el señor de horca y cuchillo reclama la presa, azuzando los canes atraillados".

Tal aprendizaje le reveló a sí mismo su condición, a partir de *Radiografía de la pampa*, de vocero de esos países colonizados, los pobres y condenados de la Tierra, cuya alma mayor es entre nosotros, y quizá en todas partes, José Martí.

Ahora bien, para la enorme tarea que se había autoimpuesto Martínez Estrada, ya no le bastaban las fuerzas físicas, ni le eran suficientes los procedimientos artesanales con que el autodidacta había trabajado (muchas veces lo vi en su taller más de zapatero anarquista que de Fausto del siglo XX), ni probablemente tampoco le bastaban las fuerzas síquicas. En una temprana carta suya fechada en Huexotzingo el 19 de septiembre de 1959, me había escrito: "Como ni mi cuerpo ni mi salud tienen nada que ver conmigo...". Al cabo, según era inevitable, tuvieron que ver, y el precio fue alto. Cualquier bachiller sabichoso puede

señalar en los tomos aparecidos de su *Marti revolucionario* errores elementales que otro bachiller, informado y de buena voluntad, hubiera podido aliviar. Y ello, al lado de visiones e intuiciones de primer orden; y ciertamente de extrañas y hasta caprichosas opiniones que no siempre eran imputables a la edad o la mala salud, sino a su idiosincrasia rebelde: no por gusto Earle dijo que "la rebelión", nada inútil, fue "su mayor estímulo". Al señalar algunos de aquellos errores en el primer tomo de su obra, y también algunas de sus centelleantes visiones e intuiciones, Cintio Vitier, en una nota que no excluyó la polémica cordial, añadió: "Da vergüenza, después de leer tales asaltos a lo indecible, detenerse a señalar fallas de información o lapsus mentales, productos del pésimo estado de salud en que fue escrito este libro dominado por el prodigio". Aún inmerso en su cuasidelirio postrero, don Ezequiel tenía conciencia de tales manchas en su sol. En la mencionada carta de 20 de marzo de 1964 me escribió: "Habrá que corregir prolijamente, con mi original en la mano, y por alguien que conozca nombres, fechas, títulos, etc. Me horrorizan las erratas de ignorancia (más que las de incuria)". Esa petición, llena de sensatez y humildad particularmente agradecibles en él, no fue atendida por quienes tenían acceso a sus originales, y las consecuencias lógicas de ello están a la vista.

Por último, el implacable *daimon* que no le daba tregua había hecho de su obra cupular una empresa tantálica no ajena a la huella de Kafka. Leyendo sus últimas cartas agónicas, se tiene la impresión de que don Ezequiel estaba embarcado no tanto en hacer un libro como una de esas vastas construcciones, murallas o templos, que parecen interminables, pasan de una a otra generación y hasta de una a otra época, y al final son obra de nadie, porque lo son de todos, o quedan abandonadas sobre la tierra como signos ya indescifrables.

Ezequiel Martínez Estrada, conocedor y sentidor desde dentro de las dificultades a veces abrumadoras y las respuestas a veces desesperadas, que habrían de multiplicarse,

de un pequeño pueblo real (no mitológico, aunque también la mitología permite leer la realidad), acosado en su isla, como se diría en inglés, *between the devil and the deep blue sea*, se encontró en el centro de ese pueblo, como su raíz, su escudo y su flor, a un hombre que era, según admitió, el Hombre por antonomasia. ¿Y cómo concluir un libro sobre éste?

Naturalmente, no pudo hacerlo, pues a ningún hombre le es dado trazar el retrato del Hombre. Pero al bosque de papeles que nos dejó como cimientos, muros, rampas, bloques aún sin cortar y hasta andamios de esa suerte de *zigurat* desde cuya altura se vislumbran nuestro mundo tan adolorido y muestra tan difícil esperanza, tenemos el deber de ordenarlo, cuidarlo y publicarlo siguiendo sus advertencias. Será tarea de muchos, como de muchos fue la acertada edición que de su fundadora *Radiografía de la pampa* hiciera la Colección Archivos. Será tarea de gentes diversas, no de una secta ni de una capilla: gentes venidas de los cuatro puntos cardinales, convocadas por una de esas hermosas tareas comunes de las cuales tan necesitado está nuestro pobre planeta.

Al cumplirse a finales de 1965 el primer aniversario de su muerte, dos revistas le dedicaron sendos números monográficos con el mismo título, "Homenaje a Ezequiel Martínez Estrada": *Sur*, en Buenos Aires, y *Casa de las Américas*, en La Habana. ¿Qué decir hoy de tales entregas, hechas con admiración y cariño, y de ninguna de cuyas páginas hay que sonrojarse, aunque marcharan por sendas distintas? Fueron como el puerto de salida y el puerto de llegada de un ser humano maravilloso. También podría decirse que fueron como dos barcos que se cruzaran en la noche casi sin intercambiarse esas luces que tanto requieren los amorosos separados más por la tristeza que por el espacio. El "casi" se lo agradecemos a nuestra Rosa roja, María Rosa Oliver, tan querida en ambos navíos, y que, siendo integrante del comité de colaboración de *Sur*, publicó en el homenaje de *Casa de las Américas*, mientras en aquella se comentaba afectuosamente el primer volumen de su

límpida autobiografía, donde habla de su infancia de niña rica que sufrió con coraje la enfermedad y ejerció la activa compasión; y a Enrique Anderson Imbert, quien envió *el mismo trabajo* a las dos revistas, las cuales lo acogieron gustosas.

En "Cortina de alas", el editorial de aquel número de su inolvidable *Sur*, Victoria Ocampo (quien no interrumpió nunca su delicada y honda relación con don Ezequiel) soñó con que se hiciera en el Palermo bonaerense un *Bird Sanctuary*, un oasis de pájaros, en memoria de Hudson y de Martínez Estrada; en el editorial que por mi parte escribí para aquella entrega de *Casa...* vinculé "al nombre de un sabio, Ezequiel Martínez Estrada, el de un héroe, Ernesto Che Guevara (...) el pensamiento que se quería acción, la acción que arde en pensamiento".

En 1995, a un siglo de la muerte de José Martí ("el integrador", como lo llamó Vitier) y del nacimiento de Ezequiel Martínez Estrada, su lúcido y alucinado exégeta, se cumplirán 30 años de aquellos homenajes. Estoy seguro de que colaboraremos a que de este congreso, de aliento y propósito tan nobles, surja ya la fusión de lo mejor que ambas revistas celebraban; y se haga posible, como en algunos grandes mitos, restañar los pedazos de aquel ser capaz de conversar con pájaros y con tempestades; de esas a que se arrojan [dicen] gaviotas embriagadas de un extraño júbilo, como si fueran la escritura que un lejano día venturoso la humanidad debe descifrar, y que quizá proclame lo que un poema llamado "Ezequiel Martínez Estrada", cuyo autor habló allí de respetar en todo "al Dios desconocido / bajo las tres hipótesis de Bello, Puro y Ciertó".



**Conciertos, videos
de óperas,
ciclos de cine
y conferencias
podrán ser
disfrutados
en el teatro
de la Biblioteca
Nacional.**

**Para más información
comuníquese con el 81 7657**





*El reino de este mundo y la función de la historia en la concepción de lo real maravilloso americano **

Carmen Vásquez

CINCUENTA ANIVERSARIO

En su libro *La Nation Haitienne* Dantès Bellegarde afirma:

Ce n'est pas que la formation d'une conscience entravée par de nombreux obstacles moraux et matériels, c'est un lourd héritage que le peuple haitien a reçu de la société de Saint Domingue.¹

Esta afirmación corrobora la existencia del colonialismo en América Latina, asociado a otros problemas inherentes al fenómeno colonial, en esta zona y, para Alejo Carpentier, en el Caribe en particular. Y si bien le dedicó varios textos a la denuncia del fenómeno, es en *El reino de este mundo* donde esto se hace más evidente.

Sabemos cómo el célebre novelista cubano concibió esta obra. Durante el invierno del año 1943, viajó con Lilia a Haití. Allí se encontró con Louis Jovet y con Pierre Mabile, médico y escritor surrealista quien le hizo descubrir el paisaje haitiano.

Hicieron un viaje en jeep hacia el norte, pudiendo así ver el país, las ciudades antiguas, las fortalezas. De ahí nació la idea de escribir una novela sobre la historia y la realidad haitiana, tomando como punto de partida al primer revolucionario célebre del país: Mackandal.

Fue, de hecho, una gran oportunidad para abordar un tema que lo había apasionado desde su juventud. En efecto, durante los años 20 Carpentier había escrito en La Habana y en París numerosos artículos sobre las culturas afro-antillanas, y en particular sobre la cubana en 1933.² Y unos años antes, hacia 1930, conoció a William Seabrook, autor de *L'île Magique*, libro sobre Haití y sobre el vodú, con quien colaboró en la preparación de un film que abordaba el tema, producido por la casa Gaumont.³

Durante la década del 40, este universo ofrece nuevas posibilidades. En 1944 Carpentier viajó a México. Allí la editora Fondo de Cultura Económica le encarga la redacción de una historia de la música

cubana. A su regreso a La Habana comenzó toda una serie de investigaciones que incluyeron desde el examen a partituras musicales olvidadas o desconocidas, hasta la lectura de libros y documentos que tratan los diferentes aspectos de la historia cultural cubana. Entonces Carpentier tuvo la ocasión de consultar una cantidad de obras sobre Saint-Domingue en el siglo XVIII y sobre la revolución de esclavos, a la que en parte se debió la introducción de la contradanza en la música cubana.

El resultado de este trabajo se encuentra en el capítulo sexto de *La música en Cuba*.⁴ Allí Carpentier señala las diferencias esenciales entre Cuba y la parte francesa de Santo Domingo. Fue a fines del siglo XVII que esta colonia francesa comenzó a vivir cierta prosperidad.

A mediados del siglo siguiente, Saint-Domingue poseía un periódico, un teatro, un comercio y una agricultura en esplendor, fenómeno que se debió principalmente a las plantaciones de caña de azúcar.

Para esa época Saint-Domingue había llamado la atención a varios viajeros y hombres de letras. El caso más interesante es el de Moreau de Saint-Méry quien publicó, en 1798, en Filadelfia, *Description de l'Isle de Saint-Domingue*. La obra presenta la sociedad colonial, con las estructuras sociales y raciales, sus expresiones culturales, sobre todo la música y la religión (el vodú), así como sus costumbres y la vida cotidiana de los colonos en las ciudades y en lo que él llama *habitations*, haciendas o plantaciones en español.

Este panorama, al parecer objetivo, es una crítica violenta del colonialismo, y de la esclavitud en particular. Al reflejar el pensamiento de su época, Moreau solamente revela, a su propia manera, este problema único. Sin embargo, como Carpentier descubrió progresivamente, hay otros autores, como el barón de Wimffen, autor de *Voyage a Saint-Domingue*, publicado en 1797, o Justin Girod-Chantrons, autor de *Voyage d'un suisse*

dans différentes colonies d'Amérique, publicado en Neuchâtel en 1785. Hay sobre todo lo que Carpentier identificó como "los grandes textos sobre el colonialismo, (...) la primera verídica historia del colonialismo". Esto es, el célebre ensayo *Des Cannibales* de Montaigne, las secciones dedicadas a la esclavitud en *L'Esprit des lois* de Montesquieu y "la primera verídica historia del colonialismo": *L'Histoire philosophique et politique des Deux Indes* de l'Abée Raynal.⁵

Según Carpentier, la revolución de Saint-Domingue de 1791, con sus emigrados, influyó directamente en la cultura cubana. Aun más, cambió las instituciones coloniales en todo el continente americano. En una crónica publicada en *El Nacional*, de Caracas, el 18 de diciembre de 1952, nuestro autor escribió:

En la noche del 14 de agosto de 1791 llueve torrencialmente sobre la Llanura del Norte de la entonces colonia francesa de Saint-Domingue. Sin embargo, las espesuras del Bois Caiman se llenan de sombras, doscientos delegados de las haciendas cercanas han desafiado los colmillos de los perros rancheadores y la tralla de los mayores. Escapando de los barracones de esclavos para asistir puntualmente a la reunión convocada por Bouckman el jamaiquino iluminado (...) Ocho días después, a las 10 de la noche suena la bronca voz de los guanos en los valles y en la montaña. Y estalla una de las sublevaciones más importantes de la historia de América, por cuanto no se trata de una mera revuelta para lograr una inmediata victoria sobre ciertos abusos, impuestos, gabelas o privilegios, guardándose fidelidad a la Metrópoli como pudo ocurrir antes en la Nueva Granada o después en México, sino porque constituye una auténtica insurrección popular orientada concretamente hacia el ideal de la independencia.⁶

En *La música en Cuba* el episodio sanguinario fue descrito de la siguiente manera:

La noche del 14 de agosto de 1791, se produce, en Santo Domingo, un gravísimo acontecimiento. Suenan los tambores del vodú en Bois-Caiman. Bajo la lluvia torrencial, doscientos delegados de dotaciones de la Llanura del Norte, llamados por el iluminado Bouckman, beben la sangre tibia de un cerdo, juramentándose para la rebelión. Ocho días después volaba sobre las montañas la voz ronca de los grandes caracoles. Los esclavos desaparecían en las selvas, después de haber envenenado los aljibes. En febrero de 1793, la Convención Nacional francesa abolía la esclavitud en las colonias.⁷

En pocas palabras Carpentier presenta no sólo la revolución de Bouckman, sino también sus orígenes negros, como se observa en la mención del vodú, respuesta de los esclavos africanos al catolicismo europeo. A través de la mención del cimarronaje y del uso del veneno, alude a la resistencia organizada (comenzada por Mackandal) que llevó a los esclavos cimarrones a enfrentarse a sus amos, los colonos franceses. Ya todo se halla comprendido y explicado en *La música en Cuba*, ahora va a adquirir forma novelesca en *El reino de este mundo*.⁸

Antes de abordar directamente la novela, debemos mencionar la relación que tuvo nuestro autor con algunos aspectos de la cultura haitiana, sobre todo en la época del viaje de 1943. A través de Pierre Mabile, Carpentier conoció a escritores y a artistas haitianos. Al respecto señalemos al doctor Louis Maximilien, autor de *Vodu Haïtien*, libro publicado en 1944 y prologado por el propio Mabile; Philippe Thoby Marcelin, autor de la novela *Canapé Vert*, también publicada en 1944 y la cual presenta la realidad de los pobres de la Montaña, cerca de Port-au-Prince. El vodú, una de las expresiones más importantes de la cultura de ese país, era uno de los temas que más interesaban a los intelectuales de Haití.

Jacques Roumain, sumamente entusiasmado por la etnografía, le hizo descubrir todo un universo secreto presentado en su libro *Le sacrifice du Tambour Assôtor*, de 1943. La obra dejó importantes huellas en Carpentier quien reproduce textos allí citados, como el de "Papa Legba" (pág. 131),⁹ además de intercalar numerosas alusiones al tema en su novela.

Por lo demás, este mundo que se le mostraba al escritor cubano y le descubría a la vez una conciencia nacional y la afirmación de una identidad cultural, también había sido explicado por otros haitianos. Citemos al doctor Jean Price-Mars, autor del libro *La Vocation de l'Elite*, publicado en 1913, respuesta a la intervención norteamericana en el país, así como de *Ainsi parla l'oncle*, publicado en 1928, valioso ensayo sobre la cultura autóctona. Tampoco podemos olvidar a Dantès Bellegarde, autor de *La Nation Haïtienne*, de 1938, donde se exponen las diferentes etapas de la afirmación de "une conscience nationale" y que citamos al comienzo de este trabajo. Y recordemos que se establecieron unos lazos de carácter recíproco entre Carpentier y los intelectuales haitianos, hecho que se corrobora al recordarse la conferencia expuesta por el cubano en el teatro Paramount, de Port-au-Prince, titulada *L'évolution culturelle de l'Amérique latine*, publicada en el número de enero de 1944 de *Cahiers d'Haïti*. Unos extractos de ella fueron luego reproducidos en la revista *Tropiques*, de Fort-de-France, dirigida entonces por Aimée Cesaire, en enero de 1945.

Es evidente que las preocupaciones de los intelectuales que Carpentier conoció mostraban una continuidad con las que habían expresado los viajeros del siglo XVIII y del XIX. El pensamiento de nuestro autor al respecto es claro: Cuba y Haití, con sus pasados y sus presentes diferentes, recorrieron un mismo camino en cuanto al contexto colonial se refiere. Y es este camino el que explica, quiéralo uno o no, la época actual. Por tal razón *La música en Cuba* lleva como epígrafe la siguiente frase

de Igor Stravinsky: "Une tradition véritable n'est pas le témoignage d'un passé révolu; c'est une force vivante qui anime et informe le présent".¹⁰ Es en este contexto que debemos abordar el análisis de algunos aspectos de *El reino de este mundo*.

La novela comienza con la descripción de un escenario preciso: capítulo "El Cabo", la ciudad más importante de Saint-Domingue. Ahí llegan Ti Noel y su amo, monsieur Lenormand de Mézy. La mención de la ciudad y la presentación de estos dos personajes confirman lo dicho sobre los autores citados. Moreau de Saint-Méry, fuente principal para la recreación de ese Saint-Domingue colonial, le dedica numerosas páginas a la descripción de la ciudad principal.

Monsieur Lenormand de Mézy y un esclavo llamado Noel, son mencionados en la obra de Moreau de Saint-Méry. A través de estos personajes, los dos grupos sociales de la colonia aparecen tratados en la novela. Porque aunque se aluda a los mestizos la preocupación principal del autor es presentar a los amos y a los esclavos y, por vía de ellos, al sistema de la esclavitud, tan típico de la colonia.

Monsieur Lenormand de Mézy es, de hecho, el personaje perfecto para el tipo de novela que Carpentier quería abordar. Personaje real, con nombre originario de Normandía y con la partícula "de", tan propia de la pequeña nobleza que emigró a las colonias, a quien se nombra con frecuencia en los libros sobre la isla.

Moreau de Saint-Méry habla de él y de su *habitation*. Ésta, extremadamente próspera, situada en la entonces parroquia de Limbé, era capaz de producir "400 milliers de sucre".¹¹ Es ahí donde vivía un esclavo llamado Noel y otros dos que mencionaremos luego.

Una fuente diferente que también Carpentier utilizó, el libro de Pierre de Vaissière, identifica al personaje como "ordonnateur et subdélégué de l'Intendant du Cap" en 1742. Vaissière, quien se apoya no poco en Moreau de Saint Méry, cita una frase significativa que pertenece al propio

monsieur Lenormand de Mézy: "L'état des Nègres à Saint-Domingue est de travailler tout le jour, à la réserve des deux heures qu'on leur laisse pour prendre leur repas, et une partie de la nuit, aux travaux des habitations de leurs maîtres".¹²

Esta descripción muestra que Lenormand de Mézy asumía posiciones bastantes progresistas en su juventud, pues, como se sabe, los que describían la esclavitud de esta manera revelaban un espíritu enciclopédico asociado con frecuencia a la masonería. Por tal razón, en el capítulo dedicado a Santiago de Cuba, Carpentier escribió: "Masón en otros tiempos, desconfiaba ahora de los triángulos noveleros". (pág. 66).

Señalemos además que Price-Mars, en su libro *Ainsi parla l'oncle*, de 1928, tras citar con precisión los requerimientos del Código Negro, aludido por Carpentier en su novela (pág. 32), y tras mencionar la imposición de la religión católica a los esclavos recién llegados a la colonia, afirma:

Ne serait-ce pas la condensation de telles rancunes qui explosèrent, plus tard lorsque dans la curieuse cérémonie du *serment du sang*, le 14 août 1791, Bouckman, préparant l'insurrection générale, fit jurer fidélité aux nègres assemblés au Bois Caïman, sur l'habitation de Lenormand de Mézy, en des circonstances tout à fait impressionnantes.

Price-Mars no solamente sitúa a Bouckman en la "habitation" de Lenormand de Mézy, sino que también describe la revuelta de éste. Bellegarde, por su parte, indica que se trata de la plantación donde vivió Mackandal:

Le nègre Mackandal appartenait à la florissante habitation Lenormand de Mézy, dans la Plaine du Nord. Il était le fils de chef africain. Tout jeune, il avait été enlevé des côtes de la Guinée et conduit comme otage parmi les tribus du nord de l'Afrique qui pratiquaient l'islamisme. Il fut donc élevé dans la religion musulmane. Transporté à Saint-

Domingue, il avait vite acquis une grande influence sur ses compagnos de l'atelier à cause de sa vive intelligence et de sa bravoure. Travaillait au moulin, il eut la mais prise dans les cylindres; on fut obligé de la couper pour le dégager. Manchot, il fut commis à la garde des bestiaux. Mais supportant mal la servitude, il se sentit attiré par la vie aventureuse du marronage, et un beau matin il disparut. Il réunit bien vite un messenger divin. Il se faisait passer pour un illuminé, un prophète, un "hougan" inspiré par les divinités supérieures de l'Afrique et dont la mission sacrée était de chasser les blancs de la colonie et de faire de Saint-Domingue un royaume indépendant pour les nègres. Son influence avait fini par gagner toutes les habitations de la Plaine du Cap. Sur un ordre de lui, le poison était semé dans la "grande case", ravageait l'atelier, décimait le bétail. Aux veillées, dans les "pières", dans les "calindas" ou bals, des groupes attentifs écoutaient admirativement cent histoires terrifiantes dont Mackandal était le héros. On racontait qu'il avait le pouvoir de se métamorphoser en toutes espèces d'animaux.¹³

Lo importante es que el hecho de que Lenormand de Mézy haya sido un personaje real y que la "habitation" o hacienda haya sido el teatro de las revueltas, tanto de Mackandal como de Bouckman, constituye una coincidencia histórica que Carpentier no podía dejar pasar. La posición social y económica, por no decir política, hacía de Lenormand de Mézy un representante perfecto de los colonos propietarios ricos. No obstante, era a la vez un personaje oscuro, pues aunque se le pueda situar históricamente, los detalles de su vida privada son desconocidos. Esto quiere decir que Carpentier podía elaborar una ficción completa alrededor suya. Como sucede en el caso de Victor Hugues, personaje histórico convertido, mediante un sistema de transposición habitual en Carpentier, en un personaje novelesco.

El caso de Ti Noel sigue el mismo esquema. Su nombre remite a eventos muy importantes en la vida de los esclavos cimarrones. Citemos a Vaissère:

Avec le temps, le nombre des marrons, bien loins de diminuer, ne fit qu'augmenter. On comptait que, pendant la seule année 1720, 1 000 avaient pris la fiot; en 1751, il y en avait au moins 3 000, réfugiés dans la partie espagnole de l'île (...) Le Negre Noel organisa plus tard la même opposition acharnée dans la partie du Fort-Dauphine, et eut la pour successeur Télémaque Canga, Issac et Pyrrhus Candide.¹⁴

Price-Mars¹⁵ al trabajar el mismo tema confirma lo que dicen Vaissière y Victor Shoelcher, cuyos trabajos sobre la esclavitud son conocidos, corrobora la existencia de varios esclavos negros llamados Noel: Noel, Noel Arthaud, Noel Bras, cada uno catalogado como "negre"¹⁶ en su libro *Vie de Toussaint Louverture*, un clásico muy conocido por Carpentier.

Ti Noel será a la vez uno de los discípulos de Mackandal, el cimarrón, y un personaje que encarna específicamente al grupo de esclavos dedicados al servicio doméstico a quien Girod-Chantrons hace alusión:

Si l'existence des propirétaires de Saint-Domingue est triste et monotone, celle de leurs esclaves est accablante; car il n'y a pas d'animaux domestiques dont on exige autant de travail et dont ait si peu de soin (...) Cependant, les Nègres fait au service domestique, quoique bien moins utiles que les nègres de place, se vendent beaucoup plus cher.¹⁷

Ti Noel es la propiedad de Lenormand de Mézy. Representa a una clase que, en esa época, no ocupaba ningún lugar en la sociedad, y sin embargo, hizo que Saint-Domingue se convirtiera en Haití.

El tercer personaje importante del primer capítulo de *El reino de este mundo* es Mackandal. Cuando leemos las primeras frases dedicadas a él ya es un mito, un mito

vivo, como Moreau de Saint-Méry lo presenta: "On ferait un ouvrage volumineux de tout ce que l'on rapporte sur Mackandal".¹⁸ Es el tipo de frase que llamaba la atención de Carpentier, tanto más cuanto que Moreau de Saint-Méry cita un artículo anónimo publicado en 1787, en el *Mercur de France*, con el título curioso y revelador de *Histoire Véritable*. Se trata de una especie de biografía del esclavo, de su gusto por las mujeres y por las plantas; de su vida de cimarrón a quien se cataloga como "féroce", de sus envenenamientos y de sus celos del esclavo Samba el cual, si creemos lo que dice el artículo, fue el responsable de la delación y del arresto de Mackandal, en una calenda en la "habitation" Dufresne. En fin, Mackandal "conserve jusque dans les flammes son audace et son fanatisme."



Pese a que Carpentier nunca leyó ese artículo, el mero hecho de que Moreau de Saint-Méry lo haya citado debe de haberle llamado la atención. Además, la manera de Moreau de Saint-Méry de utilizar ese texto, que él llama "conte", aunque señala su historicidad, debió de atraerle aún más. En todo caso, el retrato de Moreau de Saint-Méry es fascinante. Lo citamos *in extenso*.

C'est de l'habitation de M. Lenormand de Mézy, au Limbé, que dépendait le

Nègre Mackandal, né en Afrique. Sa main ayant été prise au moulin, il avait fallu la lui couper, et le fit gardien d'animaux. Il devint fugitif.

Pendant sa désertion il se rendit célèbre par des empoisonnements qui répandirent la terreur parmi les Nègres, et qui les lui soumit tous. Il tenait école ouverte de cet art exécrationnel, il avait des agents dans tous les point de la colonie, et la mort volait au moindre signal qu'il faisait. Enfin dans son vaste plan, il avait conçu l'inferral projet de faire disparaître de la surface de Saint-Domingue tous les hommes qui ne serait pas noirs, et ses succès qui allaient toujours croissant avaient propagé un effroi qui les assuraient encore. La vigilance des magistrats, celle du gouvernement, rien n'avait pu conduire jusqu'aux moyens de s'emparer de ce scélérat, et des tentatives punies d'une mort presque soudaine n'avaient servi qu'à terrifier encore plus.

Un jour les Nègres de l'habitation Dufresne, du Limbé, y avaient forma un calenda nombreux. Mackandal qui était accoutumé à une longue impunité, vint se mêler à la danse.

Un Nègre, peut-être par l'impression que la présence de ce monstre avait produire sur lui, vint en avertir M. Duplessis, arpenteur, et M. Trévin, qui se trouvaient sur cette habitation, et qui firent répandre la tafia avant tant de profusion, que les Nègres s'enivrèrent tous, et que Mackandal, malgré sa prudence, se trouva privé de sa raison.

On alla l'arrêter dans une case à nègres, d'où on le conduisit dans une chambre de l'un des bouts de la maison principale. On lui lia les mains derrière le dos, et faute de fers on lui mit des enverges de cheveux. Les deux blancs écrivirent au Cap pour prévenir de cette capture, et avec deux Nègres domestiques, ils gardèrent Mackandal, ayant des pistolets chargés sur la table où était une lumière.

Les gardiens s'endormirent. Mackandal, peut-être aidé par les deux

Nègres, délia ses mains, éteignit la chandelle, ouvrit une fenêtré au pignon de la maison, se jeta dans la savane et gagna des casiers en sautant comme un pie.

La brise de terre qui augmenta fit battre le crochet de la fenêtré; ce bruit réveilla; grande rumeur, on cherche Mackandal, que les chiens éventrèrent bintôt et qu'on reprit.

Mackandal qui, s'il avait fait usage des deux pistolets au lieu de fuir, était sûr d'échapper, fut condamné à être brûlé vif par un arrêt du conseil du Cap du 20 janvier 1758.

Comme il s'était vanté plusieurs fois que si les Blancs le prenaient, il leur échapperait sous différentes formes, il déclara qu'il prendrait celle d'une mouche pour échapper aux flammes.

Le hasard ayant voulu que le poteau où l'on avait mis la chaîne qui le saisissait fût pourri, les efforts violents que lui faisaient faire les tourments du feu, arrachèrent le piton et il culbuta par-dessus le bûcher. Les Nègres crièrent: "Mackandal sauvé", la terreur fut extrême; toutes les portes furent fermées. Le détachement de Suisses qui gardait la place de l'exécution la fit évacuer; le geôlier Massé voulait le tuer d'un coup d'épée lorsque, d'après l'ordre du procureur général, il fut lié sur une planche et lancé dans le feu. Quoique le corps de Mackandal ait été incinéré, bien des Nègres croient, même à présent, qu'il n'a pas péri dans le supplice.

Le souvenir de cet être pour lequel les épithètes manquent, réveillent encore des idées tellement sinistres, que les Nègres appellent les poisons et les empoisonneurs des mackandals, et que ce nom est devenu l'une des plus cruelles injures qu'ils puissent s'adresser entre eux.

Estos párrafos componen lo esencial de la información que sobre el esclavo aparece transpuesta en la novela. Añadamos que

otras opiniones consultadas por Carpentier sobre el célebre cimarrón corroboran la de Moreau de Saint-Méry. Afirma Pierre de Vaissière:

Il partit marron et se réfugia dans les montagnes, où bientôt il prit le plus extraordinaire ascendant sur ses compagnons. En dehors de très réelles qualités de commandement, il possédait, en effet, tous ce qu'il fallait pour séduire et fanatiser les être crédules et primitifs qui l'entouraient.

Vassière agrega otros elementos aún más significativos:

Un fait certain est que Mackandal fut plus et mieux qu'un simple chef de bandes marrones. Non pas qu'il dédaignât le pillage des plantations, le sac des habitations, le vol des troupeaux et autres exploits ordinaires des esclaves fugitifs; mais il paraît avoir entrevu en même temps la possibilité de faire du marronage le centre d'une résistance organisée des Noirs contre les Blancs. Il avait une notion des races qui s'étaient superposées à Saint-Domingue.²⁰

Por su parte, Price-Mars declara:

Il fut le plus célèbre de ces chefs (marrons) qui exerçaient une véritable fascination sur leur entourage (...) A cause de son audace et de l'énergie de leur action, ils exercèrent simultanément la puissance politique et religieuse.²¹

Finalmente, Dantès Bellegarde ofrece el análisis siguiente:

Il se faisait passer pour un illuminé, un prophète, un "houngang" inspiré par les divinités supérieures de l'Afrique et dont la mission sacrée était de chasser les blancs de la colonie et de faire de Saint-Domingue un royaume indépendant pour les Nègres.²²

Así pues, Mackandal representa para Carpentier el comienzo de esa conciencia nacional aludida al principio de este trabajo. Y no podemos sino afirmar que

toda la problemática de *El reino de este mundo* se halla establecida y definida desde el primer capítulo de la novela.

Es a partir del segundo capítulo cuando la acción realmente empieza. En efecto, el lector puede seguir el camino recorrido por Mackandal sobre todo después de la amputación, comienzo del proceso que iba a hacer de él un cimarrón.

Carpentier sugiere con lucidez que el conocimiento de las plantas marca el inicio de un pensamiento resistente en el personaje (págs. 19-20). Sin embargo, también lo señala como un mandinga, esto es, "un cimarrón en potencia" (pág. 22).

Se trata de una manera extremadamente hábil de presentar el fenómeno del cimarronaje, tan bien conocido por nuestro novelista, y abordado ya directamente en su cuento "Los fugitivos" de 1946. Lo que es según Vaissière "la plus éclatante protestation (des esclaves) contre leur déprimante condition",²³ adquiere aquí una connotación suplementaria por la mención de que Mackandal sea mandinga. Si para Moreau de Saint-Méry se trata del esclavo que más "a été plié violemment au joug",²⁴ para Price-Mars es "une population nègre dominante, tant par le langage que par le type physique".²⁵

Estas dos características hacen enteramente lógica la introducción del veneno, el cual será el tema principal de los capítulos siguientes. En "El recuento", Ti Noel constata la existencia de una especie de red de resistencia, ya ordenada y organizada, por el *leader* de los cimarrones (págs. 24-25). En "De profundis" el uso del veneno se revela como el arma más eficaz de esta resistencia (págs. 27-30). Se ve que Carpentier toma en cuenta las observaciones de Pierre de Vaissière:

D'une audace extraordinaire, il ne craignait pas de parcourir les plantations pour y réveiller le zèle de ses partisans, restant toujours insaisissable, inconnu même des blancs pendant près de six ans, et profitant de cette obscurité pour poursuivre lentement le plan qui devait, croyait-il, assurer son triomphe.

Ce plan était fondé sur le déchainement du plus terrible qu'aient connu Saint-Domingue et en général toutes nos vieilles colonies à esclaves: le poison.²⁶

Es el veneno, o, más bien, el papel político interpretado por el veneno, lo que transforma a Mackandal en leyenda hasta el momento de su suplicio (págs. 33, 40-41). Pero el milagro "Mackandal sauvé" lo hace aún más real. El texto nos dice: "Mackandal había cumplido su promesa, permaneciendo en el reino de este mundo" (pág. 41).

La segunda parte de la novela abre con un epígrafe de las *Memorias* de la duquesa de Abrantes.²⁷ La acción sucede 20 años después de lo relatado en la primera parte. Como La Habana adonde regresa Esteban después de su largo periplo, la ciudad del Cabo ha cambiado mucho durante todo este tiempo; Monsieur Lenormand de Mézy también. Más que nunca se beneficia del esplendor de la colonia, de una ciudad en plena efervescencia, como nos lo ha dicho Moreau de Saint-Méry: "son plus grand commerce (...) est l'effet de la situation géographique du lieu comme le plus au vent."²⁸ Esta ciudad tiene su periódico, la *Gazette de Saint-Domingue*, digno de varias páginas redactadas por el cronista viajero.²⁹ También la ciudad del Cabo posee un teatro con su compañía donde se representaban tanto piezas clásicas como contemporáneas.³⁰

En este ambiente Carpentier sitúa a mademoiselle Floridor, "mala intérprete de confidentes, siempre relegada a las colas del reparto, pero hábil como pocas en artes falatorias" (pág. 46). El personaje no solamente encarna al tipo de actriz descrita por Moreau, sino también a las tradiciones y costumbres de los criollos, su vida cotidiana, la opulencia, la voluptuosidad, el derroche y el libertinaje. Monsieur Lenormand de Mézy, con su erotomanía (pág. 47), forma parte lógica de esta visión general.³¹

No obstante, la situación de la isla evoluciona como consecuencia de la revolución. La esclavitud, y el sistema

colonial en general, se ven atacados por espíritus progresistas como el barón de Wimpffen, citado por Carpentier en la novela (pág. 56) y autor de las líneas siguientes:

Vos colonies, telles que'elles sont, en peuvent plus exister sans l'esclavage: c'est une vérité affreuse à dire (...) Il faut donc maintenir l'esclavage ou renoncer aux colonies; et comme dix-huit à vingt mille Blancs ne sauraient contenir quatre cent-soixante mille Nègres autrement que par la force de l'opinion, le seul garant de l'existence des premiers, tout ce qui tend à la détruire, est un attentat contre la société.³²

De tal manera, la situación intolerable hace inminente la revolución anunciada por l'Abbé Raynal:

Où est-il, ce grand homme, que la nature doit à ses enfants vexés, opprimés, tourmentés? Où est-il? il paraîtra, n'en doutons point, il se montrera, il lèvera l'étendard sacré de la liberté (...) Partout on bénira le nom du héros qui aura rétabli les droits de l'espèce humaine, partout on exigera des trophées à sa gloire. Alors disparaîtra le *code noir*, et le *code blanc* sera terrible si le vainqueur ne consulte que le droit des représailles!

En attendant cette révolution, les Nègres gémissent sous le joug des travaux, dont la peinture ne peut que nous intéresser de plus en plus à leur destinée.³³

En Saint-Domingue la revolución esperada es la de Bouckman. Ya hemos citado la versión que de los eventos del 14 de agosto de 1791 se da en *La música en Cuba*. En *El reino de este mundo*, la del capítulo "El Pacto Mayor" le es enteramente fiel. La escena de la ceremonia y el desarrollo de esta revuelta han sido contados innumerables veces. Víctor Shoelcher en su libro *Vie de Toussaint Louverture*, ya citado, los describe en detalle:

La fermentation augmente, gagne le Nord, et, dans la nuit du 23 août 1761,

les nègres des environs du Cap se réunirent au fond des épaisses forêts qui couvrent le Morne-Rouge. Ils étaient soulevés par Bouckman, un des chefs qui sortent des rangs quand les hommes en ont besoin. On a conservé le discours en vers créoles qu'il leur adressa.

C'était une nuit de violent orage, les éclairs sillonnaient le ciel et les échos des normes retentissaient des éclats de la foudre. Bouckman, fidèle aux superstitions africaines, fait des invocations magiques, et comme inspiré du Grand Esprit, il prononce cet oracle au milieu de la tempête:

Le bon Dieux, qui fait le soleil que nous eclaire d'un haut, qui soulève la mer, qui fait gronder l'orage, entendes-vous, vous autres, le bon Dieu est caché dans le nuage, la il nous regarde et voit tout ce que font les blancs. Le bon Dieu des blancs commande le crime, par nous il veut les bienfaits! Mais Dieu qui est si bon nous ordonne la vengeance. Il va conduire nos bras, nous donner assistance. Brisez l'image du Dieu des blancs qui a soif de l'eau dans nos yeux, écoutez la liberté qui parle au coeur de nous tous.

Le lendemain la plaine du Cap est mise en feu aux cris de "Vengeance! Vengeance!". En quatre jours, le tiers de la plaine du Nord n'offre qu'un monceau de cendres. Tous les Blancs, hommes, femmes, même les petits enfants sont assassinés, égorgés, torturés avec une rage exécrationnelle (...) C'est la barbarie du maître qu'il faut accuser de la barbarie de l'esclave.³⁴

Según la novela, la revuelta comienza en plena tormenta: "Los truenos parecían romperse en aludes sobre los riscosos perfiles del Morne Rouge" (pág. 51). Price-Mars retoma la tormenta descrita por Shoelcher y escribe:

Dans la nuit noire, sous les branches entrelacées du Mapous feuillu, les conjuré, en troupes muettes, n'aient qu'un coeur et qu'une pensée.

D'innombrables éclairs sillonnaient les nues. La voix de tonnerre ajoutait l'effroi à l'horreur du décor.

Alors, dans le silence des ombres, la prêtresse fit les signes cabalistiques et plongea le couteau du sacrifice dans la gorge du sanglier. Puis elle étala les entrailles sur le sol inondé de sang, et Bouckman prononça les paroles sacramentales.³⁵

Luego cita el oráculo cuya traducción al francés transcribimos arriba.

Bellegarde, por su parte, opta por un recuento semejante, y asocia la tormenta a la mujer negra que canta el ritual. Sobre todo, como Price-Mars en *Ainsi parla l'oncle*, y como otros cronistas del siglo XVIII, entre ellos Moreau de Saint-Méry, Bellegarde asocia esclavitud y vodú, este último se convierte en la fuerza que se opone al catolicismo de los amos europeos. Tras afirmar que "le Vaudou était à la fois une religion et una association politique", narra el evento:

Dans la nuit du 14 aout 1791, au milieu d'une forêt appelée Bois-Caïman, située au Morne-Rouge dans la plaine du Nord, les esclaves tinrent une grande réunion en vue d'arrêter un plan définitif de révolte générale. Ils étaient là environ deux cents délégués de divers ateliers de la région. L'assemblée était présidée par un nègre commandeur, Bouckman, dont la parole enflammée esalta les auditeurs. Avant de se séparer et afin de sceller les engagements pris, on procéda à une cérémonie impressionnante. Il pleuvait avec rage. Tandis que l'orage grondait et que les éclairs sillonnaient le ciel, une négresse de haute stature apparut brusquement au milieu de l'assistance. Elle était armée d'un long couteau pointu qu'elle faisait tournoyer au-dessus de sa tête en exécutant une danse barbare et en chantant un chant africain que les autres répétaient en chœur, prosternés la face contre terre. On traîna ensuite devant elle un cochon noir qu'elle éventra de son couteau. Le

sang de l'animal fut recueilli dans une gamelle de bois et servi tout écumant à chaque délégué, sur un signe de la prêtresse. tous se jetèrent à genoux et jurèrent d'obéir aveuglément aux ordres de Bouckman, reconnu le chef suprême de la révolte. Celui-ci déclara s'adjoindre comme principaux lieutenants trois de ses compagnons: Jean-François, Biassou et Jeannot.

Huit jours après la cérémonie du Bois-Caïman, le 22 aout 1791 à dix heures du soir, retentit soudain le saon rauque du *lambi* ce fut le signal de l'insurrection qui rapidement embrassa toute la riche plaine du Cap. Armés de couteau, de haches, de machettes, de piques, les esclaves, au cri de: "Liberté! Vengeance!", se jetaient avec furie sur les blancs.³⁶

La revuelta de Bouckman fracasa dramáticamente. Leemos en el texto de Carpentier:

La horda estaba vencida, la cabeza del jamaicano Bouckman se engusanaba ya, verdosa y boquiabierta, en el preciso lugar en que se había hecho hedionda la carne del manco Mackandal. Se estaba organizando el exterminio total de los negros... (pág. 60).

En el libro de Shoelcher podemos leer:

Lorsqu'on se fut remis des premiers moments de terreur, la garde nationale et la troupe se précipitèrent sur les insurgés. Tremblants à leur tour, il se dispersèrent malgré leur chef. Bouckman, le premier qui appela ses frères à la révolte, tomba, percé de balles et de coups de baïonnette en se défendant. Sa tête fut plantée sur une pique au milieu de la place d'armes, avec un écriteau portant: "Tête de Bouckman, chef des révoltés".³⁷

Otras fuentes coinciden con dicha descripción. La de Bellegarde, por ejemplo, dice así:

A Cap, les autorités mirent la ville en défense pour empêcher la ruée des révoltés. Comme représailles, les

colons dressèrent des échafauds et organisèrent des tueries en masse de nègres coupables ou innocents. Mais Boukman, ayant voulu forcer l'entrée de la ville, tomba victime dès la première rencontre. Sa tête coupée fut exposée sur la place d'armes du Cap.³⁸

Muchas cosas cambian con la revolución y la llegada de Toussaint Louverture. Para Carpentier: "Todas las jerarquías burguesas de la colonia habían caído" (pág. 64). Es por eso que la época de Toussaint apenas aparece mencionada en la novela. Esta laguna, deseada así por Carpentier, se explica asimismo por la llegada de Paulina y del ejército de Leclerc, quien va a anular los esfuerzos de Toussaint y restablecer las jerarquías coloniales. La expedición de Leclerc simboliza la esencia misma del colonialismo. De acuerdo con Jean-Baptiste Capéfigue:

Bonaparte n'avait aucune des idées philanthropiques que l'Assemblée constituante avait jetée au monde; tête positive, il avait compris que l'esclavage et la colonisation étaient deux idées corrélatives et peut-être inséparables; la métropole ne pouvait avoir des établissements lointains sans une administration forte et pour ainsi dire despotique.³⁹

Desde sus comienzos, la expedición estuvo condenada al fracaso. Humboldt, autor que Carpentier tanto admiró, en su *Essais politique sur l'île de Cuba*, menciona las consecuencias desastrosas de este fracaso: "C'est surtout la malheureuse et sanguinaire expédition des généraux Leclerc et Rochambeau qui a achevé la destruction des sucreries de Saint-Domingue."⁴⁰

Sin embargo, es de una importancia indudable, ya que fue en Saint-Domingue y no en Rusia donde Napoleón sufrió la primera de las derrotas relacionadas con sus proyectos imperialistas.

En todo caso, como lo afirma la duquesa de Abrantès en sus *Memorias*, documento capital para el conocimiento de esta época:

Cette expédition de Saint-Domingue trouvait alors beaucoup d'approbateurs

et beaucoup de detracteurs. On prétendait que c'était folie d'affronter une population lointaine, dont le naturel farouche n'accorderait aucun quartier à nos soldats.

Luego añade:

Bonaparte connaissait le caractère des hommes de sang, il voulait ramener la paix et l'abondance dans cette belle colonie, et la chose n'était possible qu'en maintenant les Noirs.

Finalmente concluye:

...une des grandes raisons de la perte de Saint-Domingue, et de la nullité de cette expédition immense partie de Brest, de l'Orient et de Toulon, ce fut l'impéritie, ou plutôt l'administration cutéleuse du général Leclerc.⁴¹

Es, además, a madame d'Abrantès a quien debemos el primer retrato de una Paulina "americana". Por esto es una de las fuentes principales que Carpentier utilizó en la creación de su personaje novelesco:

Elle avit été non pas contrainte mais fortement invitée par son frère à suivre son mari à Saint-Domingue. Je crois que le général Leclerc se serait bien passé de cette addition à son bagage, car c'était une véritable calamité, après qu'on avait épuisé le plaisir de la regarder pendant un quart d'heure, que d'avoir la terrible tâche de distraire, d'occuper, de soigner Madame Leclerc.⁴²

La duquesa, a quien le tocó convencer a Paulina que partiera, hace resaltar la personalidad vana y trivial de madame Leclerc, como puede apreciarse en el epígrafe escogido por Carpentier para la segunda parte de su novela.⁴³

Sin embargo, la Abrantès es quien la exhorta a efectuar los numerosos preparativos para el viaje.⁴⁴ Carpentier da su propia versión de ellos:

Después de haber demorado la partida de todo un ejército con su capricho inocente de viajar de París a Brest en una litera de brazos, tenía que pensar en

cosas más importantes. En banastas lacradas se guardaban pañuelos traídos de la Isla Mauricio, los corseletes pastoriles, las faldas de muselina rayada, que iba a estrenarse en el primer día de calor, bien instruida como lo estaba, en cuanto a las modas de la colonia, por la duquesa de Abrantès. (pág. 70).

La incapacidad de Paulina para captar la realidad tal y cual realmente era, rasgo tan importante, aparece señalado con ironía por la duquesa:

L'imagination de Mme. Lecrec est en complète stagnation pour beaucoup d'objets. En revanche, elle franchit d'immenses distances, elle devient créatrice, relativement à des choses absurdes pour tout autre. Elle est, par exemple, d'une ignorance complète à laquelle je ne puis égaler que sa vanité... Je la connais bien.⁴⁶

He ahí porqué Carpentier, no menos irónico al respecto la hace leer, para que se instruya, *Un Nègre comme il y a peu de Blancs* de Joseph Lavallée. Como *Paul et Virginie* y como *Atala*, libros que aparecen mencionados en la novela, la obra de Lavallée ofrece una visión paradisiaca de América, una visión que por lo exótica es completamente falsa. El barón de Wimpffen, por quien Carpentier sentía gran respeto, ataca el libro de Lavallée con el mismo vigor:

Voyez le roman, en trois volumes, intitulé *Le Nègre comme il y a peu de Blancs*. L'auteur n'avait pas besoin de donner à entendre, dans sa préface, qu'il n'avait jamais vécu avec les Nègres, ni habité les colonies. Son ouvrage, d'ailleurs très intéressant, fourmille d'erreurs, de contre-sens, qui prouvent qu'il ne connaît le Nègres, non plus que le régime, les moeurs, les usages des colonies, que par ouï-dire.⁴⁶

Con una fuente de información tan dudosa, ¿qué idea podía hacerse Paulina de la colonia? Además, si le atraen las creencias y los fetiches de Solimán, ¿no sería porque los cree exóticos?

Paulina regresa a Francia después de la muerte de Leclerc, víctima de la fiebre amarilla. Según la duquesa: "Madame Leclerc revint en Europe avec le corps de son mari. Elle l'a fait enfermer dans un cercueil de bois de cèdre, puis elle avait coupé ses cheveux".⁴⁷

Según Carpentier:

Luego de hacer colocar el cadáver de su esposo, vestido con uniforme de gala, dentro de una caja de madera de cedro, Paulina se embarcó presurosamente a bordo del *Switshure*, enflaquecida, ojerosa, con el pecho cubierto de escapularios. (pág. 78).

Paralelamente a esa fuente tan valiosa que es la autobiografía de la duquesa de Abrantès, Carpentier se apoyó en la descrita por él en una entrevista como "la biografía alemana de Paulina". En efecto, en 1937 la casa editora Plon publicó en París la traducción francesa de la biografía de Joachim Kühn. El autor dedica detalladamente un capítulo completo de este libro a la expedición antillana. Así pues, podemos leer lo que pensaba Paulina sobre esta nueva experiencia:

Bon gré, mal gré, Paulette dut se rendre; mais elle dédommagea de sa défaite en employant le peu de temps qui lui restait avant le départ à faire l'acquisition de mille bagatelles dont elle croyait avoir besoin pour la longue traversée et le séjour à Saint-Domingue. Leclerc essayait bien d'opposer ses limites raisonnables à ses achats, mais il se heurtait à la résistance le plus catégorique depuis longtemps à discuter avec elle, il finit par la laisser faire.⁴⁸

Kühn cita además, otras fuentes, las cuales le permiten elaborar numerosos detalles de la estadía americana de Paulina. Allí podemos leer sobre su vivienda, sobre el calor tropical que tanto la hacía sufrir, sobre el impacto causado por su físico en la población negra de la isla. Con lo dicho por el biógrafo alemán, la admiración de Solimán en la novela termina siendo completamente lógica:

Leur arrivée fit sensation parmi les nègres demeurés dans les plantations. Ils restèrent bouche bée en voyant cette jeune femme d'un si éblouissante beauté entrer dans la maison; ils se pressèrent à sa suite, et quand on les eut jetés dehors, ils se massèrent devant la maison pour avoir encore une vision fugitive de Paulette quand elle paraîtrait à la fenêtre. Pour les disperser et les tenir à distance respectueuse, il fallut établir un cordon de sentinelles autour de la maison. Lorsque dans la fraîcheur vespérale, Paulette sortait ou se faisait porter dans son palanquin qui lui était devenu indispensable, des gardes suivaient pour écarter les nègres fascinés. Paulette, il est vrai, se sentait plus flattée qu'importunée de ces hommages.⁴⁹

La personalidad contradictoria y caprichosa de Paulina se observa en el libro de Kühn cuando éste se refiere a las labores de enfermera asumidas por ella durante la epidemia, a los envíos de plantas exóticas que hacía llegar a su cuñada Josefina y al Jardín de Plantas de París, a sus amantes del momento, a la muerte de Leclerc, narrada en los mismos términos anteriormente citados. El texto del alemán no puede ser más claro al respecto:

Elle le faisait sans réflexion ni calcul, c'était le jaillissement spontané de son coeur, de ce qui n'apparaissait pas d'habitude, parce que commeillant dans les subconscious, et dissimulé en temps normal par mille soucis de mode, mille aventures, mille soins de sa santé.⁵⁰

Así Paulina, por su alienación, por su egoísmo y por su incomprensión de la realidad colonial de Saint-Domingue, es un personaje que se inserta perfectamente dentro del marco de nuestra novela.

Con su regreso, y, poco más tarde, con el regreso de Rochambeau y las tropas de éste, terminó la historia de Saint-Domingue, colonia francesa. Poco después comenzó la historia de Haití. Por tal razón, Carpentier escribe en la tercera parte de su novela:

"Pero lo que más asombrada a Ti Noel era el descubrimiento de que ese mundo prodigioso, como no lo habían conocido los gobernadores franceses del Cabo, era un mundo de negros" (pag. 89).

La parte siguiente, dedicada a Henri Christophe, muestra la tendencia de Carpentier a escoger situaciones y personajes llamados por él insólitos. Para comenzar, por la índole misma de su personalidad, Christophe es el tipo de personaje que iba a interesar a muy pocos historiadores. Así, el fichero de materia de la Biblioteca Nacional de París revela que, entre 1894 y 1959, aparte de dos textos de contemporáneos suyos, uno del conde de Limonade y otro de Pétiou,⁵¹ sólo un libro le fue dedicado enteramente. Se trata de *Henri Christophe dans l'Histoire d'Haïti*, de Vergniaud Leconte, publicado en París en 1931.⁵² Este caso bibliográfico se compara con el de Toussaint Louverture y con el de la frívola Paulina. En los ficheros de la Biblioteca Nacional de París, una buena quincena de libros le fueron dedicados al primero entre 1802 y 1953, mientras que en el caso de Paulina, consta una veintena, publicada entre 1907 y 1955. Añadamos que Toussaint inspiró a Alphonse de Lamartine a escribir un drama en cinco actos que lleva por título el nombre completo de éste y cuya redacción terminó el célebre poeta en abril de 1850.

Henri Christophe dans l'Histoire d'Haïti relata la vida completa del personaje desde su nacimiento y sus comienzos como "surveillant et maître d'hôtel" en La Couronne.⁵³ Además ofrece múltiples detalles al respecto. El autor presenta la expedición Leclerc así como la ascensión de Christophe al poder y la instauración de su reinado con corte y todo, a lo Ancien Régime. Las jerarquías de la nobleza aparecen precisadas al igual que la casa del rey y la de la reina, los dos príncipes varones, François Ferdinand y Jacques-Victor-Henri, el heredero, de quien igualmente se narra la ejecución, y las dos hijas: Françoise-Améthiste y Anné-Athénaïs, llamadas en la intimidad por sus

segundos nombres y quienes en efecto tuvieron por un tiempo unas institutrices venidas expresamente desde los Estados Unidos. Leconte, en un tono de indudable apología, describe también el florecimiento cultural que se vivió durante esa era, en las bellas artes, en el teatro, en la prensa, así como la construcción de la Ciudadela a la cual dedica el capítulo XIX.

Varias muertes aparecen contadas con detalle en el libro. La primera es la de Corneille Brelle, duc de l'Anse. Delatado, según Leconte, por "le père Jean de Dieu, aumônier de la Reine", leemos lo siguiente sobre su muerte:

Il ne le fit pas périr dans un cachot de détention publique, il le laissa à l'Archevêché, situé rues de Bourbon et des Marmousets, angle nord-ouest, ordonna de murer les portes d'une pièce de ses appartements et lui fit servir une ration, chaque matin, d'eau et de cassave; d'autres disent de pain. Une huitaine de jours après, le vieillard succomba, laissant à la place où elles furent déposées, les rations journalières qui lui étaient apportées. Le vieux Corneille méritait un autre sort. Il avait franchement servi la cause des Gouvernements qui s'étaient jusque-là succédé.⁵⁴

La segunda muerte es el suicidio de Christophe y sus funerales en la Ciudadela. Finalmente, antes de aludir a los decesos de madame Christophe y sus hijas, el autor hace un recuento del exilio de estas en Pisa. Allí dice:

Ceux qui avaient quitté la terre natale d'Haïti, pour aller chercher un asile sur celle d'Italie, étaient en tout au nombre de cinq: Mme. Christophe, ses deux filles, Sabine, ménagère, filleule de Mme. Christophe, et un serviteur du nom de Soliman, ancien membre du personnel de Sans-Souci.⁵⁵

Solimán resulta ser entonces tan verídico como los otros personajes de la novela, a quienes por su renombre, el lector reconoce de antemano como históricos.

Resulta lógico también que, por haber trabajado en Sans-Sousi, y porque no se precisan las fechas de su permanencia en ese lugar, haya podido estar allí cuando Paulina lo ocupó. Así, en el plano de la ficción, Carpentier al inventar la escena con la Venus de Cánova tuvo a su disposición todos los elementos que explican el paso natural de la historia a la ficción.

Por último, deseamos señalar que la cita que encabeza la tercera parte pertenece en efecto a Karl Ritter,⁵⁶ quien fue realmente testigo del saqueo de Sans-Souci. Vergniaud Leconte cita a Ritter en numerosas ocasiones y como fuente indudablemente fiable. Es más, lo cita desde la primera página en donde aparece, en una nota al calce, una breve identificación:

Viennois qui vécut au Cap en 1820 et connut Christophe. Il a écrit *Naturhistorische Reise nach des Westindischen Insel Hayti (Voyage d'Histoire naturelle et d'Etudes botaniques dans les Indes Occidentales, Ile d'Haïti aux frais de Sa Majesté l'Empereur d'Autriche.*⁵⁷

El reino de este mundo, de Carpentier, es una novela basada esencialmente en documentos históricos. El propio Carpentier lo acepta en el célebre prólogo de su libro:

Es menester advertir que el relato que va a leerse ha sido establecido sobre una documentación extremadamente rigurosa que no solamente respeta la verdad histórica de los acontecimientos, los nombres de personajes -incluso secundarios-, de lugares y hasta de calles, sino que oculta, bajo su aparente intemporalidad, un minucioso cotejo de fechas y de cronologías. Y sin embargo, por la dramática singularidad de los acontecimientos, por la fantástica apostura de los personajes que se encontraron en determinado momento, en la encrucijada mágica de la Ciudad del Cabo, todo resulta maravilloso en una historia imposible de situar en Europa, y que es tan real.⁵⁸

Cuando Carpentier escribió estas frases ignoraba, quizás, que un nuevo camino novelístico, inscrito en la historia y en lo real, que solo puede ser maravilloso, se abría ante sí. Mucho le faltaba aún por recorrer, pero lo esencial ya estaba allí, ya estaba dicho.

Su selección de situaciones, de personajes, únicamente concernía a lo que catalogaba de insólito. Henri Christophe y su mundo, o el universo imponente de la Ciudadela, eran mucho más insólitos que la lucha constante y valiente del mártir que fue Toussaint Louverture. La lucha iluminada de este último en contra del colonialismo y en favor de la libertad era demasiado admirable para ser criticada. Y, curiosamente, se le parecía a la lucha de muchos otros, como la que llevaron los mulatos en Haití, sobre todo, Vincent Ogé. Sin embargo, Ogé tampoco aparece en *El reino de este mundo*. Mencionado con frecuencia en los textos citados, como en los de Shoelcher, Pierre de Vaissière, Bellegarde, Ogé aparecería en el universo novelístico de Carpentier a través de su hermano, aquel médico masón que, un día, se convirtió en el amigo de Víctor Hugues, de Esteban y de Sofía.

Mucho falta aún por decir sobre el tema abordado hoy. Imposible, por ejemplo, olvidarse de la huella dejada por el padre Labat, quien siempre apasionó a Carpentier. Imposible tampoco olvidar la importancia del libro de C. L. R. James, *The Black Jacobins*, publicado originalmente en 1938, y que Carpentier conoció y utilizó, un excelente análisis de la revolución haitiana, donde aparecen entre otros, numerosos detalles sobre Toussaint y Ogé. Pero, no importa, siempre llegaremos a la misma conclusión: *El reino de este mundo* es una de las grandes novelas sobre el Nuevo Mundo y sobre los problemas que este mundo conoce bien como la esclavitud, el coloniaje, las revoluciones por la independencia, la creación de una conciencia nacional, en fin, la afirmación de una identidad colectiva, de la que siempre formará parte la identidad cultural.

NOTAS

- * Lo esencial de su texto fue publicado con el título "Le Royaume de ce monde de Cuba à Haïti" En Pageaux, Daniel-Henri *Images et Mythes d'Haïti* Paris: L'Harmattan, Collection Récifs, 1984. pp. 61-80
- ¹ Bellegarde, Dantès. *La Nation Haïtienne*. Paris: J. de Gigord, Editeur, 1938. p. 36.
- ² Véase nuestra conferencia Textos y contextos: en la periferia de ¡Écue-Yambú-O! *Imán* (La Habana) 2:167-184, 1984-1985
- ³ Puede consultarse nuestra tesis Robert Desnos et le Monde hispanique. Universidad de Paris III, 1979, y nuestro artículo Alejo Carpentier en Paris (1928-1939). *Unesco. Culturas* (Paris) (2), 1980.
- ⁴ Carpentier, Alejo. *La música en Cuba*. México: Fondo de Cultura Económica, 1977. pp. 121-135.
- ⁵ Entrevista, 1973.
- ⁶ Hemos reproducido este texto in extenso En: Pageaux, Daniel-Henri. *Images et Mythes d'Haïti*. Paris: L. Harmattan, Collection Récifs, 1984. pp. 81-83.
- ⁷ *Op. cit.* (4). p. 1.
- ⁸ Roberto González Echevarría ha aclarado ciertos aspectos de este problema en su libro *Alejo Carpentier: The Pilgrim at Home*. Ithaca: Cornell University Press, 1977, así como D.H. Pageaux en su artículo "Alejo Carpentier devant Haïti": *Le Royaume de ce monde*, publicado en *Alejo Carpentier et son oeuvre*. Marseille: Sud, 1982. pp. 131-147.
- ⁹ Citamos de la edición de Barcelona: Seix Barral, S.A., 1972.
- ¹⁰ *Op. cit.* (4). p. 1.
- ¹¹ Saint-Méry, Moreau de. *Description topographique, physique, civile, politique et historique de la partie française de l'île de Saint-Domingue*. Paris: L. Guérin et Cie., 1875. t. 2, p. 311.
- ¹² Vaissière, Pierre de. *Saint-Domingue, la société et la vie créole sous l'ancien Régime (1629-1789)*. Paris: Librairie Académique, 1909. p. 166.
- ¹³ Dantès Bellegarde, *Op. cit.*, pág. 64.
- ¹⁴ Pierre de Vaissière, *Op. cit.*, págs. 235-236.

- ¹⁰ Price-Mars, Jean. *Ainsi parla l'oncle*. p. 48.
- ¹¹ Shoelcher, Victor. *Vie de Toussaint Louverture*. Paris: Ollendorf, 1889. p. 441
- ¹² Girod-Chantrons, Hustin. *Voyage d'un suisse dans différentes colonies d'Amérique*. Neuchâtel: Imprimerie de la Société Typographique, 1785. pp. 142-163.
- ¹³ *Op. cit.* (11). t. 2, pp. 339-341.
- ¹⁴ M. de C... (anonyme) Mackandal, Histoire véritable. *Mercur de France*, (Paris) 15 sept. 1787: 102-114.
- ¹⁵ *Op. cit.* (12). pp. 236-237.
- ¹⁶ *Op. cit.* (15). p. 48.
- ¹⁷ *Op. cit.* (1). p. 64.
- ¹⁸ *Op. cit.* (12). p. 234.
- ¹⁹ *Op. cit.* (11). t. 1, p. 32.
- ²⁰ *Op. cit.* (15). p. 69.
- ²¹ *Op. cit.* (12). p. 238.
- ²² Duchesne d'Abrantès. *Mémoires*. Paris: Chez Ladvocat Libraire, 1832. t. 6, p. 74.
- ²³ *Op. cit.* (11). t. 2, p. 146.
- ²⁴ *Ibidem*, t. 2, p. 162 y siguientes.
- ²⁵ *Ibidem*, t. 1, p. 431 y siguientes.
- ²⁶ Numerosos son los textos que aluden a las costumbres. Al respecto puede consultarse sobre todo: *Op. cit.* (11). t. 1, pp. 18, 19, 21, 106, 107, etc.; *Op. cit.* (12). p. 34; *Op. cit.* (17). p. 149; Barón de Wimpffen. *Voyage à Saint-Domingu pendant les années 1788, 1789 et 1790*. Paris: Chez Cocheris, 1797. t. 1, pp. 63, 147, etc.
- ²⁷ *Op. cit.* (31). t. 1, p. 66.
- ²⁸ Raynal, G. Th. *Histoire philosophique et politique des Deux Indes*. Paris: François maspero, La Découverte, 1981. pp. 202-203.
- ²⁹ *Op. cit.* (16). pp. 30-31.
- ³⁰ *Op. cit.* (15). p. 42.
- ³¹ *Op. cit.* (1). pp. 65-66.
- ³² *Op. cit.* (16). p. 32.
- ³³ *Op. cit.* (1). p. 66.
- ³⁴ Capefigue, Jean-Baptiste., *L'Europe pendant le Consulat et l'empire de Napoleón*. Paris: Pitois,-Levrault, 1840, t. 2, p. 391.
- ³⁵ Humboldt, Alexandre de. *Essai politique sur l'île de Cuba*. Paris: J. Smith, Libraire, 1826 t. 1, p. 226.
- A propósito de las relaciones Carpentier Humboldt, puede consultarse nuestro artículo Le Siècle des Lumières dans le domaine del'insoluble. *Cahiers de recherche S.T.D.* (Paris):33-44; primavera 1983.
- ³⁶ *Op. cit.* (27). t. 6, pp. 95, 97-98.
- ³⁷ *Ibidem*, p. 73.
- ³⁸ *Ibidem*, p. 76.
- ³⁹ *Ibidem*, pp. 78-79.
- ⁴⁰ *Ibidem*, p. 88.
- ⁴¹ *Op. cit.* (31). t. 1, p. 179.
- ⁴² *Op. cit.* (27). p. 100.
- ⁴³ Kühn, Joachim. *Pauline Bonaparte*. Traduit de l'Alemand par G. Daubié. Paris: Libraire Plon, 1937. p. 55.
- ⁴⁴ *Ibidem*, pp. 59-60.
- ⁴⁵ *Ibidem*, p. 62.
- ⁴⁶ Le Comte de Limonade. *Relation des glorieux événements qui ont porté Leurs Majestés sur le trône d'Hayti*, Londres, 1814; y Pétion. *Réponse au général Henry Christophe sur les calomnies insérées contre lui dans proclamation des 18 et 24 décembre 1806*. Port-au-Price, s.d.
- ⁴⁷ D. H. Pageaux hace referencia a este libro en "Alejo Carpentier devant Haiti". *Op. cit.* (6). p. 147.
- Allí a su vez cita a Emma Susana Speratti-Piñero quien menciona la obra de Vergniaud Leconte en su artículo, Noviciado y apoteosis de Ti Noel en *El reino de este mundo*. *Bulletin Hispanique* jul.-dic., 1978.
- ⁴⁸ Leconte, Vergniaud. *Henri Christophe dans l'Histoire d'Hayti*. Paris: Editions Berger-Levrault, 1931. p. 2.
- ⁴⁹ *Ibidem*, p. 407.
- ⁵⁰ *Ibidem*, p. 434.
- ⁵¹ *Ibidem*, p. 470.
- ⁵² *Ibidem*, p. 1.
- ⁵³ Carpentier, Alejo. *Novelas y relatos*. La Habana: Bolsilibros Unión, 1974. pág. 58.

Yo, poeta *

"Se empieza a ser poeta cuando se rompe algo / en la cristalería de nuestro corazón", dijo en viejos versos hace tiempo Agustín Acosta.

Y creo que por lo menos, mi caso justificó el lírico aforismo.

Yo no fui un poeta precoz, no escribí versos hasta bien tarajallado, y después y en ocasión de recibir la primera "flecha que me asignó Cupido", diré con Antonio Machado para no perder la costumbre de fatigar las citas que me había de llevar un día a componer toda una antología de la soledad. Eso sí, desde muy pequeño fui apasionado de la poesía. Me nutrí de nido del *Parnaso cubano* de López Prieto, y de *Cuba poética* de Fornaris y León, que figuraban en la biblioteca familiar, de las composiciones en verso que aparecían en los libros de lectura del colegio, en florilegios almanaquescos, y más tarde en *Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana* de Menéndez y Pelayo, yéndose mis preferencias detrás de los románticos, y entre éstos, de los amorosos, que no leía sin pensar en una chicuela rubia, de nueve años, mi primera novia.

Mas a poco cambió la cosa y los estudios que me imponía mi repentina y falsa vocación religiosa y mi temprana afición a la historia, me alejaron de la trova; y nunca, repito, se me ocurrió "pulsar la lira", como habrían dicho algunos de los rapsodas que provocaban entonces mi admiración. La tarántula había de picarme después. Apenas abandonado el propósito de cantar misa y evangelizar a los pobres, porque pensé ser padre Paúl, salí al mundo "de entre faldas de mujeres y curas", muchas veces he de



José Zacarías Tallet

citarme, y, naturalmente, a los primeros pasos caí en la trampa de unos ojos negros. Desdeñado y "ferido de puntas de ausencia" allá en el Norte, adonde fuera arrastrado a vivir con el resto de mi familia, pese a mi renuencia, absurdo adolescente quise refugiar mi desconsuelo en "la santa poesía", es decir, que comencé a escribir versos, de amor, por supuesto. ¡Y qué versos! Románticamente *picúos* hasta decir no más. En los primeros había esta lamentable grullada a continuación de las líneas en que suponía haber hallado a la predestinada: "¡Ay, mis penas entonces / al punto cesarian, ahogada en amar! / Que amar es la ventura / más grande que se puede en la tierra alcanzar". Carcajadas.

Poeta a la sazón y por largo espacio vergonzante, claro está que, andando el tiempo hube de hacer de aquellos engendros una hoguera, después de haber leído a José Manuel Acosta y a José Antonio Fernández de Castro, en casa de éste, y no sin habernos antes reído los tres a

mandíbula batiente, regocijo que aumentaban las jocosas apostillas orales de José Manuel a mi triste producción primigenia.

Pocos más conocieron aquel bodrio en que, junto a las endechas de amor cuajadas de ayes y añoranzas, el fingido escepticismo y la supuesta desolación de una alma que se decía, si no se creía, prematuramente envejecida, figuraban versos "heroicos" como un soneto a Napoleón, ídolo de mi niñez, gracias al *Consulado y el Imperio* de Thiers, también de la biblioteca de mi padre, soneto que comenzaba diciendo: "Allá en lejana y solitaria roca / que en medio del Atlántico se eleva..." ¡Imaginen ustedes!

Pero la supuesta "soledad del alma", provocada por mi renitencia a marchar al Norte, donde tuve que vivir varios años, no fue óbice para que cultivara, además de aquellos esperpentos románticos y heroicos, algunos versillos jocosos que intercambié con una tía y madrina mía, maestra en Cuba, la cual durante las vacaciones nos visitaba en Nueva York donde vivíamos.

Allá fue donde, en la antología del verso español de Fitzmaurice-Kelly, tuve mi primer encuentro con los modernistas, con la, para mí, "nueva poesía". Se amplió este conocimiento con las revistas literarias cubanas que me mandaban amigos, y con el libro *Ala* de Agustín Acosta que me fue remitido también, recién publicado. En versos de mi libro *La semilla estéril* digo lo que debo a éste y a otros poetas de los que conocí a la sazón y a otros más que saboreé después. Entre los versos que leí en alguna de las citadas revistas, me llamó la atención uno que no he olvidado, aunque sí el nombre del autor. Formaba parte de un poema dedicado a Rubén Darío, recién muerto, y decía: "Un grifo farfante sus ejes fluía". La onomatopeya no cayó en saco roto.

Ensanchada así mi perspectiva poética, tuve el buen gusto de no reincidir por

entonces en mis atentados, lamentando, eso sí, no sentirme capaz de hacer en la que antes llamaban "gaya ciencia" lo que hicieron quienes ahora yo reverenciaba. Me limitaba, llevando una vida de semianacoreta, como protesta contra el medio al que yo era hostil, a pasarme aquella de biblioteca en biblioteca donde, indiscriminadamente, leía de todo: mucha historia, muchas novelas y libros de crítica literaria, aparte de la poesía, desde luego. Por otro lado, la llegada a Nueva York, para perfeccionar su inglés, de mi condiscípulo de la infancia Carlos Riera, talento excepcional, voluntad adamantina, cambió el rumbo de mi curiosidad intelectual o, mejor dicho, le señaló un rumbo nuevo. Además de mi interés en la historia y la literatura, la influencia de Carlos, quien habría sido un gran pensador cubano, me inclinó a bucear en las ciencias sociales, en la biología y la antropología, en la filosofía en fin. Tuve por mi parte el honor de haber provocado en él acentuada proclividad a las bellas letras. ¡Cuántas fructíferas conversaciones sobre los variados temas de nuestra autodidáctica sostuvimos aquel año y pico que juntos pasamos en Nueva York! Porque los dos éramos autodidactos. Aunque él más tarde comenzó a metodizar su aprendizaje, graduándose de bachiller en un año, pero la muerte se lo llevó antes de que pudiera iniciar sus estudios universitarios.

Yo nunca tuve la fuerza de voluntad indispensable para hacer lo mismo. Por cierto que poco antes de su muerte ocurrida en 1921, dos versos míos de un poema no terminado, versos que después incorporé a la epístola a Esteban Varona, sugirieron a Carlos Riera nada menos que diez páginas de consideraciones filosóficas. Eran los que decían: "Haz como yo, sonríe siempre y amablemente, / no hay un placer más grande que engañar a la gente". Porque tienen ustedes que saber que versos para mí buenos, inseridos en malos poemas, y hasta estrofas enteras, los he aprovechado luego en otras composiciones que tuvieron mi aprobación. Pero no anticipemos.

Inadaptado al *american way of life*, como ya he indicado, y no obstante, por complacer a mi madre, haberme graduado de tenedor de libros y contador y enrollado el título que enrollado conservo, decidí retornar a Cuba cuando lo hizo Carlos Riera quien traía la representación de la casa de comercio donde laboraba, pues, experto oficinista, en Nueva York trabajó, lo que yo nunca hice. Regresé acá con la bendición y cien dólares que pedí a mi madre y la garantía de conseguirme aquí un empleo, dada por otro amigo, Ramón Campos, que fue siempre para mí como un hermano mayor, y cumplió lo prometido.

De mis aventuras y desventuras una vez soltadas las amarras familiares y *fending for myself*, como diría un inglés, vicisitudes que no fueron pocas, no voy a platicar aquí, porque no estoy narrando mi biografía sino la de mis versos, o la de Tallet poeta si se quiere. Basta que confiese no haber tardado en reincidir, aunque mejorando un tanto la calidad de la producción, si bien los temas siguieron siendo el amor y el fracaso de una existencia, que comenzaba por así decirlo; y luego los poemas jocosos y satíricos para que rieran los compañeros del cotarro de estudiantes y otros barbantes que vivíamos en Prado esquina a Virtudes, en los altos del antiguo café El Pueblo, y contra algunos de los cuales iban más o menos punzantemente dirigidos. De todo aquello no se salvaron de las llamas, para recuerdo, sino unas cuartetas eróticas en alejandrinos y unas cuantas exaltadas décimas a la ojinegra Dulcinea de marras, de las cuales, para que puedan juzgar, aquí va una:

*Pandora de mi existencia,
causa de todo mi mal,
Eva de mi terrenal
paraíso de inocencia;
Herodías sin clemencia,
Medea de un argonauta
que en ti vislumbró la pauta
de su existencia futura;
Dalila de mi ventura,
Medusa de mi alma incauta.*

¡Calculen ustedes!
Entre tanto leía con fruición y con magua a

muchos, para mi nuevos poetas y, resignado lamentaba que ya que no me era dado ser un Virgilio, no pudiera tampoco al menos ser un Mecenas.

Así las cosas y, habiendo devorado, préstamo de Agustín Acosta a Herrera Reissig, se me ocurrió darle una broma al purista, luego compañero y amigo cuando en 1926, ingresé en la redacción de *El Mundo*, Félix Callejas (Billiken), y compuse, parodiando en cierta manera al mencionado poeta uruguayo, doce sonetos en verso alejandrino, disparatados, pero bien medidos y rimados, y con el consiguiente y musical ritmo poético. Los mecanografié esmeradamente y José Manuel Acosta, mi fraterno amigo y más íntimo camarada, a quien ya mencioné antes, aficionado a la pintura como yo a la poesía, los ilustró con admirables dibujos *ad hoc* e hizo al cuaderno una magnífica portada en colores. Lo aderezamos con elegante cordón de seda como Dios nos dio a entender, y me dispuse a enviarlo a Billiken, pidiéndole su opinión sobre aquellos versos a los que di por título *Vesania zahorí* y por subtítulo *Versificaciones mistificantes*. Aparecía como su autor Dante Chateaubriand Fernández y estaban dedicados a "A.H.A., precursor inconsciente". Este A.H.A. era Antonio Hernández Alemán, el popular rapsoda matancero del disparate, más conocido por Seboruco, a quien, entre otros del mismo jaez, se le atribuyen estos versos: "Calamar, calamar / sal del mar. / ¿Ya saliste? / Vuelve a entrar, / que al toro embiste".

La carta rimbombante en la cual pensaba enviar los versos a Félix Callejas, si no me flaquea la memoria, porque la tal carta se perdió, comenzaba diciendo: "Maestro: tal vez tocado de semi-lunático temerarismo heme atrevido a coleguizar con usted, dando a la luz mis más caras lucubraciones estéticas que debí haber forzado con adamantina volición a un quietismo incógnito en las más sinuosas reconditeces de mis órganos cogitatorios". ¿Qué les parece?

Para muestra de aquellos versos, he aquí un soneto de los que integraban la *Vesania zahorí*:

*Do, re, mi, fa, sol, la, si -do, si, la, sol, fa,
mi,
re, do, re, mi, fa, sol, escalizaste arisca,
en fortepianizante inicio baladi
que lontanancisó la eólica ventisca.*

*Melodicante fobia plasticismóse y
baladeó la leyenda de Paolo y Francisca.
El azur arizando afono colibrí
espantajeó bemólico a una cocuya bizca.
Protagónicamente un fragorismo frigio,
duchagüijabonando su enlodado
prestigio,
se reflejó en un báquico zumbido de
timbales,*

*y el bayizante allegro de astral
marimarismo
se perfiló en las sombras con cruel
harakarismo,
arpegeando los siete pecados capitales.*

Pero ni sonetos ni carta llegaron el columnista de *El Mundo*.

Empezaron a correr de mano en mano entre íntimos amigos y en tanto ocurrió un acontecimiento que iba a ser, aunque yo no podía imaginarlo, el *turning point*, el punto decisivo en mi, llamémosla así, carrera literaria. Un amigo mío, diletante de las letras, Hermenegildo Hernández, amigo también de José Antonio Fernández de Castro, y conocedor de la *Vesania zahorí* y acaso de algún que otro esbozo de ulteriores poemas que garrapateé por entonces, nos presentó. José Antonio, tan generoso de su amistad, me la brindó plenamente. Se entusiasmó con la *Vesania...* y con aquellos bocetos serios que, ante su acogida cordial y sincera me atreví tímidamente a mostrarle, y me proclamó poeta de tomo y lomo. Me llevó a las tertulias de *El Figaro* y conmigo a mi inseparable José Manuel Acosta (se me olvidaba decir que era hermano de Agustín a quien mediante él conocí), y nos presentó a Rubén Martínez

Villena, a Enrique Serpa y a otros jóvenes intelectuales de la antigua tertulia del Teatro Martí, a las cuales yo no concurrí nunca. La *Vesania...* siguió corriendo de mano en mano, ahora de intelectuales, hasta que fue a parar a las del periodista español Manuel Aznar quien vivía en esa época en La Habana donde era director de *El País*. Aznar se quedó con el cuaderno y al marcharse para España más adelante se lo llevó como una curiosidad. A pura memoria hube de reconstruir posteriormente los ya "famosos" sonetos, pues no dejé ni copia, aunque sí debe haber por ahí alguien que tenga una de *illo tempore*. Me introduje, pues, en los círculos literarios por la puerta escusada de una imitaciones extravagantes de un gran poeta. No sería la última vez que había de parodiar sus versos.

El entusiasmo de José Antonio me estimuló y comencé "a purgarme el alma / con mi lirismo chabacano" son versos míos; a botar a mi manera algo de lo que de poesía tenía dentro. Ya con otro tono. José Antonio dictaminó que había que publicar aquello. Y así fue como nací para las letras; entré en su mundo de la mano de aquel gran amigo. Tentado estoy de afirmar, y creo no equivocarme, que, de no haber sido por él, no sólo hubiese yo permanecido inédito, porque era absolutamente incapaz de llevar o enviar versito alguno a diario o revista, para suplicar o proponer su publicación, por timidez, por orgullo y por falta de confianza en mí mismo, ¡cómo que todavía muchas, muchas veces después puse en tela de juicio mi condición de poeta de verdad! No sólo habría permanecido inédito, repito, sino ni siquiera hubiese escrito jamás los poemas que escribí luego, pues he notado en varias ocasiones la necesidad de un rodrigón, de una incitación especial externa que me sirva de catalizador. Entonces lo fue él. Sin su fervor, reitero, tal vez yo nunca habría sido, al menos "oficialmente", poeta. Tras los primeros versos a los que di el "aprobado", me movió asimismo a seguir, el visto bueno del que yo consideraba maestro sin disputa: Agustín Acosta, quien escribió a su hermano una

carta crítica acerca de mis versos, para mí en extremo halagüeña, y luego, cuando ya me hube estrenado en letras de molde, me animó aún más al dedicarme, corría el año de 1924, un soneto, publicado después en *Social*, que decía:

*Tallet: clavo del cual Mefisto está
agarrado.
Uña de Dios clavada en la carne del
mundo.
Tu verso es un fastuoso encaje
desgarrado
y tu alma es hermana de la de
Segismundo.*

*Psiquis se está riendo bajo el eterno
olivo,
mientras tú su secreto dominio
desconciertas.
Como un Goya del verso, o como un
primitivo,
pintas mil cosas vivas sobre mil cosas
muertas.*

*Quien con largos mostachos diabólicos te
ha visto,
hace la cruz y dice: ¡Vade retro,
Mefisto...!
(Goethe está desconfiado, Marlowe tiene
su duda)*

*Mas yo sé que tu alma, ni escéptica ni
atea
ofrenda lirios blancos al Niño de Judea
y prende rosas rojas al hábito de Budha.*

Con este, para mí, espaldarazo definitivo, comencé a producir ya sin mucha intermitencia por algún tiempo. Nunca, desde luego, en torrente ni catarata. Entonces fue cuando decidí "romper con el pasado" y llevé a cabo el ya mencionado auto de fe de los versos viejos.

Los primeros poemas, que voy a llamar "serios", es decir, los primeros de cuantos habrían de integrar mi único libro, fueron "En el banco de la paciencia", "Psichozoomachia", "Y a pesar" y "Persistencia". Con el titulado "En el banco de la paciencia" debuté, en abril de 1923, en la prestigiosa revista *Social*, que acompañó el poema con una nota hartamente encomiástica. El mismo año, en la revista *Chic* apareció "Psichozoomachia" que empezaba: "Yo

soy un raro injerto de sapo y de paloma, / con algo de serpiente, con algo de león / un poco de libélula, un mucho de carnero, / cuatro pelos de gato y de cisne un pulmón"

Ya estaba poco menos que consagrado. En adelante seguí publicando con breves intervalos. Tenía la satisfacción de que se solicitaran mis versos, aunque espantaban a unos cuantos antañones, y el vetusto *Figaro* nunca me abrió sus puertas. Eran todos poemas subjetivos donde hacía con absoluta sinceridad la radiografía de mi psique o traducía al verso vivencias y estados de ánimo. De esas confesiones, que no son otra cosa, está llena *La semilla estéril* y en general toda mi producción poética. El que leyere mis versos conocerá bastante a fondo mi vida y mi pensamiento; lo conocerá a grandes rasgos, desde luego. No entiendo la poesía de otro modo. Sólo como ejercicio de versificación he compuesto poemas como "La rumba", del que hablaré después. En cuanto a esos ejercicios los he practicado de todas clases a través del tiempo, desde parodias, sátiras políticas, versos jocosos y de ocasión, traducciones y adaptaciones, hasta los alardes métricos, el disparate y la jitanjáfora. Ya tendremos ocasión de conocer pronto algo de esto. Por cierto que no pocos de los versos de aquella fecunda época los escribí en las oficinas del presidio el cual a la sazón se encontraba en el Castillo del Príncipe donde yo trabajaba de cajero auxiliar. Algunos en el tranvía en que bajaba de allí a La Habana, como el titulado "Avatares"; y otros en el cuarto alquilado por José Manuel Acosta en una casa de familia donde florecían dos preciosos pimpollos, dos chiquitillas estupendas, en el álbum de una de las cuales escribí unas estrofas. A ese cuarto solitario y tranquilo, pues Acosta estaba en su trabajo, iba a pasar las tardes, pues yo, empleado público, laboraba sólo hasta la una.

No tardarían mis versos en "cruzar el charco". Según testimonio de Chacón y Calvo al presentarme en un recital mío por radio, allá por el año 25, Oliverio Gironde había dado a conocer mis versos en España. Al llegar poco antes a Cuba este poeta

argentino leyó una composición mía en el mensuario *Chic*, quiso conocer otras y se llevó copia de ellas cuando marchó a la Península. Entonces, apunta Chacón, "comenzaron a circular por los corrillos literarios de Madrid versos inéditos del poeta cubano (...) Tallet fue una figura familiar para muchos espíritus selectos de España y América". El año siguiente, 1926, se publicó la *Antología de la poesía moderna en Cuba* de Lizaso y Fernández de Castro y figuré en un libro por vez primera. Después he figurado en muchos, pero habría motejado de loco a quien me hubiese vaticinado entonces que mi opaco nombre habría de aparecer, con razón o sin ella, no ya en historias de la literatura cubana e hispanoamericana, sino inclusive en manuales de la literatura universal como los de Esquerri y Millares Carlo y hasta en el tomito de pocas páginas de Javier Farías. Modesto, ¿eh?

Todo el que me conoce sabe que formé parte de los Trece, quienes protestaron las desvergüenzas del Gobierno el 18 de marzo de 1923, que fui miembro fundador de la Falange de Acción Cubana y, delegado de ella con Rubén Martínez Villena, además participé en el movimiento de Veteranos y Patriotas, también pertencí a las distintas ligas antimperialistas que en tres ocasiones se fundaron, muerta al nacer la segunda, y fui presidente de la Universidad Popular "José Martí" al oficializarse ésta en el Gobierno Provincial. El secretario era Rubén. Julio Antonio Mella, fundador y propulsor de aquella memorable institución, no quiso aparecer oficialmente en ella, pues ya estaba tildado de peligroso por los mandones de turno. Fui asimismo miembro del consejo de dirección de *Venezuela Libre*, su administrador permanente y en una ocasión su único director y, desde luego, miembro desde su inicio del Grupo Minorista.

Todas estas cosas sucedieron en los años de 1923, 24 y 25, precisamente mis años de más continuada producción poética. Y, como es natural, algunos de estos sucesos se reflejaron en mis versos. El fracaso del

movimiento veteranista en el cual vi por tierra nuestras más caras esperanzas de regeneración política, esperanzas que yo también había llegado a concebir, llevado a remolque del entusiasmo patriótico de Rubén, y el hecho de haber sido testigo de mayor excepción del depresivo eclipse de la actividad cívica del admirable y admirado adalid, poeta de altos quilates cuya "lírica escasa" tanto influiría en mi escasa lírica, me arrancaron los "Tercetos patrios", poema en el cual acaso fui injusto con nuestro pobre, engañado y esquilado y escamado pueblo, y donde proclamaba lo que tenía por sola esperanza de salvación para éste, e invitaba a Rubén a seguirme en ese mi sentir. Comenzaba así:

*¿A quién mejor que a ti, Rubén, mis
versos,
cuando a la patria contingentemente,
dedico yo mis líricos esfuerzos?
Dedicación a la que solamente,
indignado, me impulsa, a pesar mío,
la indignidad total de nuestra gente...*

Y terminaba diciendo:

*Un astro nuevo ha poco en el levante
ha surgido del fondo del abismo
y se acerca con paso de gigante.
Secuaces de un más amplio patriotismo,
busquemos presurosos su contagio
de luz, que mate nuestro pesimismo.
Ansiosamente el óptimo presagio
de su llegada aguarda mi congoja,
pues veo en nuestro cierto, inminente
naufragio,
como sola esperanza el alba roja.*

Estos versos se publicaron en *Venezuela Libre* en 1925.

Pero indisciplinado, anarquizante de por mí, en aquella aurora no veía lo constructivo posible sino sólo el exterminio de lo caduco, de lo manido, contra lo cual me alzaba en proclama estruendosamente subversiva publicada en una revista estudiantil y dedicada a Julio Antonio Mella. Es la que se titula "Exhortación al iconoclasta" y empieza de esta manera:

*¡Iconoclasta!
Ya llegó la hora de aullar con aullido
siniestro
que espante los ánimos hasta
las reconditeces más ocultas: "¡Basta!*

¡No más padre, ni dios ni maestro!

*Ya llegó la hora de crispar la mano
y empuñar el hacha con nervioso a un
tiempo que exultante gesto,
y olvidar que eres humano del género*

*humano
si quieres,*

*en cada viviente, mañana, despierto, tener
un hermano.*

El truculento poema va *in crescendo* hasta esta sanguinolenta incitación:

*¡Socava, derrumba, rasga, despedaza,
aniquila, rompe, desmorona, arrasa,
siembra en torno tuyo la desolación!*

*¡Pulveriza, aplasta, fulmina, tritura,
mata, quema, corta, desgarrar, tortura,
tu implacable lema sea "destrucción"!
¡Destrucción! ¡Que este grito se escuche
muy lejos, muy lejos...*

*en montes, en ríos, en mares, en selvas, en
llanos,
proclamando que al cabo el ocaso llegó
de lo viejo,
que cayeron los falsos mentores, los
ídolos vanos!*

Y culmina con este alocado final:

*Al fin el instante
vendrá en que no quede cosa destruible
ya por destruir.*

*Entonces elige la pila más alta de
escombros*

*y trepando a su cima humeante
colma los asombros
del orbe,*

*con reto insultante
retando -¡sublime y absurdo rebelde!- a*

*las impasibles
remotas estrellas,
que ellas*

*sabrán por tu reto de loco que abriste la
puerta de lo
porvenir*

Y finando tu bella y simbólica pretensión
insana

*al universo, de júbilo extático
hará ensordecen,
un grito de triunfo que corta los aires
enfático.*

*¡El grito que anuncia que al primer
destello del alba triunfal del mañana,
huyó para siempre el ruín y podrido y
decrépito y sórdido ayer!*

Compuse poco después un poema cívico de ocasión, titulado "Por Venezuela libre", por el país hermano que bajo la pezuña del Bisonte Gómez agonizaba. Era en forma de epístola a José Rafael Pocaterra, y éste me contestó en sentidos y bellísimos versos. Se publicó en *Venezuela Libre*.

Pero no todos los de esa índole están escritos en el mismo diapason. El virus del escepticismo, congénito acaso en mí, hacia de las tuyas. Casado ya con una hermana de Rubén, apartado por entonces de las actividades de antaño, son de esos tiempos (después del 28) "El equilibrista", "Simpatizantes" y el poema, derrotista si los hay, denominado "Vuelo austral de águilas", hijo sin duda de algún momento de flaqueza civil inexcusable.

Cuando di forma, después de 1939, a *La semilla estéril*, la dividí en partes significativas con temáticas afin cada una. Se titula una de ellas "Los trillos inevitables". Como por suerte o desgracia he vivido, lo he dicho en versos también, buena parte de mi vida bajo el signo de Venus, tuvieron que ser estos trillos los primeros que recorrieron mis estancias como ya señalé. Al darles cabida en mi obra a las que al fin, en mi concepto, lo merecían, no hice más que recoger en ellas ocurrencias inolvidables que más o menos han ejercido perdurable influjo en mi personal devenir. El más antiguo de los poemas que corresponden a esa sección es "Persistencia" el cual principia así:

*¡Por qué, contra mi deseo,
esa persistencia contumaz del recuerdo
de una hora crepuscular de febrero
en que, débil criatura,
salida de entre faldas de mujeres y curas,
me amarraron tus ojos
(claro está que negros)
a la recua de los enamorados bobos.*

Luego prefigura la existencia venidera del poeta y su amada.

No es sino el catártico, no quiero llamarle la triaca, para librarme de la lejana y pertinaz obsesión de un amor a primera vista cuya pujanza duró años y años. Mas el vaticinio

que aventuré en ese poema no se cumplió: ni la dama tuvo hijos a quienes quitarles el churre, ni el marido queridas en cuya casa dormir la siesta ni el poeta se murió joven.

Hay en "Los trillos inevitables" desde la exaltación erótica y la nostalgia de lo que fue y no será más hasta el arrepentimiento por canalladas imperdonables pero generosamente indulgidas, más que por la fuerza suasoria de razonamientos explicativos y humilde acto de contrición, por la voluntad de perdonar que un hondo afecto conlleva. Y los hay después, los últimos versos escritos para mi libro, de aflicción profunda por la pérdida irreparable que vuelve al poeta a la realidad, bajándolo de las nubes.

La etapa de los años finales de la década del 30 y los primeros de la del 40 culminan con la "Elegía diferente" a Carlos Riera, poema que pudiéramos llamar paradigma del género, o lo que sea, de poesía que he cultivado y que me ha clasificado, poesía que si a unos disgustó (hace tiempo hubo entendidos que la tildaron de anecdótica o afirmaron que aquello no era poesía) a otros sin duda gustó y gusta y con ellos, como afirmé en versos dedicados a Enrique Serpa, aunque no fueran más de cuatro, me doy por contento. En ese poema y en el rotulado "Arte poética", dedicado a José Antonio Fernández de Castro, está mi credo lírico o gran parte de él. Por cierto que, al publicarse por la Dirección de Cultura *La semilla estéril*, tuve que cambiar en esa última composición el lenguaje crudo, indecente para muchos, que empleaba en una de sus estrofas y en un verso de otra. La estrofa quedó así:

*Hay poesía en un buen par de aquesas,
hay poesía en un buen par de aquestas,
y hay mucha poesía entre esa y esa.*

Y el verso ahora reza: "Hay poesía en la rumba del esqueleto". No sé si los lectores se habrán percatado de lo que originalmente decían esas líneas.

La nostalgia de los tiempos de fe sincera e inocente resuena en "Oración" y en "Fax

religiosa". La transformación anímica se advierte a través de la indiferencia, de la frialdad que asoma en "Remembranzas", el poema dedicado a José Manuel Acosta, rememorando nuestros tiempos de escolares, hasta llegar al agnosticismo final de

*"¿Quién sabe?" que acaba diciendo:
Una campana repica: "la vida";
otra campana repica: "el Amor";
y otra campana retumba: "¡No!"*

De esos últimos años de la mentada etapa son también poemas sentimentales con freno, como "Menuda vieja" y algunos en que apunta la obsesión de la muerte, que no ha de dejarme ya cuando tras muchos años torne a liroforear. Ejemplos: "Una interrogación" ("¿Por dónde empezaráis, gusanos?") y "Ella". Por su parte los posteriores "El sol morirá" y "Tarde o temprano" continúan exteriorizando la misma preocupación que, como acabo de aseverar, retomará cuando haga versos de nuevo. Siempre el amor y la muerte de la mano. ¡Oh, Schopenhauer! El amor de muchas layas, claro está, que no de una sola.

El año de 1928 nació mi hijo a quien presentí en un poema que lleva un título en latín. Y ese mismo año escribí "La rumba" como mero ejercicio, sin ánimo de publicarla siquiera (dista tanto de mi *manera* habitual), pero es el caso que unos amigos, Enrique de la Osa y Pancho Masiques, que editaban la revista *Atuei*, sin "h", prácticamente me arrebataron el poema con la complejidad del difunto Orosmán Viamonte, y lo publicaran en su revista; y sin comerlo ni beberlo ni pretenderlo vine a figurar como uno de los pioneros de la poesía afrocubana. En 1932 Berta Singerman volvió a Cuba en los días en que, a petición de amigos republicué "La rumba" en *El Mundo*. La leyó la famosa recitadora, y quiso ponerla en su repertorio; la llevamos a un solar de la esquina de Toyo para que se ambientara viendo bailar la auténtica rumba y la estrenó en el Teatro de la Comedia con ovación delirante y salida a escena del autor. Y al darla a conocer en

toda la América y aun en España, héteme aquí que muchos me tuvieran por cultivador asiduo del género y no otra cosa. Un poema tan ajeno a quien ni siquiera sabe bailar, aunque si siente la rumba en su sangre rellolla, no sólo mereció un detallado estudio de don Fernando Ortiz, sino que en él se inspiró el malogrado García Caturla para componer su poema sinfónico del mismo título, como me lo escribió en una detallada carta, y como lo afirma el maestro Ardévol en reciente libro en el cual recoge, entre otros trabajos propios, uno sobre el tristemente desaparecido músico. Por otra parte, los de "La rumba" fueron los únicos versos de *La semilla estéril* que me produjeron plata. La Singerman los recitó en una película que hizo en Hollywood y la Fox me pagó por el consiguiente permiso. Y para suerte mía en los momentos en que, en el periódico *Ahora*, me estaba comiendo un cable. Parte del dinero lo empleé en arrendar por la temporada (de junio a octubre) una casa en la playa de Santa Fe, ¡por sólo sesenta pesos! Era el turbulento año 1934. Más tarde la Asociación de Autores de la Argentina me mandó ochenta y siete dólares, importe de las pequeñas sumas que la ley obligaba a la artista a cotizar en favor del autor cada vez que recitaba mi poema.

Inclusive se tradujo "La rumba" a idiomas extranjeros. En 1957 recibí de Munich un libro en alemán, titulado *Rumba Macumba*. Eran traducciones a esa lengua, hechas por un señor llamado Hanheinz Jahn. Me han dicho personas que conocen bien el tudesco que conserva el ritmo. Y en un libro de Arturo Torres Rioseco, que trata, en inglés, de poesía hispanoamericana se cita una traducción de "La rumba", en este idioma, por un tal Joseph Leonard Gaucci, y se reproducen los doce primeros versos de tal versión, que por cierto no me gustan nada.

Mi otra composición afrocubana, "Negro ripiera", fue escrita exclusivamente también para propio solaz y el de algunos amigos. Quise probarme que era capaz de componer unos versos negros con cierto matiz social. Mis buenos amigos Ángel

Augier y Alfredo del Valle lo quisieron para sus respectivas revistas *Mediodía e Índice*, donde vio la luz, y Guirao se empeñó en insertarlo en su célebre antología *Orbita de la poesía afrocubana* y de paso en cambiarle el título por el de "Quintín Barahona". También el "Negro ripiera" viajó a tierras de extranjería y un día me mandó a buscar a su despacho Félix Lizaso para mostrarme un boletín de no sé cual universidad norteamericana en que un crítico afirmaba que la tal poesía no podía faltar en ninguna antología de esa clase de versos. ¡Las cosas que pasan!

Ya tendré oportunidad de volver sobre el tema si con mi cháchara no estoy abusando de la benevolencia de ustedes por no decir apurándoles la paciencia.

Con la caída de Machado se abre otra etapa en mi historia poética, llamémosla así. Pude publicar en nuestro revolucionario periódico *Ahora*, "donde un grupo viril bebe y protesta", como dijera Regino Pedroso en jocosos versos a mí dedicados y que contesté oportunamente con otros (los de él y los míos eran sendas parodias de los *Últimos instantes* que cantara Agustín Acosta), pude publicar, repito, "El poema de la ciudad letárgica", mi natal Matanzas, evocación de un recorrido que en los últimos tiempos del machadato hice por ella en compañía de mi *alter ego* Llamés. Contenía aquel canto una alusión al general-presidente que lo hacía impublicable entonces. Y de 1934 es "La balada del pan", compuesta para recitarla, como lo hice, en el IV Congreso Obrero, celebrado en enero de ese año en La Habana. Pero hasta después de la huelga de marzo de 1935 mi producción fue de otro carácter muy distinto del que hasta aquella época tuvo. En nuestro periódico, de oposición a ultranza al gobierno apañado por Caffery, fundé una sección en verso: sátiras políticas, originales o parodias de poesías bien conocidas, como la "Sonatina" de Darío. De leerles alguna es probable que muchos de los presentes, por jóvenes, no captarían bien la intención, por desconocer los incidentes y a los personajes aludidos,

acaso la mayoría muerta ya, razón de más para no andar pregonando sus errores por aquello de que *De mortuis nil nisi bonum*.

Mis veleidades consuetudinarias de impenitente faldero dieron lugar a poemas de ocasión de los que ni copia guardé; y por ese entonces la musa traviesa (¿traviesa no más?) me inspiró, quiero confesarlo todo, una obscena parodia de "El dulce milagro" de la Ibarbourou, que corrió por los círculos periodísticos y hasta intelectuales y fue regocijo de "la grey estudiantil" en las aulas del Instituto.

Era respuesta a lo molido que nos tenía la caterva de recitadoras que imitaban a la Singerman y de quienes era el tal "Milagro" número inmanejable de su repertorio. Compuse asimismo por los mismos días ocho clásicos sonetos, muy bien pensados y muy bien hechos, a la manera del Aretino. Pero lejos de mí la intención de leerles no uno solo porque son inestampables, como lo son las folklóricas "Décimas verdes" y otras cosuelas que no tendrían lugar sino en alguna antología de un Feijóo, o, con los sonetos, en el infiernillo de alguna biblioteca más bien privada.

La huelga de marzo de 1935 y el cierre por los poderes públicos de nuestro combativo diario coincidieron con un suceso íntimo que puso a mi vida privada a dos dedos del fracaso por haberme tentado "el demonio del mediodía". Se conjugó, para deprimirme más, con la frustración de las ilusiones de redención patria que otra vez nos habíamos forjado. Tardé muchos meses en lograr por fin salvarme en tablitas del naufragio que me amenazaba. De esos tiempos son las "Estrofas azules", publicadas en la antología de la poesía cubana que preparó en 1936 Juan Ramón Jiménez. Son versos desolados que, como algunos otros, se apartan bastante de mi estilo habitual.

Pero bien vistos, pertenecen a otra vena que se advierte entreverada con la que ha hecho me encasillen en la llamada antipoesía. Y del año que sigue, el 37, son el ya

mencionado "Negro ripiera" y alguna otra composición, perteneciente, como las "Estrofas azules" a "Los trillos inevitables". Así como años antes, en plena juventud, en "Tristitia caducitatis" exhalé el lamento: "¡Qué triste debe ser llegar a viejo!", ahora, en un poema con el prosaico título de "Perro huevero", en plena madurez, sin amargura, que comenzaba a emplatecer, "parecía una llama", según decíame una que me quiso mucho. Ya no tenía la mosca y los largos mostachos, que hicieron que Agustín me comparase a Mefisto y arrebataron un día al pintor Carlos Enríquez. Pero no me rendía y acababa afirmando: "Sin embargo / todavía me pincho los dedos, / inquietos, ávidos, rapaces, / con las espinas que están ocultas / entre las hojas de los rosales". Y exclamaba como colofón: "¡Y me los pincharé por largo rato!". Como así fue.

Esta voluntad de no rendirme, que contrasta con el desaliento que rezuman otros poemas, puede advertirse en varios de ellos, antiguos y modernos, desde las estrofas de "Savoir vivre" y el arrogante "Un rugido", hasta más de dos de años recientes, posteriores a mi libro, entre ellos el rotulado "Balance" que quisiera leerles cuando hable de él, si tenemos tiempo. Puestos al lado de otros muchos destacan la contradicción que es patrimonio del alma humana, pocas veces enteriza.

De ese mismo período es "Proclama", confesión explícita, honrada, si no menos dolorosa. Tal vez de no ser como soy, sin variación posible, hubiera preferido pasar por lo que no soy y cosechar con insinceras afirmaciones aplausos en el fondo inmerecidos, pero en ése, como en otros muchos poemas quise mostrarme, en todos los aspectos de la vida, tal cual soy en realidad, a costa de lo que fuere. Reitero que quien se tome el trabajo de leer mis versos me conocerá si no hasta el fondo, hasta cerca de él. Ahí queda la "Proclama", y yo en ella.

Y llegó el para mí terrible año 38. Enviudé en noviembre. Del año siguiente son los

últimos versos que entraron en *La semilla estéril*: "Memento", compuesto de dos partes: tres estrofas de tres versos y un soneto que, titulado "El esfuerzo", canción nihilista, completo ya, pasó a la gaveta.

Después, no más versos durante más de una década. Novedades a tutiplén; éxitos, fracasos, aventuras que no vienen al caso; nuevo matrimonio, nueva paternidad, divorcio casi inmediato por idiosincrasias incompatibles y luengos años de nueva soltería, pero esta vez no del barbilindo de antaño sino de medio tiempo cujeado, supuestamente machucho, pero con la misma alma infantil de siempre, que se negaba tercamente a revejecer. Labor intelectual: la del periodista, la del traductor, la del profesor de historia. Pero estos años de esterilidad poética aportaron experiencias de honda huella que dieron pie para poemas ulteriores. Mas había de transcurrir mucho tiempo antes de que se escribieran.

El año 44, por única vez en mi vida, fui jurado en incontables ocasiones, nunca concurrente, extraje mi libro de su temporánea sepultura y lo presenté a un certamen convocado por un ministro para otorgar el premio "Bonifacio Byrne" al mejor libro de poesía: el premio se adjudicó a *La semilla estéril*. Pero he aquí que otro aspirante, y no precisamente el que quedó en segundo lugar, impugnó el veredicto del jurado ilustre, fundándose en una cláusula de las bases, según la cual era condición que el libro fuese inédito.

Si bien no pocos poemas de *La semilla...* habían sido publicados, otros no, y mucho menos el libro que, como tal, era inédito. No valió la defensa fogosa realizada por dos de los cinco miembros del tribunal: Regino Pedroso y Arturo Doreste. El resto se "encasquilló" y, como era la mayoría, se revocó el fallo, aduciéndose para ello la famosa y, en mi caso, discutible clausulilla. No recibí, pues, el galardón que montaba a cuatrocientos pesos con los cuales yo pensaba publicar la malhadada *Semilla...* más estéril que nunca, y ésta volvió a la

gaveta. Mi única satisfacción fue saber que en el acto de entrega del premio, el presidente del jurado, mi excelente amigo el poeta Doreste, hizo constar que era mi libro el merecedor del jugoso lauro que se daba al ocupante del segundo puesto, por aquel discutible impedimento con el cual no estaba conforme. Tampoco lo estuvo el ministro convocador, Sosa de Quesada, quien censuró la marcha atrás de la mayoría del jurado. Quedé puesto y convidado a meterme otra vez en tales camisones de once varas.

Fueron cayendo una tras otra las hojas del almanaque durante varios años más. Allá por el 50 compuse unos poemitas como para álbumes, la confesión de un pensamiento secreto oculta en un enrevesado acróstico y dos poesías escritas como en juego para demostrarle a mi hijo que también me era posible hacer versos agradables pero nada obvios. Pasaron asimismo a la gaveta, y hétenos que mucho años después los leyó mi antiguo amigo Samuel Feijóo y los publicó en la revista *Islas*. Un amigo suyo, literato rumano, le pidió permiso para traducirlos a su idioma, y uno de ellos fue reproducido no hace tanto en la revista *Unión*, es el que se titula "Charada" y dice:

*Eran cuatro caballos y los cuatro de lana,
eran cuatro caballos debajo de la cama...*

*En el zurrón llevaba las alas un pastor,
en el zurrón llevaba las alas y eran dos.
Saltaba por el campo un grillo malojero,
saltaba por el campo en zancos
verdinegros.*

*En el cielo reía una nube comadre,
en el cielo reía con una boca grande.*

*El viento zalamero montaba en una
palma,
el viento zalamero ocultando la cara.*

*En un reloj de cuco se asomó el pajarito,
en un reloj de cuco, y una estrofa en el
pico.*

*La esquila de una cabra repicó en el
ocaso,
la esquila de una cabra con cabrioleo
raro.*

*Y un granito de arena se paseó por mis
ojos, un granito de arena con un látigo
roto.*

¿Qué les parece a ustedes? Un caso semejante al de "La rumba" y al de "Negro ripiera". Pero ya yo estaba curado de espantos y no me asombré en demasía.

Un *confiteor*: en la época de total eclipse poético en que no creí haría más versos de verdad, cuando fui asesor del comercial programa radial *La bolsa del saber* llegué al extremo de mercantilizar mi musa o lo que es lo mismo, prostituirla: tuve la avilantez de vender, a peso cada una, cincuenta décimas anunciando las sal de uvas Picot. Mea culpa, mea máxima culpa.

El año 51 se distinguió para mí por dos acontecimientos notables: el primero en orden cronológico fue la publicación de *La semilla estéril*. Ocupaba mi fraterno amigo Raúl Roa la dirección de Cultura del Ministerio de Educación y, entre los libros que editó su dependencia quiso que se contase *La semilla estéril*. La edición fue distribuida gratuitamente por Cultura. A mí se me entregó buen golpe de ejemplares para repartir, dedicados, entre mis amistades y colegas de las letras y el periodismo. Por cierto que algún ejemplar de esos pude adquirir más tarde en librería de viejo, con la dedicatoria y sin abrir, es decir, tal y como salió de la imprenta. Cuando intelectuales no se tomaban el trabajo de echar una ojeada siquiera fuese a unas cuantas páginas, ¿qué se podía esperar del público en general, cuyas aficiones líricas, si las tenía, se inclinaban a la mermelada sentimental oide o erótica de versificadores más o menos diestros y más que menos crematísticamente utilitarios? Muchos de los ejemplares distribuidos por la Dirección de Cultura pesqué en las librerías de segunda mano para regalarlos a los que se interesaban por el libro, gratis, desde luego, no sé si para leerlo o para guardarlo en su biblioteca. Del público que compraba libros poco, en efecto, podía esperar, como me lo demostró la segunda edición de 500 ejemplares que, con mejor

papel y corregidas las erratas de imprenta de la primera, me hizo para la venta la liberalidad del editor de aquella, Belmonte. Llevamos ejemplares a las librerías y en el almacén de las más debió quedar la mayor parte, porque sólo el honesto librero Zimmerman me liquidó espontáneamente, al cabo de largos años, los ocho ejemplares que logró vender. En aquella época eran sin duda mucho menos que hoy los que se interesaban en la poesía. Quizá de esto sepan algo Cintio Vitier y su esposa Fina García Marruz quienes ese mismo año publicaron sus respectivos libros de versos *Conjeturas* y *Las miradas perdidas*. También ese año se otorgó el Premio Nacional de Poesía al libro de Emilio Ballagas *Cielo en rehenes* que permanecía inédito a la muerte de ese gran poeta. En cuanto a la segunda edición de *La semilla estéril* quedaba aún buen número de ejemplares en la casa editora a su extinción. No sé qué fue de ellos. A lo mejor pararon en la Papelera Nacional.

La acogida de la crítica a *La semilla estéril* fue por todos conceptos para mí sumamente halagüeña. Las del patio, si unas superficiales, otras ahondaban más en la obra, como había de hacerlo años después en *Lo cubano en la poesía* Cintio Vitier. Por cierto que una comisión organizada por Augier festejó la aparición del libro con un banquete en la Asociación de Reporters. Especial y sorpresivamente satisfactorias fueron dos notas bibliográficas realizadas por dos escritores extranjeros que ni de mi existencia tenían noticia, y a quienes en sus remotas patrias llegaron sendos ejemplares de *La semilla...* Una de ellas era del profesor chileno Fidel Coloma González, quien hoy, según casuales informes recientes, enseña en una universidad norteamericana. Le dedicó a mi libro cinco páginas en un número de la revista *Atenea*, que puso en mis manos mi gran amigo Labrador Ruiz. Hacía en ellas Coloma González un, en mi concepto, penetrante análisis del libro, con un saldo asaz favorable para el desconocido y lejano autor, según él "desesperadamente valiente

para autocondenarse, y también para expresar su esperanza de redención". La otra nota fue publicada en *Libros de Hoy*, revista de Buenos Aires. La firmaba un ignoto Far, y, aunque bastante más breve, se advertía que también él había leído a fondo y meditado la lectura. Era igualmente encomiástica y acaso exagerase algunas de sus apreciaciones. "Es, decía refiriéndose al autor del libro que criticaba, un revolucionario integral que, como el Mirabeau de *Les Mauvais Bergeres*, previene contra los propios revolucionarios carentes de la conciencia del derecho individual y colectivo".

Y concluía con estas palabras: "La obra de Tallet es muy útil, pues, como enseña y motivo de meditación en nuestros días, aunque se pertenezca a otro mundo estético, social, filosófico; por mucho que se esté en las antípodas, leerle es un deleite de espíritus superiores". Algunas de esas críticas, reconociendo el desdén del poeta por la retórica, no daban de lado a "los elementos técnicos, el instrumento expresivo", de que aquel se valía y le atribuían "un dominio absoluto del metro y la rima asonantada" que, efectivamente, es mi predilecta. Me hallaban, cito sus palabras, "enorme capacidad rítmica y extraordinaria capacidad de comunicación sentimental". ¡Ojalá por lo menos esto último fuese cierto! Con tales alabanzas de fuera, sumadas a las de dentro, llegué a persuadirme al cabo de que, en efecto, era poeta y no malo. Y eso, cuando ya casi era un recuerdo la obra que con tanto retraso veía la luz.

El otro acontecimiento que antes de producirse y poco después fue móvil de unos cuantos poemas entre los que destaca el soneto titulado "La estrella de la tarde", fue mi tercer matrimonio, naturalmente con mujer joven que antes de rendirse provocó en mí el temor de no alcanzar la deseada meta, temor y desconsuelo que hube de expresar en otro de los citados poemas, titulado "Si..." (el *si* condicional, desde luego). Pero cayó la plaza y es ella la que después de casi cuatro lustros sigue

acompañándome y soportándome con más o menos paciencia.

Al comenzar una nueva vida, después de mi segunda dilatada y tumultuosa soltería, o mejor, pseudosoltería, publicado ya lo que estimaba que de mi producción valía la pena recoger y perpetuar si era posible, se apagó lo que otrora se llamaba el numen y creí terminada para siempre mi carrera poética. Decursó casi década y y media. Figuraba en numerosas antologías. Vitier, Feijóo, Loló de la Torriente, Bueno, trataron de mi obra y hasta de mi persona con diversos motivos. Pero lo único que en verso había producido desde el año 51, corría ya el 65, era esa otra parodia de Herrera Reissig a la que aludí al principio: esta vez los versos parodiados eran los de la "Tertulia lunática", el delirante decimario del gran poeta de la Banda Oriental. Es el caso que yo trabajaba en *El Mundo* por la tercera vez en mi vida, y allí laboraba también Angelito Augier. Un día que charlábamos en la redacción se suscitó el tema de los versos disparatados, aunque de factura correcta.

Días después caí enfermo con fiebre alta. A mí la fiebre alta suele excitarme en vez de postrarme; y con 39 grados, en la alta noche se me ocurrió la citada parodia que intitulé "Parola vesánica": un farrago de décimas descabelladas, de las que no voy a leerles más que unas pocas como muestra porque, amén de ser el mío, como el poema parodiado, muy largo, contiene décimas que, si le dan salsa al engendro, es ésta demasiado picante y pudiera ofender a no pocos paladares. La parodia comenzaba con un prefacio explicativo, luego seguía de esta manera:

*Noche de ronda fañuca
y de heterodoxos bretes,
noche de los peperetes,
lóbrega noche calmuca.
Escolopendra cayuca
repta gotosa y senil,
y la viuda de un mandril
patidifuso y sarniento
delira con triste acento:
"Sale el toro del toril".
Hispida noche impoluta,*

*noche de Tegucigalpa
en que canta el grillotalpa
su ancianoblepsia absoluta.
Herodótica e hirsuta
depone sus hieroglíficos,
y caramelos melíficos
mendiga intonso y alergio,
un desvencijado Sergio
con sus tropos estratíficos.*

Repito que fueron los únicos versos nuevos desde hacía cerca de quince años, y como ustedes ven, no más que una mera diversión para hacer reír a los íntimos. Bufonería si se quiere.

Pero una tarde, en la propia redacción de *El Mundo*, José Lorenzo Fuentes me presentó a los jóvenes escritores Helio Orovio y Félix Contreras, quienes me dieron visibles muestras de su cálido interés en mi obra que, para asombro mío, conocían a fondo. Me visitaron, llevando con ellos a otros valores de la nueva generación.

Conversamos largamente. Les recité las extravagantes décimas. Seguimos en contacto. Mi nombre se leyó en las páginas de su órgano *El Caimán Barbudo*. Vinieron a casa más jóvenes de ambos sexos y comprendí que no era sino un poeta en receso. El acicate que significó la adhesión de aquellos jóvenes, despertó al poeta que dormía.

Y éste dio rienda suelta a su latente, llamémosla con el manoseado nombre de "inspiración" por falta de otro más expresivo.

Volví "a purgarme el alma con mi lirismo chabacano". Y se repitió más o menos o sin menos y más, la misma temática que en *La semilla estéril*: los trillos inevitables, la obsesión del final, ahora mucho más cercano, la preocupación por la senescencia. Reiteración de los temas. Tan así es que me habría gustado publicar una nueva edición de *La semilla estéril* aumentada, como hacía con sus *Leaves of grass* el caudaloso e inmenso Whitman. En ella hubiera añadido los poemas posteriores a 1939, intercalando cada uno en la división correspondiente. Ninguno de los nuevos dejaría de caber en una de ellas. Reiteración

de los temas. Yo había dicho hacía más de 40 años: "¡Qué triste debe ser llegar a viejo!" y ahora sabía lo que era la caducidad y cantaba sus achaques en un poema que titulé "Varón de dolores". Hace más de 40 años había preguntado: "¿Por dónde empezareis, gusanos?" y ahora lanzaba al aire otra interrogación: "¿Estoy al guardar el carro? ¿Ya?" Pero sabía asimismo que la senectud puede no ser tan fea, que, como insinué hace medio siglo son bellos también los ocasos y que el canto del manisero no es tan terrible si, como yo, se tiene por lema lo que sentenció una vez André Maurois: "Lo importante no es morir sino vivir hasta el final".

Los primeros poemas de esta postrera hornada que publiqué en la revista *Unión* fueron tres: El antes mencionado "¿Ya?", otro rotulado "Era y no era", expresión de una duda con esperanzas, y "Omega", remate de unos cuantos que recordaban una vieja andanza amorosa, entre ellos una extensa y apasionada salmodia erótica, que acaso nunca vea la luz en letras de imprenta, pues puede que para otros no valga la pena, si bien expresa al pie de la letra lo sentido con efusión en un momento de mi vida. El mismo pertinaz asunto, más atenuado, se reitera en "La Venus de Cranah" y "Vocavi et renuisti", evocaciones de dos aventuras sentimentales pretéritas. Después, breve pausa hasta que vino a echar combustible al fuego que amenazaba extinguirse de nuevo, ese monstruo de entusiasmo, mi admirado amigo, el sagaz y diligente Samuel Feijóo, a quien mostré ¡qué escándalo para los griegos devotos, de la época ingenua de la Hélade! Le esbocé igualmente mi deseo de componer un largo poema en que pasaría revista a mi vida. "¡Adelante! Quiero ése y cuantos tengas, que voy a publicarlos todos", conminóme con perentorio acento, que fue un aguijonazo, un nuevo incentivo. En efecto, me puse presto a la tarea y a poco quedaba listo el "Balance", un sincero recuento de mi vida entera, sin ocultar nada, y una especie de profesión de fe.

"Balance", con otras composiciones antiguas y modernas, fue publicado por

Feijóo en su *Panorama de la poesía moderna cubana*. Después vinieron en rápida sucesión, la hornada fue abundante, el soneto "Relapso" y "¿Por qué?", poesía en que quise emular modestamente a Francis Jammes, a Unamuno, a Urbina, y canté a mis leales perritas, convencido por experiencia de que no fue un exabrupto el conocido dicho que se atribuye a tanta gente célebre. A estos dos poemas, ya publicados, siguieron varios aún inéditos: el ya mentado "Varón de dolores"; el críptico "Era verde la mosca"; "Ayer y hoy", contrapunteo de dos estilos de vida; el pesimista "Niño que llora", el angustioso "¿Hay que decir adiós?" y dos que dejan entrever un rayo de esperanza; "Asciende" y "La dama verde", que puede decirse traducen el otro lema que también hago mío y que fuera el de Rafael María Merchán: *Dum spiro spero*.

Buen número de esos poemas aparecerán en la *Órbita de Tallet* la cual, por encargo de la UNEAC ha preparado con prólogo suyo Helio Orovio y que se me anuncia está a punto de salir de las prensas.

Se republica en ella todo el material de *La semilla estéril* y, como dije, muchos de los versos posteriores a 1939. Y también unas cuantas prosas, que si alguna miga tienen es muy poca, pues nunca me precié de prosista (lamentando siempre no serlo bueno) ni cultivé esa manera de decir si no fue generalmente en la cotidiana improvisación de los diarios. Son casi todas las que volverán ahora a ver la luz, artículos para la prensa periódica, escritos bajo el imperativo del apremiante cierre, o por encargo a fecha fija.

Su valor, si alguno tuvieran, sería como documentos; por lo que dicen y no cómo lo dicen. Y no me censuren porque me ponga el parche antes que salga el grano.

En los intervalos entre parto y parto de hijos propios, se me ocurrió leer una antología compuesta de más de cien poemas del gran lírico chino del siglo VIII, Tu Fu, traducidas al inglés por un poeta neozelandés que ha

residido más de treinta años en China. El libro me lo trajo de Pekin, Regino Pedroso. Me sedujeron aquellos viejos versos del contemporáneo y amigo de Li Po y retraduje lo mejor que pude unas 50 de esas composiciones. Acompañé la colección de un prefacio de unas diez cuartillas sobre la vida y la obra de Tu Fu, pensando en la posibilidad de darlos a conocer en una conferencia-recital. Pero el rapaz Feijóo siempre a la caza de material para su revista, se apoderó de ellos así como de otras traducciones de poesías amorosas de diversos países orientales y de épocas diferentes que también me entretuve en trasladar al español. No dudo que verán la luz algún día.

Perdónenme ustedes también esta larga tabarra que ya se extiende en demasía. Después de la tal perorata y lo en ella expuesto e ilustrado con ejemplos líricos, creo que, puestos a votar, la mayoría me otorgaría el título de portulaca, si no con nota de sobresaliente tal vez con la de aprovechado, aunque fuera por un punto. Sí, he vuelto a creer que lo soy por supuesto, un hombre como otro cualquiera y además poeta, como dijo una vez un amigo mío que es poeta magno. Únicamente así; nada de poeta nada más. Hombre común y corriente y por añadidura vate, sí, vate, adivino, como tal sin deponer ninguna de las prerrogativas que, según Marx, tienen los poetas. Marx, dice Mehring "entendía que los poetas eran seres de excepción a quienes había que dejar marchar libremente por la vida, y que no se les podía medir por el mismo rasero de los otros hombres; no había más remedio que mimarlos un poco...". Poeta. Vate. Convenido. Ahora que de ahí a que sea un gran poeta como algunos magnánimos entusiastas hiperbólicamente han afirmado, media un buen trecho. Agradezco la buena voluntad de esos adictos, pero a mí mismo, y no es falsa modestia, no me convencen.

El futuro se encargará de pronunciar la última palabra y colocarme en el sitio que me corresponde. Entretanto, como dije en cierta ocasión hace más de treinta años, a mí

me basta con despertar en la mayoría de quienes lean o escuchen mis versos las emociones que experimenté yo al escribirlas, lo cual para complacencia mía, ha venido sucediendo hasta ahora en no exiguo número de espíritus escogidos, a pesar de lo chabacano de mi lirismo.

*Conferencia pronunciada en la Biblioteca Nacional José Martí el 17 de marzo de 1969, y publicada en: Tallet, José Z. *Poesía y prosa*. La Habana : Edit. Letras Cubanas, 1979. pp. 398-428..



**Exposiciones
bibliográficas
del fondo
de la Biblioteca
Nacional José Martí,
muestras de la obra
de artistas plásticos
de Cuba y el mundo
pueden verse
en el vestíbulo y en
la galería de nuestra
Institución**



La vida pública y secreta de Encarnación de Varona (3ra. parte)

Modesto González Sedeño



Las experiencias que vivió la camagüeyana Encarnación de Varona, nacida en 1835 y fallecida en 1888, constituyen un testimonio de los sucesos acaecidos a partir de 1851 hasta el periodo posterior al fin de la Guerra de los Diez Años. Para facilitar la lectura y comprensión del relato Modesto González Sedeño intercaló narraciones ajustadas a los momentos históricos expuestos, y por ello ha utilizado una tipografía diferente a la de los textos de doña Encarnación.

Las partes publicadas con anterioridad pueden encontrarse en los números 1 y 2 de 1990 de esta Revista. A partir de esta entrega continuará la amena e instructiva historia del Camagüey de finales del siglo XIX.

PUERTO PRÍNCIPE. DEL 4 AL 30 DE
NOVIEMBRE DE 1868

Don Francisco de Arredondo y Miranda se levantó temprano en la madrugada del día cuatro a las siete de la mañana ya va camino de las Clavellinas, junto con otros cinco patriotas. De allí siguen para el ingenio El Cercado, adonde llegan a las once y media de la mañana. En el lugar se concentran 76

ciudadanos dispuestos a iniciar las hostilidades contra España. Eduardo Agramonte y Piña procede a organizar militarmente a aquella fuerza, se elige al ciudadano Jerónimo Boza jefe superior, así como a los ciudadanos de los siete grupos en los que se dividió la fuerza reunida. Arredondo asume las funciones de segundo ayudante, secretario del jefe superior. En imponente acto juran obediencia los patriotas y juran primero morir antes que abandonar la causa de la independencia. Los vivos a Cuba Libre, a Carlos Manuel de Céspedes y al Camagüey, atronan el espacio. En medio de aquel grupo enardecido, Arredondo reflexiona sobre las acciones a venir. Para ellos la guerra tendrá por escenario las sabanas camagüeyanas, los montes tupidos, las lomas de Najasa y de Cubitas, las cenagosas llanuras; la manigua heroica por una parte, y por la otra, la gestión clandestina en Puerto Príncipe, la propaganda mambisa, los contactos con el resto del país y con el exterior. Arredondo se da cuenta de que pronto será necesario tejer una complicada red insurrecta entre el campo y la ciudad. Desde que se recibieron las primeras noticias del levantamiento de la La Demajagua, en Puerto Príncipe se despliegan febriles actividades conspirativas. Un grupo de patriotas asume arriesgadísimas funciones en la clandestinidad, pues la vida pende de un hilo cuando un patriota es descubierto por las autoridades españolas. Torres Lasqueti se juega la vida en incontables ocasiones actuando como corresponsal dentro de la ciudad, y con él, el escurridizo Miguel Agüero Estrada, el maestro Nolasco; las "hermanas de la Caridad", Rosita y Juanita Pichardo y El Degollado, a quien ejecutarán los españoles sin arrancarle ninguna confesión.

A fines de noviembre la agitación alcanza el paroxismo. En estos días las autoridades españolas han promulgado un indulto para atraer a los insurrectos y los patriotas se aprovechan de esta situación para adelantar la preparación bélica. Las señoritas Velazco, Cisneros, Agüero Agüero y otras damas camagüeyanas se ocupan de hacer repetidas copias de las inspiradas

proclamas que escribe, llamando a la Revolución, don Francisco de Agüero, El Solitario. Desdichadamente entre las hermanas Agüero ya no cuenta la más dulce, la melancólica e inspirada Brígida, la Bila a quien la tisis le arrebató la vida en flor el 26 de junio de 1865, cuando calló para siempre su pluma: "Al través de una triste perspectiva / miro tan solo un porvenir sombrío / y más mi pena sin cesar se aviva. / Un mal terrible me atormenta impío / mas si te place que muriendo viva, / Cúmplase en mi tu voluntad Dios mío".

Crece el número de personas que copian las proclamas de El Solitario, las cuales se reparten aprovechando la oscuridad de las noches, dejándolas, sobre todo, en las casas de los españoles y en la proximidad de los cuarteles. En tanto, el inquieto Arredondo Miranda entra y sale de Puerto Príncipe, en tareas de organizar la guerra en el campo y de mantener con la ciudad las comunicaciones.

CAMPOS DE CAMAGÜEY. ALGUNOS INCIDENTES OCURRIDOS DESDE EL VIERNES 4 HASTA EL 31 DE DICIEMBRE DE 1868

Don Francisco de Arredondo y Miranda llega al anochecer a la finca de Montejo, donde lo aguardan compañeros con los cuales tiene que operar en esa zona. Ese día ha tenido disgustos por el hecho de que habiendo atravesado algunas fincas acompañado de hombres de color, algunos propietarios le exigieron que no llevara a los negros por sus fincas, pues algunos de sus esclavos podrían irse con los insurrectos, y ello afectaría sus intereses. Arredondo, dueño de una finca ganadera más bien pequeña, ni tiene esclavos ni está dispuesto a apoyar a los ricos hacendados propietarios de ingenios azucareros en sus espúreos intereses esclavistas. Él identifica a esa gente como las del Partido del Caonao, por quienes no siente ninguna simpatía. Montejo, el dueño de la finca que ha estado recorriendo los alrededores, llega a las ocho de la noche con una noticia la cual causa mal efecto a Arredondo: "se dice que la columna de Acosta y Albear se dirige desde Ciego de Ávila al Príncipe".

No anda desencaminado Montejo con la noticia que trae, pues ciertamente este batallón de voluntarios viene moviéndose desde Santi Spiritus a Ciego de Ávila, Morón y Puerto Príncipe, causando grandes destrozos por donde quiera que pasa, cometiendo actos abusivos con la población civil. Lo más chocante para las familias cubanas, dice Montejo es que el organizador y jefe de este Batallón del Orden, es el hacendado cubano, coronel Francisco de Acosta y Albear, y que entre los feroces integrantes de esta agresiva falange se encuentran malos cubanos integristas. Precisamente, al cruzar por Las Yeguas, en las proximidades de San Jerónimo y no muy apartado de Jesús María ha tenido un sonado encuentro con los insurrectos quienes le han hecho sentir al acaudalado "cubano" Acosta y Albear que la guerra va en serio. Mientras Montejo está relatando sus impresiones de la situación, de acuerdo con los rumores escuchados, Arredondo cavila sobre lo que está oyendo de los movimientos del enemigo. Aún quedan muchas cosas por hacer para que la guerra cobre fuerzas. Pero, ya para él es evidente la necesidad de organizar una red de patriotas colaboradores los cuales, como Argos, tengan muchos ojos para ver dónde están los españoles y qué hacen, pues sin ese conocimiento el Ejército Libertador actuará a ciegas.

LA OLA REVOLUCIONARIA NO TARDA EN LLEGAR A JESÚS MARÍA PARA TRANSFORMAR LA VIDA APACIBLE DE LA FAMILIA ESCOBAR VARONA, QUE DEBE AFRONTAR SITUACIONES MUY DIFÍCILES DURANTE LA GUERRA

A los pocos días se apareció en casa la familia de mi hermana Francisca, y mi cuñado Bernardo tuvo a bien traer la familia de su madre a la finca de ellos, El Ciego. Casi todas las familias hicieron lo mismo, y ascendió a veintiocho el número de las personas que habitábamos la casa. Tomaron a San Jerónimo el 14 de noviembre de 1868.

Pasábamos una vida intranquila, siempre temerosos de ser asaltados por el enemigo. Los cubanos, como en todas estas cosas

sucede, se hacían la guerra unos a los otros. Los ricos, o sea los pertenecientes a la aristocracia, abusaban de los más pobres, metiéndose en sus casas y haciéndose dueños de todo. Nosotros nos vimos precisados como todos los demás, a mudarnos a la montaña, donde mi marido hizo un rancho. Allí nos refugiábamos hasta que pasaban las tropas. Cuando volvíamos a nuestras casas lo que hallábamos eran destrozos, pues, tanto los cubanos como los españoles por donde quiera que pasaban arrasaban con todo. En una de nuestras salidas, cuando volvimos fue tanto el destrozo que hallamos, que daba compasión. En uno de estos viajes al refugio tuvimos el contratiempo de la muerte de un niño de mi hermana Francisca y poco después determinó ella trasladarse a Magarabomba con su familia. Era este un partido a cinco leguas de Jesús María. Ignacia se hallaba por Soledad. Luisa había perdido el juicio a consecuencia de haberle quemado su casa una tropa española.

Como las familias andaban ambulantes, vino a dar a nuestra casa mi primo Francisco María, hermano de la difunta Bila, conocido ya en este cuaderno. Ya era casado con una prima llamada Micaela Poveda y Agüero; venían con tres niños, su suegra, dos cuñadas y una agregada. No contaban con más protección que la que nosotros pudiéramos darles. Vivíamos en sana paz. Más tarde vino también a vivir con nosotros don Manuel Agustín de Agüero y sus dos hermanas Juana y Anita, personas de quienes hago mención al principio de esta historia. En seguimiento de ellos venían a pasar días con nosotros todos los jóvenes pertenecientes a esa familia. Nos vimos en el caso de abandonar la casa principal y aun luego después, el refugio, haciendo Pancho, mi marido una casa más adentro, a la cual pusimos por nombre El Amparo. Él hizo, además, en el corazón de la montaña, un rancho para los casos de más apuro. El rancho lo hizo sobre un hormiguero, para que las aguas no lo inundasen, y como era solamente para las

huidas, nuestras camas comunes era el suelo. Muchas veces nos acontecía que al despertar nos hallábamos hechos "borullos", a causa de que el terreno en el medio era más elevado, así que no se podía contar con que amaneciéramos en nuestros respectivos lugares, lo que daba lugar a mil chistes y bromas. En una de las ocasiones que salimos afuera hallamos que todo estaba tranquilo y estando yo de meses mayores, nos quedamos en Jesús María. Mi suegra vivía aún en El Ciego y por matar una jutía, un esclavo de mi suegra tiró un tolete al árbol donde estaba Tadeito en persecución de la jutía, botándole un ojo al niño. Este acontecimiento fue muy triste para mí.

A los dos días de esta desgracia me dio Bernardo la noticia de que oculto de su madre se había casado civilmente con Cristina Rodríguez, de cuyo matrimonio se ocasionaron disgustos entre mi suegra y su hijo; pasándose ella del Ciego a Jesús María, con parte de sus esclavos, su hija Anita y mi hijo Tadeito, que vivía con ella; pues Luis, otro de sus hijos, se había hecho cargo de una mujer de baja esfera a quien tomó como concubina y en esta época tenía ya una hija. Di a luz a mi hija Meolia de la Caridad el día 5 de noviembre de 1869, en la casa de Jesús María, y, poco después, por las consecuencias de la guerra se fueron a presentar la mayor parte de las familias.

Peró nosotros nos mudamos de una vez para El Amparo, haciéndole encargo el Gobierno Cubano a mi marido, del sostenimiento de los encargados de la imprenta, para cuyo efecto hizo un rancho un poco distante del lugar donde habitábamos. Allí por pequeñas veredas nos comunicábamos con otros innumerables ranchos, y nos participábamos cuanto sabíamos con respecto a la guerra. Esta vida me inspiró la décima siguiente:

Al son del rústico canto
de las aves montañesas
veo inclinar mi cabeza
al peso de su quebranto.
Véome sumergida en llanto

*sin conocer la razón
que oprime este corazón
que en otro tiempo gozaba
y que la dicha cantaba
llena de satisfacción.
Oigo el grito lastimero
en mi albergue solitario
que a la vara temerario
le hace dar al carpintero
y cuando el golpe certero
da fin a su triste vida,
veo a la jutta subida
en un árbol alteroso
y que del perro furioso
sin piedad es perseguida.*

*En vez del grato sonido
del títere sabanero
oigo cantar al arriero
y al guacaico confundido.
También oigo el alarido
del jíbaro en la montaña
que hace ver de mi cabaña
la distante vecindad
por huirle a la impiedad
de los jefes de la España.*

*Solamente el tocororo
y la bonita perdiz
con su variado matiz
suelen distraer mi lloro
Mas mi pensamiento a poco
como halla desvariado
vuelve a caer angustiado
con el peso del presente,
sin que me sea indiferente
la dicha de que he gozado.*

EL SUBPREFECTO, AUTORIDAD CIVIL DE LA REPÚBLICA EN ARMAS

Pancho Escobar toma con una mano la rienda del caballo y con la otra se encasqueta el sombrero de yarey, y arranca a caminar por un trillo entre la enmarañada manigua. Desde por la mañana temprano anda tras el rastro de dos hombres, al parecer cubanos, que deambulan por aquellos lugares, sin que se sepa a ciencia cierta quiénes son. Pancho tiene el propósito de identificarlos y si son cubanos los remitirá al campamento del Ejército Libertador que se encuentra en el Ciego de Escobar. Una legua adelante da con ellos, uno blanco, alto y delgado, y el otro mestizo de mediana estatura; ambos con la ropa andrajosa y con afilados machetes colgando de la cintura. Se les aproxima con precaución, los saluda y espera a que estos respondan. Los hombres se ven fatigados

en extremo. Cuando el más alto de los dos comienza a hablar, Pancho lo reconoce como a un viejo vecino del Barrio del Carmen en Puerto Principe. Los hombres se identifican y explican que en un encuentro con tropas españolas se separaron de la partida a que pertenecen, habiendo perdido el contacto, y solicitan que se les oriente para reincorporarse. Escobar saca de la alforja un pedazo de queso que engullen al instante, pues llevan muchas horas sin comer. Los tres emprenden de nuevo el rumbo, guiados por Pancho, quien los lleva por los trillos del monte hasta un rancho resguardado, donde vive una familia cubana, que les da alojamiento y puede ayudarlos a continuar. El subprefecto pone buen cuidado en encaminarlos en sentido contrario al potrero donde se encuentra la imprenta, lugar intrincado donde habían erigido ranchos rústicos de guano, ya que la imprenta de la Libertad, donde se imprime *El Cubano Libre* y otros escritos del Gobierno en Armas, es buscada incansablemente por los españoles. La mejor defensa de la imprenta, o la única defensa, es su ubicación secreta, que a pesar de todos sus intentos el enemigo no ha podido detectar.

Pancho Escobar camina de prisa, a pesar del calor sofocante, pues ya es casi mediodía y debe cumplir con el compromiso de casar a una pareja en una finca del lugar, donde ya tenían hechos los preparativos para la boda. Aunque sea función civil corresponde al Prefecto, en ausencia de éste, él asume la responsabilidad de casar a la pareja en nombre del Gobierno en Armas. Al paso por un potrero se encuentra una colmena y aunque se demora unos minutos más, no pierde la oportunidad de castrarla, llenando un catauro de miel para unos días, y cera, tan útil para la vida rústica que llevan. Cuando llega a la finca ya esperan, impacientes, los novios y sus familias. Escobar se lava las manos y la cara en una palangana en el brocal del pozo y se seca con un paño que le brindan. Toma su libreta y se dispone a efectuar el acto civil del matrimonio de acuerdo con lo establecido por la Ley de organización administrativa de los prefectos, la que firmó el Presidente

Céspedes y se publicó en *El Cubano Libre* de 5 de agosto de 1869. Tanto el ejemplar del periódico que contiene la Ley, como el libro y las libretas necesarias, viajan en los serones que lleva en su caballo junto con el queso, la miel y todos los demás efectos con los que se mueve el Subprefecto. Cuando termina la parte oficial comienza el jolgorio, que terminará ya entrada la noche. Muerto de cansancio, Pancho Escobar recuesta un taburete a uno de los horcones de la casa de paredes de yagua y techo cobijado de palmas de guano, y se sienta a descansar. Las preocupaciones lo asedian, pues en esa semana debe resolver suministros indispensables para los hombres que imprimen *El Cubano Libre*. Tiene noticias de que en una finca bastante alejada de allí han dejado una remesa de papel, el cual recogerá con el mayor sigilo; debe resolver suministros de boca para la alimentación de los impresores del periódico y para la propia familia, ya numerosa; como responsable de orden público y de vigilancia le preocupa el movimiento originado con las visitas que llegan trayendo notas e informaciones para publicar en el periódico, y ello ocasiona un tráfico que tarde o temprano dará lugar a la localización de la imprenta. De ser hallada ésta por los españoles o por las bandas de forajidos armados por el ejército español entre la escoria de los malos cubanos y españoles, les caerá una represión atroz a los hombres, mujeres y niños.

Pancho admira el trabajo que se realiza en la imprenta, porque, realmente, con una máquina pequeña se logra imprimir un magnífico periódico en medio del monte. Su tipografía es muy buena, la impresión limpia y tiene un armónico formato, que a él le resulta muy conocido por el trabajo que pasa con los suministros de papel, que se tienen que cortar a la medida. Cada ejemplar tiene cuatro páginas, con dos columnas cada una. Todos los que tienen que ver con el periódico se sienten orgullosos de lo bien impreso que queda, y del cuidado que tienen en la corrección, para que salga sin errores. Pancho reconoce que los sobrinos de su mujer, los hijos de Francisca: Clodomiro, Carlos y Miguel

Betancourt, son buenos periodistas y tipógrafos.

Entre despierto y dormido siesteaba en el taburete, y en duermela le viene a la imaginación su niña Flora, quien con siete años, se pasa la vida recorriendo la vereda que va desde el rancho de Pancho y Encarnación hasta la imprenta, donde pasa horas embelesada viendo preparar *El Cubano Libre*; observando cómo Clodomiro, Carlos y el joven Salvador Cisneros trabajan con los tipos, la tinta y el papel. Estas imágenes le traen una nueva preocupación a la cabeza: Salvador que es medio poeta, anda enamorado y haciendo poesías a una vecinita llamada Corina Castellanos, hija de Montejo; el arrebatado lírico del joven Cisneros puede dar lugar a que se desencadenen unos amores que compliquen los asuntos de la subprefectura, lo que le puede traer algunos dolores de cabeza. Así acaba desvelándose completamente, endereza el taburete, se pone en pie y se dispone a partir hacia su apartado rancho. Es hora ya de atender la organización de las rondas con los vecinos de la imprenta para la vigilancia, pues hay que estar alerta día y noche sobre los movimientos de las fuerzas españolas para evitar cualquier sorpresa que pueda dar al traste con la imprenta, y para precaver un asalto contra las familias. En caso de emergencia se hace funcionar el fotuto caracol, el cual en la quietud del campo se oye a buena distancia. Pancho recuerda que para el día de mañana tiene que terciar en un pleito entre los vecinos y quizás tenga que multar a algunos de ellos, y no todos son igualmente de fiar. Precisamente ese pleito se originó porque una familia hizo destrozos en la finca abandonada por otro vecino, sin tomar en cuenta la prohibición al efecto, ni la disposición del gobierno de que en esos casos el Prefecto debía nombrar un administrador.

Acaba de despedirse de los animados asistentes a la fiesta de matrimonio, y se dispone a regresar montado en su caballo, llevándose todos los papeles, el catauro de miel que lleva a Encarnación y unas tortas de casabe que le regalaron los contrayentes.

EL RELATO DE ENCARNACIÓN VA REFLEJANDO LA CRUDEZA DE LA GUERRA EN LA MANIGUA PARA LAS FAMILIAS CUBANAS. EN 1870 EL GENERAL CAVADA, JEFE DE LAS FUERZAS CAMAGÜEYANAS ORDENA DESTRUIR LAS CASAS QUE PUDIERAN SERVIR DE VIVIENDA, EMPEORANDO MÁS LA SITUACIÓN

En una salida que dimos a Jesús María hallamos que se había apoderado de nuestra casa la familia de doña Gregoria Arteaga, entenada de mi madrina. Estaba recién viuda y tenía una numerosa familia entre hijos y criados. Por estos abusos con todo lo que nos pertenecía hubo disgustos entre ellos y nosotros; pero estas discordias duraban hasta que había necesidad de huir, ya que entonces los socorriamos con nuestros conocimientos prácticos. No dejó por esto de acontecer que algunas veces se perdieran algunos de ellos, siendo de necesidad que Pancho los fuera a buscar. Al cabo de algún tiempo se fueron, pues los cubanos dispusieron que se les diera fuego a todas las casas que pudieran servir a los españoles de abrigo. Por esta causa mi esposo desbarató la nuestra siendo esto un gran pesar para nosotros.

Le echó el agua del bautismo a mi hija Meolia, Francisco María de Agüero, en compañía de su esposa, que vivían con nosotros en la montaña; y también vivían con nosotros un antiguo amigo de mi marido, y dos de los criados de mi suegra, casándose uno civilmente con nuestra criada Dorotea. Además se encontraba Enrique Gelabert, natural de Sancti Spiritus, descendiente de las principales familias de Puerto Príncipe. ¡Cuántas cosas vieron mis ojos en aquella horrorosa época! Pero a la verdad, era de las que menos podía temer. Mis hijos eran chiquitos y no temía que me separasen de ellos. Llevábamos todos con resignación aquella vida ambulante, y desprovistos de toda clase de comodidades; pero, aunque demasiada ordinaria la comida, la había en abundancia. Lo que más me hacía sufrir era que mis pequeños hijos (pues apenas el mayor contaba 16 años y Panchito 14) se veían expuestos, a cada rato, a ser cogidos

por el enemigo, por andar en busca de animales, pues la mayor parte de los hombres que vivían con nosotros se eximían de hacerlo. ¡Cuántas cosas sufrimos! ¡Cuántas desgracias acontecieron en aquella horrorosa época!

A continuación voy a copiar unas décimas que compuse la última vez que estuve en Jesús María, que nombraré "Destrucción de José María":

*De la montaña he salido
llena de melancolía
por ver a Jesús María
ese lugar tan querido.
Lugar donde he recibido
los cariños conyugales
y los besos maternos
a mi prole he dedicado,
lo que me ha recompensado
para alivio de mis males*

*Aquí dirijo mis pies
a esta grata habitación
que ha sido mi diversión
y mi descanso a la vez.
Quiero por última vez
ver este lugar sagrado
que a mi marido ha costado
tantos sudores formar
y sin poderlo evitar
tiene que verlo quemado.*

*Adiós, pues, Jesús María
ya me despido de ti
¡Adiós! ¡Para siempre, sí,
lugar de la dicha mía!
ya se acabó la alegría
de la que en otra ocasión
cantaba tu descripción
llena de grande placer
y ya que te he vuelto a ver
recibe mi bendición*

*¡Qué momentos de placer
bajo tu abrigo he pasado!
¡Aquí mis hijos he criado
y los he visto crecer!*

*Recibe el adiós postrer
de un corazón comprimido
y a mi llanto reprimido
le doy rienda en mi pesar
para poderme mirar
en cenizas convertido.*



PÁGINAS DEL AYER
SELECCIONADAS POR EL DR. EN CIENCIAS HISTÓRICAS
RAFAEL ACOSTA DE ARRIBA

La penetración económica extranjera en Cuba ()*

Julio Le Riverend Brussone

Emprendemos el relato de un fenómeno histórico que es básico para la comprensión del pasado y del presente de Cuba: el de la penetración económica extranjera en esta tierra; la supeditación en que esta penetración económica mantuvo a las fuerzas creadoras del pueblo cubano y las principales etapas que caracterizan esta penetración.

Hay que advertir de antemano que la creación de la economía cubana, en tanto en cuanto nos referimos a la creación de la economía que se deduce del descubrimiento y de la conquista, constituye una forma, una manera, un aspecto, de la penetración extranjera; pero, de acuerdo con las líneas que en los momentos en que estos hechos se producen caracterizan al fenómeno de la colonización, se crea una economía fundamentalmente supeditada a intereses vigentes o en desarrollo, fundamentalmente intereses del capitalismo comercial en desarrollo en España y en Europa occidental; y, puesto que se crea en esa forma, inmediatamente empiezan a manifestarse las diferencias de intereses. No hay duda de que la primitiva oligarquía de grandes terratenientes que explotan la crianza de ganado tiene ciertos intereses que no coinciden con los intereses políticos y económicos de la metrópoli. Aunque no fuera más que en el sentido en que esta oligarquía —que pretende transformarse en una clase absolutamente señorial— intenta alzarse con todo, con el santo y la limosna, sin tomar en cuenta los intereses de la

(*) Conferencia pronunciada en la Biblioteca Nacional "José Martí", como parte del ciclo *El pueblo de Cuba y su historia*, el día 10 de abril de 1962. Texto revisado sobre la transcripción de la cinta magnetofónica por el Departamento de Colección Cubana.

monarquía absoluta que ya estaba en desarrollo en España bajo los Reyes Católicos, por razones en cuya explicación no vamos a enfrascarnos en este momento, no hay duda en cuanto a que la creación de esa economía colonial significa al mismo tiempo la creación de intereses que entran en conflicto con los intereses de la fuerza colonizadora o de la organización económica, política y social de la empresa colonizadora, que es la de España en aquel momento.

De esta forma, la economía cubana nace como una economía colonial, supeditada; el propio desarrollo de esta economía supeditada hace que tenga que vincularse a la economía internacional de la época y así se crea una economía que se basa, fundamentalmente, en la exportación y en la contrapartida de la importación de productos. Como consecuencia del primer gran ciclo de exportación de Cuba —la exportación de cueros sin curtir— Cuba se pone en contacto con la economía internacional de la época; es fama que ya a fines del siglo XVI, comerciantes, contrabandistas, piratas, todos formando una sola y única facción, llegan a las costas de Cuba y obtienen aquí cantidades extraordinarias de cueros que se desvían del comercio que ya España ha establecido de acuerdo con sus intereses —el famoso comercio organizado en las flotas— y que van a parar a distintos países europeos que necesitan esa materia prima con urgencia. Claro está que la importancia que esto pueda tener como factor en una economía como la de Cuba en aquella época es mínima, y no representa el fenómeno actual, o más reciente, de la penetración económica, pero, sin duda, representa una vinculación de la economía colonial cubana con la economía internacional, que se hará más íntima a medida que decursen los años.

Esta vinculación se va ampliando lentamente, y cuando Europa entra a fines del siglo XVII y sobre todo en el siglo XVIII, en el desarrollo acelerado de su organización capitalista industrial, los vínculos de la economía cubana con la economía internacional se establecen con gran regularidad y son mucho más estrechos. A este respecto, valdría la pena recordar que, a principios del siglo XVIII, están en Cuba los agentes de las grandes compañías traficantes de esclavos: primero, la compañía francesa y después de los tratados de Utrecht en 1713, la compañía inglesa, y que ambas, una y otra, tienen una política fundamentalmente dirigida a suministrar esclavos a crédito a los propietarios, tanto de haciendas de ganado como de haciendas azucareras, y de vegas de tabaco. Los hacendados cubanos los compran y los pagan con

una zafra o con una cosecha estimada en el producto que sale de los grandes latifundios o de las haciendas de aquel momento. Esta ya es, en cierto sentido, una primera forma de penetración que, en cuanto a los franceses, se manifiesta por el establecimiento de algún que otro francés comerciante en La Habana a principios del siglo XVIII, que no es específicamente el representante de la compañía esclavista francesa, sino algo así como un cónsul francés en esta ciudad y que en cierta forma va a permitir vincular la economía cubana con la economía francesa del momento. Quizás una serie de fenómenos que ocurren en Cuba en aquellos años tenga una cierta relación directa con los que acontecen entonces en Francia, y que son muy conocidos por tratarse nada menos que de la gran crisis producida a principios del siglo XVIII y cuya etapa final la constituye la famosa aventura de la emisión de valores encabezada por el banquero Law, que tenía relaciones con el comercio de tabaco —que interesaba mucho a los franceses, quienes lo practicaron considerablemente a cambio de la importación cubana de esclavos africanos— y que además tenía intereses en la colonia de Mississippi. La presencia de los ingleses, posterior a la de los franceses, aunque no elimina totalmente los vínculos con Francia, representa una nueva profundización de estos lazos, pues la compañía esclavista inglesa no sólo tiene agentes en Cuba —en La Habana, en Santiago de Cuba— sino que se establecen relaciones con las colonias inglesas de las Antillas, especialmente Jamaica, que por el hecho de que no estuvieran dentro del marco de las leyes españolas de la época, han permanecido un poco ocultas dentro del marco de la documentación, aunque hay algunas obras inglesas que contienen referencias muy concretas a estos vínculos; y cuando termina el monopolio de la compañía inglesa del tráfico de esclavos, son los comerciantes independientes de Jamaica y de las colonias del norte —que después serían los Estados Unidos—, los que continúan el tráfico con Cuba siguiendo la misma política de suministro a crédito de esclavos africanos.

No hay duda de que a fines del siglo XVIII, cuando ya se sientan en Europa las bases para el pleno desarrollo de tipo capitalista industrial —bases que tienen un centro, como es sabido, en Inglaterra— Cuba se incorpora definitivamente a la economía internacional; para que esto ocurra, es preciso que la propia España entre en el camino de las grandes reformas y que éstas la empujen un poco más por el camino de la organización capitalista propia. Es el momento en que la política de los reformistas españoles pretende que el imperio americano sea apro-

vechado no por una sola zona de intereses de España, sino que sea aprovechado por los distintos grupos de intereses que se están formando en la economía española —los intereses de las provincias vascongadas, los intereses de la provincia catalana— que son de carácter industrial. Pero además hay que contar con otros acontecimientos que harán desatar el proceso. Uno de ellos es la formación de los Estados Unidos, a lo que se añade el hecho de que la formación norteamericana coincide con un desarrollo interno de la producción y del mercado en los propios Estados Unidos que se están abasteciendo —por razón de ser antiguas colonias inglesas— de una serie de productos, especialmente ron, miles y azúcar, en colonias inglesas y en algunas colonias antillanas francesas. Al romper el vínculo con Inglaterra, los Estados Unidos rompen en buena medida el vínculo que mantienen tradicionalmente con las restantes colonias inglesas del Caribe que son las que producen azúcar, miel y ron. El ron es importante porque es el único producto que sirve para el tráfico que se ha llamado tráfico triangular, entre Norteamérica, las restantes colonias inglesas y el Africa, para la compra de esclavos africanos para traerlos a la América. Y finalmente, al producirse la ruina de la colonia azucarera europea que en aquel momento estaba en el máximo esplendor de la producción esclavista, Haití, Cuba se une a la economía internacional, vinculándose directamente al creciente mercado norteamericano. Esta vinculación comenzó con una serie de alternativas, debido a que España, en defensa de sus intereses tradicionales, todavía mantenía a Cuba en un cierto aislamiento. Pero como España no había podido, ni mucho menos, impedir el desarrollo de intereses propios coloniales cubanos, la aristocracia criolla de hacendados azucareros presiona y se las ingenia para romper la vieja política de monopolio, de exclusión oficial del gobierno español y obtiene, quebrantando esta política, las posibilidades de negociar sus zafras con bastante libertad. Esto lo obtiene desde luego, y aunque no haya una documentación muy explícita, mediante una alianza evidentemente política; el secreto del mantenimiento de Cuba dentro del gobierno español hasta fines del siglo pasado, no es sino el producto de la existencia de esa aristocracia azucarera que, a cambio de que España le vaya concediendo la libertad de negociar sus zafras donde más le convenga —y donde más le conviene en aquellos momentos es en los Estados Unidos— mantiene a la Isla en un estado permanente de tranquilidad.

La política norteamericana desde el inicio es la política clásica del crédito: traen esclavos, traen maquinaria, traen productos de todo tipo

y extraen el azúcar y si acaso el tabaco, pero fundamentalmente, el azúcar. Pocos años después se abren otros grandes mercados europeos. Inglaterra tiene que abandonar la política azucarera cerrada que ha seguido durante dos siglos en virtud de que las fuentes productoras, especialmente las antillanas, no están en condiciones de suministrar monopolísticamente —como había sucedido en el siglo XVIII— el azúcar al mercado inglés, mercado industrial creciente con una gran población consumidora. Esto también ocurre, si bien en pequeña medida, en Francia, aunque Francia va rápidamente a una política de producción doméstica de azúcar que cierra las posibilidades de la venta de azúcar cubana, política que en definitiva se establece también en Alemania, si bien ciertas zonas alemanas requieren azúcar de Cuba. Esta penetración se manifiesta en aquellos momentos a base de créditos y de individuos, pues entre 1820 y 1840 se asentaron en Cuba algunos ingleses y franceses y, sobre todo, muchos norteamericanos que fomentaron ingenios y los desarrollaron y se mantuvieron vinculados a la producción azucarera durante prácticamente todo el siglo pasado. Pero este tipo de penetración tiende a transformar a ese colono extranjero en un personaje estrictamente vinculado si no a la nación, a la clase de los hacendados azucareros cubanos. Habrían de suceder otros grandes acontecimientos para que este fenómeno de la penetración extranjera en Cuba cambiara nuevamente de sentido y se acelerara como proceso de dominación extranjera en Cuba.

La aparición del capitalismo financiero, que en los Estados Unidos se desata como proceso histórico después de la guerra de Secesión, determina en gran manera esta aceleración. El norte industrial, bancario, marítimo, de los Estados Unidos vence al sur agrícola, retrasado, semi-feudal, e impone, en primer lugar, la dominación del capitalismo industrial de los Estados Unidos. El sur norteamericano, después de ser vencido en la guerra de Secesión, es ocupado y saqueado como si fuera cualquier país colonial. Este hecho, que aparece abundantemente mencionado en la literatura histórica norteamericana, es el primer ensayo de política de dominación agresiva y se realiza en el interior de los propios Estados Unidos. En 1860 el territorio norteamericano está pidiendo que se le colonice, y así, el poderío colonial norteamericano se ensaya primero en la supeditación y la ocupación del sur como si fuera un país enemigo y conquistado, y después, en la colonización de todo lo que se llama el medio oeste y el lejano oeste norteamericano.

Este fenómeno del capitalismo financiero se manifiesta, como es lógico, por la concentración: aparecen las grandes compañías. En 1870 constituyen la *Standard Oil*, y ya en 1874 se ha constituido en los Estados Unidos una compañía que es la pionera de la penetración de los negocios americanos en el exterior: la compañía de máquinas de coser *Singer* que, en pocos años, se introduce en el mundo entero y es el portaestandarte de la penetración norteamericana desde el punto de vista histórico.

Hay concentración no sólo por parte de la industria petrolera y por parte de esta gran industria de maquinaria doméstica que es la *Singer*; hay también el proceso de concentración de la refinación del azúcar, y, a fines de la década del 60, se constituye el primer monopolio, el primer gran consorcio norteamericano de la refinación de azúcar: la *American Sugar Refining Company*, animada por un grupo dirigido por Havemeyer. En esas condiciones, ya se están dando los supuestos para que la política norteamericana cambie respecto a Cuba y efectivamente, durante la década del 70 se constituyen todos los grupos que representan la gran concentración capitalista industrial y por otra parte, los grandes bancos y las grandes compañías ferroviarias consolidadas norteamericanas, con lo que comienza a aparecer la inversión directa en Cuba, aunque ya en 1830 los ingleses habían invertido algunos millones en el control y desarrollo de la producción de cobre en Oriente —y es lógico que hayan sido los ingleses porque, en definitiva, fueron los primeros que lograron organizarse desde el punto de vista capitalista industrial.

Como consecuencia de la concentración, una vieja casa de comerciantes azucareros de Boston y de New York, la *Casa Atkins*, le había prestado dinero a sus clientes cubanos —los hacendados cubanos que le compraban maquinaria o esclavos tradicionalmente— y había transformado esos préstamos en hipotecas sobre un ingenio, de suerte que, al llegar la gran caída estructural de los precios del azúcar entre 1880 y 1883 —cuando, en escala internacional, los precios del azúcar descendían definitivamente a un nivel hasta entonces no conocido, hasta el punto de que nunca recuperarían el nivel anterior— esta casa, en vista de que uno de sus clientes hipotecarios no podía hacer bueno el compromiso, se apodera del ingenio hipotecado —el ingenio *Soledad* y ahí empieza toda la larga teoría de inversiones directas norteamericanas en Cuba, y no es poco sintomático que por la misma fecha se funde la compañía *Juragua Iron Company*, para explotar las minas de hierro

de Oriente que controlara primitivamente la *Bethlehem Steel Corporation*. Esta es una primera etapa en que las inversiones todavía responden a una presencia previa, por algún motivo, de los intereses norteamericanos: Atkins o los interesados en las minas de hierro ya tenían vinculaciones en Cuba cuando realizan estas inversiones directas y se apoderan de la explotación de un ingenio en un caso o de una mina, en otro.

De todos modos, como el consorcio azucarero norteamericano está muy interesado en obtener materia prima y como, por otra parte, el cambio de estructura de los precios del azúcar en la década del 80 sorprende a la industria cubana en unas condiciones críticas debidas a una serie de fenómenos como la abolición de la esclavitud, la incapacidad para mejorar el equipo, y el mismo reflejo de la guerra de los 10 años —que aunque no alcanzó a la zona occidental de todos modos quebrantó en general la economía cubana— que provocan que no esté en condiciones de resistir esta caída de precios, que representa para la industria cubana la imposición de una producción determinada que le interesa no a Cuba, sino al consorcio azucarero norteamericano: la producción de azúcar crudo, es decir, de azúcar como materia prima para la industria refinadora norteamericana. Los intereses azucareros norteamericanos, representados por aquel hombre de los inicios que fue Atkins, ya muestran, en 1890, un mayor interés por Cuba debido a que Cuba está destinada, desde entonces, a producir la materia prima que exige la industria refinadora norteamericana. El propio Atkins forma un **sindicato** en el cual participa Havemeyer, el jefe y principal accionista del trust de refinación de azúcar norteamericano, y compra la mayor cantidad posible de tierras en el valle de Trinidad para montar el que se llamó posteriormente ingenio *Trinidad* y que concentró, por virtud de esta inversión de Havemeyer, los quince o veinte ingenios que había en esa zona hacia 1860.

Ya en 1893 aparece otro grupo que permanentemente estuvo presente en la industria azucarera cubana: el grupo que forma la *Tuinicú Sugar Company*, el grupo Rionda. Claro está que la guerra de independencia de 1895 impuso un compás de espera en el que se fue cocinando el caldo de la intervención norteamericana directa en el problema cubano, intervención que fue determinada —no cabe la menor duda, pues las evidencias históricas son muy copiosas— más que nada por los intereses azucareros y, especialmente, por los refinadores. El señor Havemeyer

dijo en 1898, que si los Estados Unidos no intervenían en Cuba como gobierno, los once mil accionistas del trust de refinación de azúcar serían capaces de tomar las armas y desembarcar en Cuba para poner un poco de orden aquí. Así decía Havemeyer, y ya sabemos el orden que pusieron los refinadores norteamericanos y sus aliados, los hacendados cubanos, en nuestro país.

Terminada la guerra de independencia, se presentó la gran dificultad de cómo se decidiría el destino político de Cuba, porque si por un lado estaban los intereses de la refinación de azúcar, por otro lado, había otros grupos de intereses —los productores de azúcar de remolacha y los tabacaleros— que no veían con buenos ojos que Cuba se transformara en una colonia norteamericana, ya que de esa manera los productos cubanos podían entrar libremente en el mercado norteamericano y perjudicar sus intereses. Pero desde luego, los refinadores estaban muy interesados en que Cuba fuera una colonia para poder disfrutarla con mayor libertad de movimiento, y en eso les seguían en Cuba los hacendados cubanos o hispanos que pensaron siempre que la solución de sus intereses —lo seguirían pensando a lo largo de los años; como lo habían pensado con anterioridad— estaba en la anexión de Cuba. La intervención americana y después la solución de establecer en Cuba una república intervenida, propició un cierto aumento de las inversiones norteamericanas.

Entonces comienza la segunda etapa. Ese aumento no tiene un ritmo muy acelerado, pero es de importancia, porque si en 1898 se registran, según los estimados precisos, unos 50 millones de dólares como inversiones en Cuba, ya en 1906 hay unos 190 millones y en 1911 pasan de 200 millones, con la particularidad de que sigue en este momento predominando la inversión en negocios azucareros. Aquella famosa compañía Rionda se expande constituyendo ya no sólo la *Tuinicú Sugar Company*, sino también la *Francisco Sugar Company*. El grupo Hawley, representado por un senador tejano, el senador Hawley, crea a principios de siglo la *Cuban American Sugar Company* que se vincula inmediatamente a un personaje muy conocido y que fue típicamente funesto en la historia de Cuba: Mario García Menocal, quien se mostró muy orgulloso durante toda su vida de haber sido él quien le sugiriera a la compañía de Hawley que comprara las tierras donde se instalaría el *Chaparra* del cual sería Menocal administrador por muchos años.

En 1901 entra la *United Fruit*, aunque ya estaba en Cuba en los últimos años de la dominación española —allá por los 80— en la zona norte de Cuba. La *United Fruit*, que era una compañía que comenzaba su negocio de tráfico de frutas, comerciaba con ciertos hacendados cubanos productores de bananos, los señores Dumois, que tenían tierras allí; la *United Fruit* conocía aquellas tierras, y hacia 1901 compró grandes cantidades de tierra —como es sabido, muy baratas— en la zona de Nipe, para establecer un negocio de tipo azucarero. Pero, en definitiva, no es una penetración acelerada, aunque sí cuantiosa o importante y se ramifica, porque, en estos momentos primeros de la república intervenida, los norteamericanos también están discutiendo con los ingleses el predominio en los ferrocarriles hasta que, por fin, llegan a un acuerdo sobre el asunto. Los norteamericanos también están penetrando, especialmente en Camagüey y en Isla de Pinos, como colonos individuales, que según un estimado de 1908, llegaron a ser propietarios de tierras cubanas por un valor de no menos de 50 millones de dólares y que lograron impresionar a ciertos gobernantes cubanos cuando originaron todo aquel trastorno en Isla de Pinos al pretender que ésta fuera anexada a los Estados Unidos.

Pero la tercera etapa, que será la etapa máxima de la penetración de capital extranjero, comienza a desarrollarse hacia 1911-1912. ¿Qué había sucedido en el negocio azucarero en esos años? Había sucedido lo siguiente: la política americana, estimulada por los intereses refinadores, había dado eso que los norteamericanos llamaron un preferencial, es decir, un derecho aduanero más bajo que se suponía más favorable al azúcar cubana que al azúcar de otras procedencias. Esto provocó que la industria azucarera cubana, con las inversiones norteamericanas que fueron realizándose en ella, fuera aumentando su producción, y como el azúcar cubana tenía un precio en Nueva York más bajo que el de otra procedencia, logró, hacia 1911 o 1912, expulsar del mercado norteamericano al azúcar de otra procedencia que pagaba derechos arancelarios más altos. Hasta ese momento, el preferencial obró como un estímulo para que los norteamericanos obtuvieran grandes beneficios en la producción cubana y, por lo tanto, operó como un acicate muy directo en el aumento incesante de la producción cubana.

A partir de ese momento el preferencial, que había sido un factor influyente en la expansión azucarera de Cuba, ya no representó un estímulo real para la producción cubana, aunque ésta continuó aumen-

tando, esta vez, en virtud de la presencia de una perturbación extraña, relativamente imprevisible, que fue la guerra mundial. Terminada la guerra mundial, Cuba se encontró con grandes cantidades de azúcar que no podía colocar normalmente en el mercado norteamericano y que tenía que tratar de colocar en otros mercados. En esas condiciones, la Primera guerra mundial desata la ola —que pudiéramos llamar final— de inversiones norteamericanas en Cuba: estas inversiones son cuantiosísimas, pues están basadas en previsiones especulativas muy claras, muy concretas. El famoso grupo Rionda, por ejemplo, a fines del año 15, organiza un grupo financiero que con 50 millones de dólares en la mano, se aparece en Cuba y compra, uno detrás de otro, 6 ingenios. Pues bien, los compra en el año 15, y ya en el año 16 esos 6 ingenios, amparados por la especulación y la necesidad que tenía el mundo del producto cubano, obtienen la friolera de 10 millones de dólares de utilidad, y en el año 17, el grupo Rionda, que había invertido 50 millones, obtiene en Cuba, con su negocio azucarero, la cantidad de 38 millones, y en dos años recuperan, a través de las utilidades, el capital invertido —claro que esto lo pudo realizar el grupo Rionda porque no sólo mandaba en Cuba, sino también en Washington. Las previsiones especulativas jugaron en una forma muy cierta para ese grupo, que sin embargo, en el año 18, se encontró con que sus ganancias habían quedado reducidas prácticamente a nada. Entonces, la compañía Rionda, al parecer sorprendida —porque en realidad en su seno había ciertos funcionarios que sabían qué había ocurrido— se enteró de que un grupo de ejecutivos de la compañía norteamericana y de la subsidiaria cubana, se había reunido y había creado otra compañía que era la que se destinaba a vender, a negociar y a manipular los azúcares del grupo Rionda, de suerte que todos los grandes beneficios del azúcar cubana en el año 18 no los recibió la casa matriz, sino esta compañía formada por algunos ejecutivos. Es decir, que muy bonitamente, en virtud de las grandes utilidades, una serie de ejecutivos de la compañía Rionda creó otro aparato a través del cual obtuvo las utilidades que no se pagaban a los que tenían acciones de la compañía matriz, que era la que había hecho la inversión, cosa perfectamente posible dentro de la mentalidad y las combinaciones de estos capitanes de industria.

Por otra parte, durante la Primera guerra mundial se produce la primera invasión en firme del capital bancario. Desde 1900 había entrado en Cuba el *North American Trust Bank* que se transformó elegantemen-

te en Bancó Nacional de Cuba poco después, y que en 1912 pasó a manos de un millonario hispanocubano llamado José López Rodríguez, que empezó a hacer dinero vendiendo libros —la *Moderna Poesía* fue fundada por él— hasta llegar a ser quien controlara los intereses de aquel *Banco Nacional de Cuba* que había sido fundado por un banco norteamericano. Pero de todos modos —aun estando bajo el control de un millonario hispanocubano— en el *Banco Nacional de Cuba* siguió existiendo la presencia del capital norteamericano, del apoyo en escala internacional, para ciertas operaciones, que daban las instituciones norteamericanas. En el año 14 entra en Cuba el *National City Bank*. Ya se habían acercado a Cuba y estaban operando aquí los bancos ingleses, pero es en este momento cuando realmente se realizan las grandes operaciones financieras —todas vinculadas, como es de presumir, a la industria azucarera— hechas por el *Royal Bank*, de capital canadiense-inglés, y el *National City Bank*, de capital netamente norteamericano. Viene entonces toda la etapa de venta y especulación con el azúcar de Cuba. Los pueblos europeos han sufrido la guerra, la están sufriendo, se destruye la industria de Polonia, destruyen en buena medida la industria alemana, se destruye casi totalmente la industria azucarera francesa; y los Estados Unidos se dedican a intermediar con el producto cubano, y en 1918 constituyen una especie de compañía distribuidora, manipuladora del azúcar de Cuba, en la que tiene acciones aquel personaje que los norteamericanos nos hacían aparecer como un místico desprendido de todas las vulgaridades de la vida: Woodrow Wilson. Pues este místico participó en este negocio de manipulaciones de los azúcares cubanos y aquella compañía, en el primer año, ganó, por sobreprecio, la cantidad de 40 millones de dólares —posiblemente místicos. Por consiguiente, hay una relación brutal con el producto cubano, y la banca y las grandes empresas norteamericanas se interesan más y más por invertir. Súbitamente cesan las hostilidades en Europa y a fines del año 18 desaparecen los controles sobre el mercado azucarero impuesto por los Estados Unidos. Empieza en Europa, aceleradamente, la rehabilitación económica; como están desmovilizando millones de hombres en el mundo entero, hace falta azúcar cubana y el azúcar cubana, removidos los controles en el mercado norteamericano, está en manos de los más grandes especuladores del momento y adquiere precios que en el año 19 y en el año 20, llegan a 22 centavos la libra. Ya han pasado prácticamente dos años desde que terminaron las operaciones militares en Europa, la

reconstrucción se ha acelerado y, por consiguiente, hay una crisis de tipo deflacionario y, en el período de tres o cuatro meses, el precio del azúcar cae de 22 centavos a 3 centavos y quiebra entonces toda la organización establecida por la penetración norteamericana de los años anteriores. Quiebra, en efecto, toda esa organización, arrastrando tras de sí a una gran cantidad de hacendados y de capitalistas cubanos. Quien se aprovecha de esta crisis es el capital bancario que había hecho préstamos a los empresarios azucareros, préstamos calculados a base de un alto precio del azúcar, una pignoración de azúcar digamos a base de un precio de 12 o 15 centavos la libra; pero cuando se va a realizar en el mercado el azúcar pignorado, resulta que el precio no es de 20 centavos como los especuladores preveían, sino de 13 centavos, por lo tanto no hay manera de pagar, no se pueden realizar los préstamos a corto plazo y mucho menos se pueden realizar pagos con cargo a préstamos hipotecarios; por consiguiente, la banca extranjera se apodera de los ingenios. Al mismo tiempo, los bancos cubanos o hispanocubanos que se han ido creando hasta esta época, tienen detrás de sí un banco extranjero que los respalda: en el caso de *H. Upmann*, por ejemplo, es la casa *Speyer*, que se había dedicado desde 1902 al negocio de prestarle dinero al gobierno cubano para resolver algunos problemas momentáneos, entre ellos, la paga del ejército libertador. En esas condiciones, los bancos norteamericanos, que tienen el respaldo de las casas matrices, sí pueden hacerle frente al problema, pero los bancos cubanos se encuentran con que las casas norteamericanas, que los respaldaban hasta este momento, les niegan el apoyo necesario para resistir la falta de pago de los prestatarios; entonces los bancos entran en crisis, porque además hay un pánico extraordinario a fines del año 20, en el mes de octubre, cuando se abalanzan sobre todos los bancos los cuenta-correntistas y los ahorristas habaneros reclamando su dinero. Como los bancos han comprometido prácticamente su dinero y no han reservado previsoramente las cantidades necesarias para una emergencia, no pueden hacerle frente a esa demanda de los depositarios y tienen que cerrar. Este es el panorama a que conduce la penetración especulativa del capital extranjero, fundamentalmente norteamericano, durante la Primera guerra mundial.

Pero no se resiente la inversión extranjera con este primer descalabro, lo que más se resiente es el capital nacional, la banca nacional, a tal extremo que en aquellos momentos se organiza un movimiento muy interesante en pro de la nacionalización de los ingenios. Claro está que se

trató de una nacionalización muy discutible, pero de todas maneras, se enrola en este movimiento una buena cantidad de personajes destacados de la época en Cuba, de personeros de los intereses de los hacendados cubanos más maltratados por el fin desastroso de la política especulativa norteamericana que, en definitiva, fue la política especulativa de ellos mismos.

Las inversiones norteamericanas continúan a través de su vinculación con grupos cubanos, pues hasta 1926 se construyen ingenios. 1926 es la fecha en que se termina de construir el central *Santa Marta* de Menocal, en el que no sólo cuenta el capital de Menocal, sino, sobre todo, el apoyo financiero que los norteamericanos dan a quien, después de todo, había sido un servidor tan leal a sus intereses que en las elecciones de 1924 se había presentado con la figura del mayoral; es decir, del capataz mandón de la gran finca azucarera que había sido toda su vida. En estas condiciones, aunque el precio del azúcar no se rehace totalmente —pues hacia 1923 alcanza nuevamente los 5 centavos la libra en Nueva York— las inversiones continúan hasta 1926, porque es posible ir saliendo de la zafra, ya que en Europa hay una serie de factores —fundamentalmente malas cosechas— que contribuyen a hacer necesaria la compra de azúcar a Cuba a través de los Estados Unidos. Por otra parte, Europa todavía está muy ocupada en la reconstrucción de las grandes industrias básicas que le interesan más que la industria azucarera, que era importante, pero no de primera línea para los países europeos.

Ya a partir de 1925 cesa la inversión norteamericana. Los norteamericanos empiezan a lamentarse de los malos resultados de las inversiones, empiezan a lamentarse a partir de ese momento y se lamentarán durante muchos años. Sin embargo, debemos aclarar que hasta 1929 —que es el momento en que se desencadena la gran crisis depresiva de la economía mundial— los norteamericanos estuvieron extrayendo de Cuba, por concepto de inversiones, de empréstitos, etc., ocho, nueve o diez millones de dólares anuales, lo cual para un país empobrecido, con una población crecientemente desocupada como Cuba, no es poco. Sin duda uno de los países que en medio de aquellos años, de tan grave depresión económica, le produjo los más altos ingresos relativos a los inversionistas norteamericanos, fue Cuba. La experiencia de esos años, dicen los norteamericanos, los llevó a no interesarse más en la industria azucarera, hasta el extremo que después de 1932, cuando van a reestructurar la política azucarera norteamericana, a Cuba —que hasta

1929 e incluso hasta el año 31, había suministrado al mercado norteamericano prácticamente el 50% de su necesidad de consumo de azúcar—por arte de prestidigitación senatorial le confieren una cuota que determina que Cuba no le venda a los Estados Unidos más que una cantidad de un 25% a un 28%. De esta forma la participación de Cuba en el mercado norteamericano se reduce a la mitad a partir de este momento. Es evidente que la política norteamericana cambia, pero para empeorar en cuanto se refiere a los intereses de Cuba, y la demostración de esto se encuentra en el tratado de 1934, que echa por tierra prácticamente el pequeño y muy tímido desarrollo de tipo diversificado industrial y agrícola que había surgido a partir de 1925, al amparo de la gran depresión y del reflejo político de la gran depresión en los Estados Unidos, que fue la política aislacionista de los gobiernos republicanos, especialmente del gobierno de Herbert Hoover. Esta nueva política no es, en definitiva, una nueva política sino, sencillamente, en el sentido técnico, una política cada vez menos económica y más política.

Los norteamericanos distribuyen la participación de Cuba, por una parte, entre los productores remolacheros, porque necesitan crearse un apoyo interno más poderoso en ciertos estados y, por otra parte, entre una serie de países latinoamericanos para penetrar y dominar definitivamente, como en Santo Domingo, que es el caso más evidente. Pero esto no significa que los norteamericanos abandonaran la política de inversiones directas, sólo las desviaron. Y las desviaron hacia zonas en que ellos sabían que los beneficios que podía producir la inversión iban a ser más seguros que los que podía producir la de tipo azucarero, puesto que ya conocían cuál iba a ser su política azucarera respecto a Cuba. Y si en 1927 calculan que han invertido en Cuba unos mil millones de dólares, en 1934, a raíz de la revalorización de todas las compañías norteamericanas y de una serie de arreglos con los bancos norteamericanos, esas inversiones arrojan un estimado de 500 millones de pesos, lo que permite que una serie de políticos y de teóricos norteamericanos de la inversión, presenten ante el pueblo de Cuba el cuadro trágico de que los pobrecitos millonarios de Nueva York habían perdido 500 millones; pero se les olvidaba que una sola compañía había repuesto el capital invertido en dos años, y que en muchos casos más, los mil millones de dólares que habían invertido hasta 1927, habían sido recuperados, sin duda, antes del mismo 1927.

Los norteamericanos desvían las inversiones, y si tenían 500 millones en 1934, en la década del 40 ya tienen inversiones por 600 millones; ya no se interesan, como en la primera etapa, en suministrar empréstitos, por ejemplo. Ya las casas bancarias norteamericanas no se dedican directamente a estos menesteres, sino los mecanismos ideados después de la gran crisis económica en materia de inversiones extranjeras, las superorganizaciones de tipo internacional u oficial que prestan en el extranjero a base de privilegios. Después de algunas experiencias en Latinoamérica, especialmente en México, el banquero norteamericano se quejaba mucho de los peligros de las moratorias decretadas por los gobiernos, de las nacionalizaciones, de las refundiciones de deudas hechas por los gobiernos latinoamericanos. Para evitar que los pobrecitos banqueros de Nueva York sufrieran los abusos de los gobernantes latinoamericanos, se crean instituciones como el *Export Import Bank*, que aparentemente no es ninguna entidad privada, aunque detrás de él están todos los banqueros norteamericanos, que negociaba con los gobiernos y que obtenía condiciones de privilegio para esos préstamos, forzando a los gobiernos latinoamericanos a respetar las condiciones del préstamo, cualesquiera que fuesen las circunstancias internas del país. Speyer, Morgan, el *National City Bank* y todos aquellos banqueros que peleaban antes entre sí con las peores armas —como peleó el *Chase National Bank* para que Machado le diera el financiamiento del plan de obras públicas— desaparecen de la escena y adoptan nuevas vestiduras que van desde el *Export Import Bank* hasta el *Banco de Desarrollo Interamericano*.

A pesar de todas las lamentaciones, los negocios norteamericanos progresan en Cuba. Fuentes norteamericanas informan —en la revista *The New university thought*, de la Universidad de Chicago— que de 1944 a 1956 las inversiones norteamericanas en Cuba, que suman unos 600 millones, obtienen más de 600 millones de utilidad, de los que reinvierten 150, por lo que a finales de la década del 50, los estimados de las inversiones norteamericanas en Cuba sobrepasan los 700 millones de dólares. Y en este momento, es evidente que las lamentaciones de los inversionistas norteamericanos no podían convencer a nadie, porque veíamos muy claramente que las inversiones que se estaban produciendo en Cuba, no eran dólares frescos, sino dólares producidos ya por Cuba y ese es, sin duda, el argumento más poderoso que ha tenido el gobierno Revolucionario desde el principio en su política de nacionalización,

porque es un argumento que aparece documentado en los propios Estados Unidos.

Este es el cuadro general de la penetración del capital extranjero en Cuba hasta el día en que triunfó la Revolución y sentó las bases para que pudiéramos echar por la borda todo el capital extranjero, y nos permitió a todos crear, sobre las bases de esas industrias que las inversiones promovieron para beneficio de los inversionistas, una Cuba totalmente nueva, que ya está llegando, y que sin duda, llegará plenamente.



COPIA FACSIMILAR

CRÓNICAS

De *Alción al fuego* a *Tramontana*, plenitud de Roberto Friol

Virgilio López Lemus

Una bibliografía poética extensa puede ser tan significativa, o menos incluso, que un solo poema. Pero en una poética tan singular como la de T. S. Eliot hay la preferencia por el gran estro, por la cantidad que haga ver cuánto alcanza la capacidad imaginativa para crear, *in extenso*, un cuerpo lírico que sólo ha de ser verdaderamente grande cuanto sea necesario leerlo todo para apreciar tal grandeza; para Eliot, un gran poeta es aquel al cual hay que leerle la obra completa para asimilarlo a fondo. No se trata de fundamentar aquí una discrepancia, sino de advertir que ese tipo de poeta que desea el autor de *La tierra baldía*, puede ser tan aburrido a veces, que a la larga queda sólo como "voz fundamental" para enciclopedias e historias literarias referenciales. Más bien la grandeza en poesía podrá encontrarse en la intensidad, en el detalle peculiar de un poema, en una obra intensa (extensa o no) por la aprehensión poética del mundo, emotiva, sensorial o intelectual.

Si bien la obra lírica global de Roberto Friol (1928), desde *Alción al fuego* (1968) hasta *Tramontana* (1997), ilustraría lo que desea afirmar Eliot, lo más peculiar en ella está en la concentración y en el detalle, en la mirada a veces tropologizada o quizás oblicua hacia la realidad, para obtener el arte de la palabra que es un poema, o en el conjunto de ellos. Arte: no otra cosa se trazó



el poeta en su trayectoria, cuando renunció a todo lo escrito antes de 1968, y no se dejó aplastar por el silencio y la indiferencia que rodearon la salida de su primer poemario, tan mal avenido entonces con el coloquialismo dominante en la poesía cubana de la época. Seguro de sí, de su carácter de poeta y de su interés por traducir la "verdad objetiva" en belleza de la imagen, Friol casi parecía haberse escapado de la creación del género denominado poesía, por el trabajo como investigador literario, por su especialidad mejor: el siglo XIX cubano y la vida y la obra de Cirilo Villaverde, materias en las que ha llegado a ser un erudito.

Tampoco hubo mucho saludo de la crítica al salir *Turbión*, en 1988, veinte años después del fuego inicial. Pocos se dieron cuenta que ese poemario era un renacimiento en materia de ediciones, lo que se pudo advertir mejor al publicar en 1991 otros dos conjuntos: *Gorgoneion* y *Kid Chocolate*. Un extraño tono elegíaco aparecía en la poesía de Cuba, acostumbrada a ese tono desde el siglo XIX, pues algunos de los mejores poemas de la literatura nacional cubana son élegos. El de Friol es una mixtura de proximidad y distancia, de

apropiación del dolor y de cristianismo asumido no como dogma expresado en poesía, sino como convicción última, justificación de vida. Incluso a veces, cuando el canto no pareciera elegíaco, un trasfondo de circunstancia dolorosa o de nostalgia por el paso del tiempo, irrumpe en esta poesía suya a la que no puede catalogarse como "pesimista", ni "triste", sino más bien estoica. Un estoicismo a veces franciscano, en el que el otro, la otredad, complementa al ser que ha de servir, que ha de amar para ser.

Tres (1993) implicó un arribo definitivo de esa madurez de poeta (que ya había "nacido" maduro en 1968), y por fin Friol tiene un encuentro llamémosle "feliz", con la crítica de su momento, la cual de inmediato reconoció en él y en este libro, una voz original, no el "epigono de Orígenes", de lo que se le tildó una vez quizás infamemente, si no fuera porque ser epigono de un grupo de poetas tan decisivos en la historia de la poesía de lengua española, parecería mejor un buen elogio. Pero *Tres* demostraba fehacientemente que el tal poeta "epigonal" era en verdad un centro irradiante, un vórtice. Entonces se encontró mejor su hilo conductor, su trama entre barroca, hermética y hasta oscura, con una significación de poesía ontológica, de reflexión mediante el lirismo en la existencia humana, en la vida aquí y ahora, o allá y luego, en el pasado y el devenir... Y la confirmación llegó con *Tramontana*. Ya había obtenido el premio de la crítica con *Gorgoneion*, si es que un premio importa en una trayectoria tan prístina, pero que demuestra la reconciliación de la obra de Friol con el reconocimiento que merece. Durante años, sólo dos o tres críticos nos preocupábamos por indicar allí, en su poesía, quilates verdaderos, calidades y cualidades de poeta, y, sin mucho eco, decíamos que era él una voz esencial de la lírica cubana. No creo que hallamos contribuido tanto a reconocer esto, cuanto lo hizo la propia obra de Friol, abriéndose paso, mostrando y demostrando, hasta que él vino a ocupar el lugar que merecen los príncipes de la palabra.

El Premio Nacional de Literatura otorgado en 1998 a Roberto Friol, con justicia, subraya el relieve que ya ocupa en la finisecularidad cubana y en la tradición literaria del país.

Traducido a unos siete idiomas (francés, inglés, portugués, italiano, ruso, ucraniano y rumano), cuando le quedan aún varios cuadernos por publicar ("Embates" de 1968, "Antipodas" de 1978, "Saldo mitológico de la palabra", de alrededor de 1988, "Discurso en el ágora del alma", "Los rostros", "Serpentario" y "Pájaro africano"), obtiene en 1998 el Premio Nacional de Literatura, muy bien recibido, muy bien otorgado. Su obra va bifurcándose en varios caminos, de prosa y verso, como crítico, investigador y ensayista todo un develador especializado en la narrativa decimonónica, en tanto su poesía presenta una unidad rotunda, siempre dada a los caminos más difíciles, a una comunicación compleja del referente lírico. Es una poesía que merece y pide exégesis, comprensión, detenimiento. Está escrita para algo más que el goce de la palabra bellamente engarzada. Una suerte de microhistoria la conforma, un interés por no asomarse a lo anecdótico, sino a una esencia trascendente que la poesía es capaz de develar. Para Friol, escribir es vencer la resistencia de la comunicación, de tornar lo más luminoso posible lo oscuro, lo que está en la sombra; su obra resulta asimismo un testimonio de la batalla entre la luz y las tinieblas, en el acto primigenio de la creación.

"En el fondo, el niño (...) arma trampas para apresar el más allá de todo", dice en uno de sus poemas mejores, uno de sus textos capitales: "El relator". El concepto de la poesía queda explícito y el poeta es un relator que juega, como un niño, con las palabras, casi como trampas por las que se quiere "apresar el más de todo", lo oculto de todo, lo esencial que no siempre está en la superficie. Incluso el más allá de la vida. El poeta es quien va (y quien ve) más allá, con capacidad para relatarlo. Roberto Friol es un relator ante el fuego sagrado de la poesía.

COLABORADORES:

ACOSTA DE ARRIBA, RAFAEL.
Doctor en Ciencias Históricas.
Es presidente del Consejo Nacional
de las Artes Plásticas de Cuba
y director de la revista *Arte Cubano*.

ACOSTA MATOS, ELIADES. Ensayista
y periodista. Es director de la Biblioteca
Nacional José Martí y de la revista de esta
institución.

FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO.
Poeta y ensayista de gran prestigio
nacional e internacional. Es director
de la Casa de las Américas.

GARCÍA DEL PINO, CÉSAR.
Investigador histórico cubano.

GONZÁLEZ SEDEÑO, MODESTO.
Investigador histórico cubano.

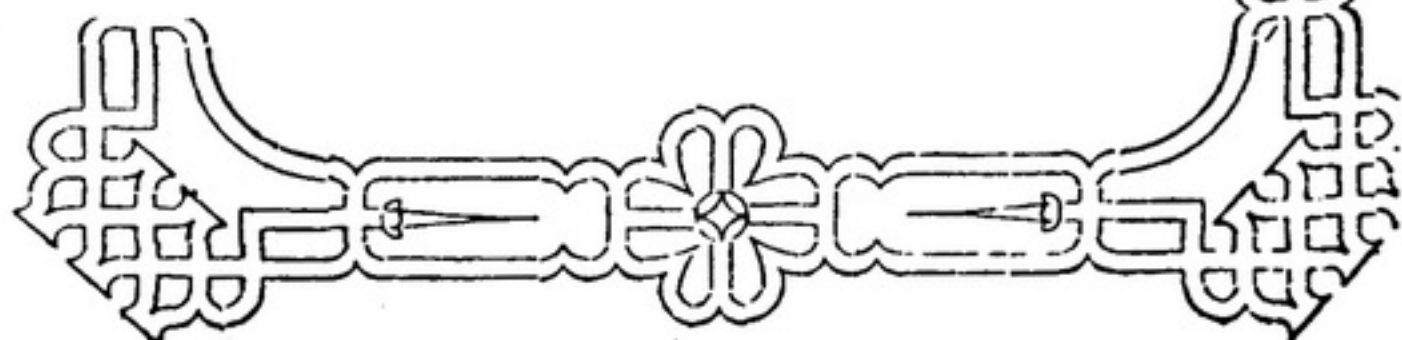
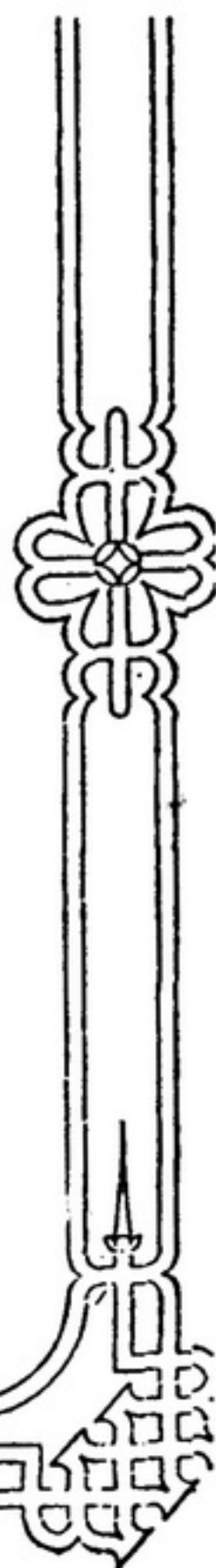
LE RIVEREND BRUSSONE, JULIO.
Historiador y economista. Fue director
de la Biblioteca Nacional José Martí.

LOPEZ LEMUS, VIRGILIO
Poeta, crítico e investigador titular cubano
de literatura.

TALLET DUARTE, JOSÉ ZACARÍAS.
Poeta matancero de gran importancia para
las letras cubanas.

TORO, CARLOS DEL. Investigador
titular del Instituto de Historia de Cuba.

VÁSQUEZ, CARMEN. Investigadora de
temas literarios.





II ENCUENTRO
DE JÓVENES
BIBLIOTECARIOS

y

Feria de Aplicaciones Informáticas

Biblioteca Nacional José Martí
18 al 20 de octubre de 1999

Nos enfrentamos a un futuro lleno de preguntas para las Bibliotecas Públicas. La expansión mundial de las nuevas tecnologías de tratamiento, conservación y consulta de la información, significan un trastorno para la imagen de la Biblioteca, no importa el país de que se trate. En un mundo donde es posible manejar inmensos flujos de información sin apenas salir del ordenador doméstico, ¿cuál es el lugar de las bibliotecas? ¿cómo responder a las voces que imaginan su desaparición? Convocamos a los interesados a reflexionar sobre los modos en que las bibliotecas adecuan su función e imagen a los nuevos tiempos con el envío de trabajos relacionados con:

- marketing de bibliotecas
- proyectos de reingeniería de bibliotecas
- gerencia y management de instituciones bibliotecarias.

Biblioteca Nacional José Martí
Ave. Independencia y 20 de Mayo. Plaza de
la Revolución. Apto Postal 6881.
La Habana, Cuba.
Teléfono: 55 5442-49 Fax: 81 622-
/33 5938
E. mail bnjm@jm.lib.cult.cu

***El Programa Nacional de la Lectura marcha
con éxito en busca del rescate de una bella
tradicción cubana: leer.***

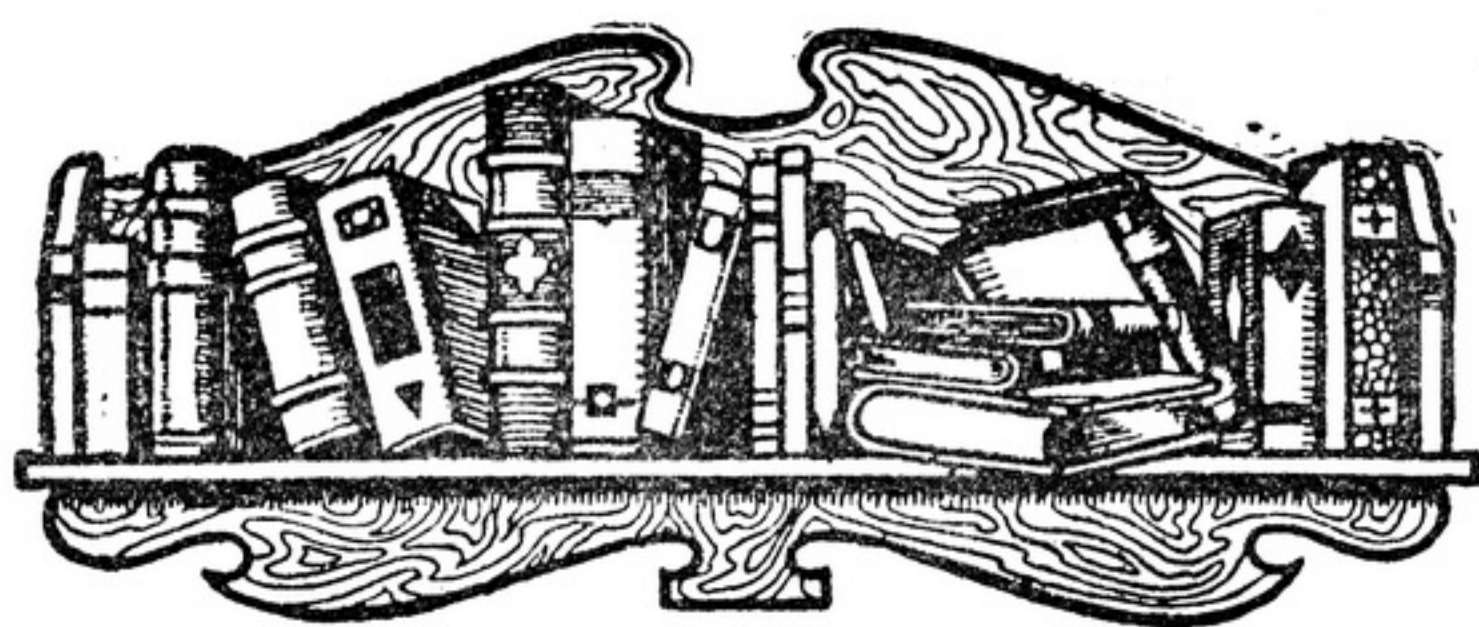


Concurso **LEER A MARTÍ**

2^{da} EDICIÓN

Como homenaje de niños y jóvenes cubanos al pensamiento vivo de José Martí, a su obra literaria, y a su permanente desvelo por fomentar la lectura y el saber entre los hombres de todo el mundo, la Oficina Nacional del Programa Martiano, la Biblioteca Nacional José Martí, la red de bibliotecas escolares del Ministerio de Educación, la Organización de Pioneros José Martí y el Fondo para el Desarrollo de la Educación y la Cultura convocarán nuevamente en 1999 al Concurso Anual *Leer a Martí* destinado a los niños y jóvenes desde 4^o hasta 9^{no} grado, con el objetivo de propiciar el acercamiento de las nuevas generaciones al pensamiento y la obra de José Martí, y de fomentar la lectura y la reflexión desde edades tempranas. Sus bases serán publicadas en el próximo número de esta revista, y los resultados se darán a conocer el 28 de enero del año 2000, coincidiendo con el 147 aniversario del natalicio de nuestro Martí





pega

Boleta de suscripción

**REVISTA DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
JOSE MARTI**

Nombre / name:

Dirección / Address:

Ciudad / City:

Provincia / State:

Código postal / Zip:

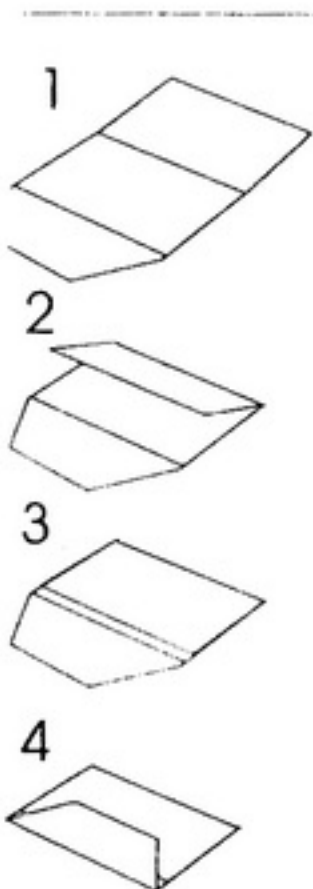
País / Country:

Teléfono / Phone: fax:

MN Cheque
Efectivo

moneda (money)

Cheque
Efectivo



TARIFAS Y CONDICIONES DE PAGO

Cuba 30.00 pesos / 20.00 USD directamente en la Institución.

Para las suscripciones desde el exterior: América Latina y el Caribe: 25.00 USD,
Canadá y Estados Unidos: 30.00 USD, Europa: 35.00 USD,
Resto del mundo: 40.00 USD

El pago es por anticipado y puede realizarse mediante un cheque en cualquier moneda convertible preferentemente en:

Marcos alemanes, Francos suizos, Francos franceses, Peseta española,
Dólar canadiense, Corona sueca, Libra esterlina, Yen japones, Lira italiana,
a nombre del Ministerio de Cultura.

Para cualquier información llamar a los teléfonos:

(537) 81 7657 Fax (537) 81 6224 , (537) 33 5938

Email: bnjm@jm.lib.cult.cu

Rte:

sello

Biblioteca Nacional José Martí
Ave Independencia y 20 de Mayo
Plaza de la Revolución, La Habana CUBA